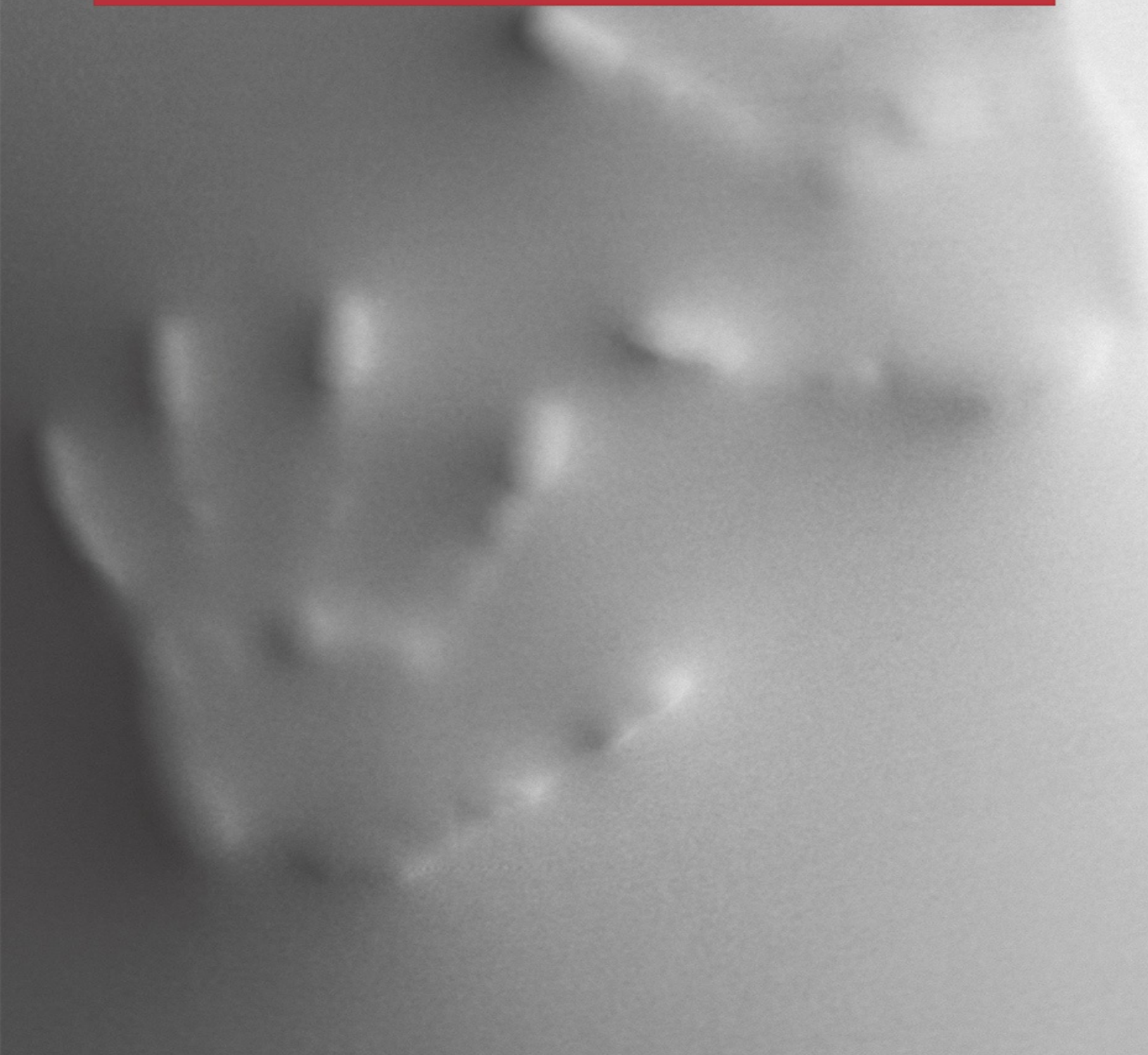


UN TÍO CON UNA BOLSA
EN LA CABEZA

Alexis Ravelo

Siruela Policiaca



Alexis Ravelo

**Un tío con una bolsa
en la cabeza**

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: septiembre de 2020

En cubierta: fotografía de © Duet Postscriptum/ Stocksy United

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Alexis Ravelo, 2020

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-07-9

Conversión a formato digital: María Beloso

«Dicen que quien va a morir recorre en un momento todo su decurso temporal y “ve” su sentido. En esta concentrada actualización de la totalidad del pasado consiste precisamente la “repetición”: el hombre “repite”, vuelve a vivir en un “instante”, junta y apretada, su vida. La “repite”, no como espectador, sino como su autor responsable».

Ética, JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es».

«Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)»,
JORGE LUIS BORGES

«... buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno...».

Las ciudades invisibles, ITALO CALVINO

«En tu penumbra, los ojos ven hacia delante: no saben adivinar el pasado».

La muerte de Artemio Cruz, CARLOS FUENTES

«... según fuentes de la investigación, los agresores huyeron con el botín, dejando a su víctima maniatada y con la cabeza introducida en una bolsa de basura...».

La Voz de la Isla,
martes, 14 de noviembre de 2017

Habría apostado cualquiera de mis muertes a que la que habría de tener no sería esta. Habría podido imaginar un ictus, una perforación intestinal, un hígado o un páncreas reventados de pronto sin darme tiempo a casi nada. O un cáncer. Un cáncer lento. De los que te duran años y te permiten pasar por todas las jodidas fases del duelo mientras te pudres poco a poco y te dejan poner las cosas en orden, despedirte, hacerte a la idea, morirte tranquilo y hasta el culo de morfina, mirando hacia arriba para ver antes a Dios, como dicen que mueren los justos. Incluso una hostia con el coche. Eso sí que me lo habría podido imaginar. Con el Audi. O, mejor, con el Lexus. Si te vas a ir a la mierda, mejor en un cochazo de cojones, no como Rafael, pobre Feluco, que se mató en un Suzuki Santana. Habría estado muy bien, una muerte por todo lo alto: una breva en un coche, pero una de las buenas, de las que te estroncan contra un poste de luz o te desriscan o te dejan aplastado debajo de una hormigonera. De esas en las que lo último que te pasa por la cabeza es el radiador del coche. Será por muertes que uno se ha ganado, joder. Si soy candidato al infarto desde hace más de diez años, coño, y hasta se me llegó a amenazar una vez con arma de fuego y el arma de fuego era una escopeta del doce y el que la empuñaba estaba a un metro de distancia, con los ojos inyectados en sangre, ira y ron y las manos llenas de ganas de apretar el gatillo y partirme en dos y, además, aunque ese hombre era mi hermano, tenía buenos motivos para pegarme un tiro. Así que sí: un escopetazo, un infarto, un cáncer, un accidente, un ictus. Todo eso habría podido esperármelo, me lo habría ganado y hasta habría sido lógico. Pero, fíjate tú, quién habría podido pensar que al final el final llegaría porque dos chorizos de los torpes se olvidaron de hacer un puto agujero en una bolsa. Y sí, compadre, *c'est fini, rien de rien*, te dieron finiquito, primo, y tu nombre va a aparecer ahí, en el periódico, hacia la parte última, la de los ultimados, la que viene después de los anuncios de las putas, donde publican cada día la lista de los que tienen prohibida la entrada al corteinglés. Ese era el chiste que soltaba el Viejo todos los días como si fuera nuevo, como si se le acabara de ocurrir: llegábamos al bar, abría el periódico por el obituario y decía Voy a leer la lista de los que tienen prohibida la entrada al corteinglés, y se reía como si también nosotros debiéramos hacerlo. Y vaya si lo hacíamos. Vaya si nos reíamos los tres, Saulo, Tano y yo. Tano, con aquella risita de chacolín, aquella rafaguita aguda y mierdosa que enervaba a cualquiera. Saulo, más comedido, con una carcajada asmática, como si le diera vergüenza, como si la risa fuera una debilidad, pero moviendo los hombros flacos dentro de aquellos trajes de vendedor de enciclopedias que solía ponerse, para fingir que la risa le llegaba desde muy adentro hasta aquellas hombreras que siempre tenía salpicadas de caspa. Yo, no sé, vete tú a saber cómo me reía yo. Uno nunca se pregunta cómo es su propia risa. Yo creo que me río bien, que tengo una risa simpática, de las que se contagian. Por lo menos, con la mayoría, cuando me río me

acompañan. Como si la risa fuera un río. Como si se dejaran arrastrar por la corriente. La corriente del río de la risa. Con Gladys, con Pedro, con Chago es así. Pero también es verdad que puede que no les haga maldita la gracia y se rían conmigo por miedo, por peloteo, porque son unos hijos de puta que me rodean como buitres que esperan a que el león se despiste para arrojarlo sobre su carroña, igual que hacíamos Saulo, Tano y yo con el Viejo. Porque ahora yo estoy en el lugar del Viejo. Porque ahora el Viejo soy yo. En sus tiempos, en tiempos del Viejo, yo no era más que uno más, un trepa, como lo éramos todos los Cachorros de Colacho. Sí, esos éramos nosotros: los Cachorros de Colacho. Nos bautizaron así los enemigos y así nos quedamos y hasta lo terminamos aceptando como nombre de guerra, porque eso es lo que pasa cuando te ponen apodo en esta parte del culo del mundo, donde los nombres son fáciles de poner y difíciles de quitar, como decía mi viejo. No el Viejo, sino *mi* viejo, mi padre, un tipo recto, serio, que trabajó toda su vida como un cabrón para llevarse a la tumba solo el traje con el que lo enterramos. Yo no quería ser como él, como mi viejo, o, al menos, no quería acabar igual. Por eso me fui arrimando al Viejo, aquel que no era el mío, y no me importó no ser recto ni serio, no me importó ser un trepa, un listillo, uno de los Cachorros de Colacho, un sorrococo, porque, como solía decir el Viejo, no el mío, sino el otro, Nicolás Umpiérrez Bosch, alias Colacho el Viejo, como solía decir, digo, él, Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente. Ya sé que también se dice que planta que nace en maceta nunca pasa del pasillo, pero en este país, en esta isla, en este pueblo, hubo un momento en que hubo una oportunidad, la oportunidad perfecta, y, qué se le va a hacer, yo supe aprovecharla. Por eso me afilié y por eso me arrimé al Viejo y le reí las gracias, por eso me fingí amigo de Tano y de Saulo y me convertí en ese tío simpático que soluciona problemas y apoya justas reivindicaciones, sobre todo si son las reivindicaciones y los problemas de gente que podrá un día devolverte el favor. Ahora que lo pienso, con Tano sí que fuimos amigos. Da igual lo que pasara luego. Sí fuimos amigos. De hecho, él fue quien me facilitó entrar, quien me presentó al Viejo y me enseñó cómo iba el asunto y me aconsejó sobre qué debía hacer y qué no. El pobre nunca se portó mal conmigo y poco o nada tengo que echarle en cara, no como con el cabrón de Saulo. Menos al final. Y, hasta en ese momento, Tano fue más torpe que malo. El malo fui yo, porque soy de los que prefieren ser malos a ser torpes. Pero ahora eso qué más da. Si me queda poco. En realidad, ¿cuánto me queda? Una vez leí que un tipo había aguantado sin respirar veinte minutos. ¡Veinte putos minutos sin respirar! No me jodas. Pero eso lo hizo un tío preparado, un amneísta. O un apneísta. O como diantre se diga. Danés, me parece que era el hombre. Pero yo, un cincuentón de dos cajetillas diarias, ¿cuánto puedo aguantar? ¿Dos, tres minutos? Y encima sin prepararme, sin hacer respiraciones primero. Sin ni siquiera saber que los dos changas de hoy iban a estar ahí, esperándome. Bueno, no sé. Todavía respiro. Todavía hay aire en la bolsa. Y chica no es. Es de las de basura. Todavía igual tengo suerte. Todavía es capaz que llega Nisita y da tiempo. No sé si venía hoy. Viene los martes y los jueves. Y hoy ¿qué día es? Lunes, me cago en la puta.

También habrían podido venir mañana, carajo. Pero no: tenían que venir hoy, los muy hijos de puta. Tenían que venir hoy, que no viene Nisita, hoy, que no viene nadie. Y no van a volver, eso está claro. Encontraron lo que querían y se piraron. Aquí está, dijo uno, el más pureta, el de la voz de ronero. Ya está, por patas. Se dijo, compadre, dijo el que sonaba como un cenicero lleno de colillas de porros. Y se fueron, con ese ruido de botas camperas y bolsa de plástico que luego fue el sonido de una moto alejándose. La bolsa de plástico en la que iban las perras. El problema es la otra, la de basura. La que me pusieron en la cabeza. La que me apretaron al cuello con cinta. Esa no me la quitaron. Por las prisas, porque estaban acojonados, porque se despistaron, porque se olvidaron o porque se la suda, pero no me la quitaron y por eso me voy a morir. Al final, después de tanto lío y de tanto plantarle huevos a la vida voy a cascar por ¿cuánto? ¿Cuánto tenía? ¿Cuatro ochocientos? Algo así: menos de cinco mil, en todo caso. Lo que me entregaron ayer más unos ochocientos que tenía yo. Vas a cascar por menos de cinco mil euros, Gabrielo. Pura calderilla. Ni siquiera buscaron la caja fuerte. Y mira que la tenían cerca, ahí mismo, detrás del cuadro. Te jodieron por chatarra, a ti, que has manejado cientos de miles. Por chatarra y porque por una vez que alguien se atreve a jugártela resulta que son un par de chapuceros. Porque profesionales no son. Estos son dos muertosdehambre. Y de aquí, del pueblo. Eso fijo. Estaban esperando en el porche. Sabían a qué hora iba a salir y sabían lo que tenía. Me llamaron Gabrielo. No Gabriel. Me llamaron Gabrielo. Como me llaman todos aquí. No te muevas, Gabrielo, dijo el ronero. Si te mueves te arranco la cabeza, cabrón, dijo el mariguanado mientras me empujaba por la espalda contra la pared, mientras me ponían la bolsa en la cabeza y me echaban las manos atrás, antes de empujarme otra vez para dentro, para casa. Así que sí, son del pueblo. Son de San Expósito o poco más lejos. De los fulanos que se juntan en la plaza. O gente de la construcción. Alguno de los del paro. A lo mejor han hecho cola en la puerta de Gladys para pedir una ayuda. O no. A lo mejor solo son unos mataos de los de la plaza. Pero son unos chapuzas. No creo que se atreviera ninguno de los de Berto. Y de los del Boris no son. Esos son profesionales, tíos winstrolados, de los que tiran de cacharra. Y gastan acento. Y estos dos eran más canarios que el gofio. ¿De los que trapicheaban con César? Vete a saber si alguno de esos salió ya del talego. Un cuchillo sí tenían, al menos, porque lo noté en los riñones. Qué putada no haberles visto las caras. Pero es que no me dio tiempo a nada. Ahí, en el porche, como dos ratas, esperando. Quién se va a imaginar, en la propia casa de uno. Bueno, a llorar al parque, Gabrielo. Tanto protegerte de la jueza Espinosa, tanto cuidadito con las comunicaciones y tanto barrido electrónico y no se te ocurrió nunca que aparecieran un par de changas interesados solo en la pasta. Gilipollas. Mercedito te lo tienes. Me voy a enterar de quiénes son y se van a cagar. Eso luego. Ahora lo

importante es salir de esta. Si salgo de esta. Pero no salgo. Fijo que no salgo. A menos que piense. Vamos a ver: Nisita no va a venir porque es lunes. No son ni las ocho. Y yo había quedado con Chago a las ocho en la oficina. Para allá salía cuando me trincaron. Lo que pasa es que a Chago no le va a parecer raro que me retrase. Así que hasta las ocho y media o las nueve nadie me va a echar en falta. Y primero me llamará. No va a venir sin llamar primero. Eso si se atreve a venir. O a mandar a alguien. En todo caso, antes de las nueve no va a aparecer nadie por aquí. Y no voy a aguantar tanto. El móvil me lo sacaron del bolsillo. Ha de estar por ahí, en algún lado. El inalámbrico está en la base. Los teléfonos. Qué bobomierda. Para qué me van a servir. Para qué me sirven los teléfonos si no dispongo de las manos, si no me puedo mover, si no puedo ver nada porque la bolsa es de basura, de esas de color azul quirófano, y no veo nada. Por lo menos es perfumada. La bolsa es perfumada. Es de basura, pero perfumada. Ahora las bolsas de basura vienen con perfume. Antes eran bolsas, sin más. Olían a plástico antes de oler a embutido ácido, a leche agria, a calamares podridos, a colilla mojada. Sí: primero olían a plástico y luego a basura. Antes el plástico era plástico. Y la basura era basura. Ahora la basura no existe. Me lo dijo un técnico una vez, La basura no existe, don Gabriel, solo el desorden; lo que llamamos basura son simplemente cosas que no están en su lugar: todo aquello que pensamos inservible y que colocamos en cualquier lado, si lo ponemos en su sitio, deja de ser basura y vuelve a servir. Seguro que el discursito no era suyo. Seguro que lo había leído en algún libro. Era uno de esos pollabobas con gafas y camisa de cuadros, un ingeniero que tenía hecho un estudio de la puta hostia sobre el tema. Pues bien, ¿la basura no existe? Cojonudo. Eliminamos la palabra basura y buscamos una más bonita. ¿Residuos va bien? Pues lo llamamos residuos. Y a lo de separar la basura y reciclarla lo llamamos gestión de residuos. Y a los vertederos los llamamos ecoparques aunque sigan oliendo a la misma mierda de siempre. Y si antes ya era un negocio lo de recoger la basura, esto es la rehostia. Porque la cosa se multiplica. Los bisnes que nos hemos hecho aquí gracias a eso, madre mía. ¿No querían ecologismo? Pues toma ecologismo: vidrio, papel, aceite, latas, plástico, orgánico. Hasta las pilas. Todo separadito. Y las contratas también separaditas. Más gente a la hora de merendar. Y, por cada contrata, una mordidita. Y todos contentos. Eso es lo bueno del perfume. Hasta que todo es perfume mezclado con aire enrarecido. Como ahora. Aún hay aire en la bolsa. Un aire que se va volviendo pesado. Un calor de la puta madre y el sudor que hace que la bolsa se pegue en la frente al inspirar y puede que hasta me esté colocando con el perfume ese que le ponen a la bolsa de basura para que no parezca de basura. Aunque hay aire todavía, aún hay aire. Pesado, caliente, pero hay. Puede que los tíos sí que hayan abierto un agujero y que yo no lo vea. ¿Por qué no lo veo? Claro, melón: puede que el agujero esté por detrás, en la zona de la coronilla. El totiso, como le decía tu viejo. Estaría bien que, aunque tú no lo vieras, los tipos hubiesen dejado ese agujerito, por chico que fuera, para que el aire siga entrando y saliendo. Pero no. No hay agujero. No hay agujero ni en el totiso ni en ningún otro lado de la bolsa, porque, si lo hubiera, el aire que entra y el aire que sale en algún momento habrían llegado a alcanzar algún tipo de equilibrio. Y no es así. La asfixia crece y crece y crece y no para, todo es cada vez más denso, más pesado, más agobiante. Aquí, dentro de la bolsa (yo no estoy dentro de la bolsa: dentro de la bolsa está solo mi cabeza, pero tener la cabeza dentro de la bolsa es estar dentro de la bolsa. Si tuviera un pie o una mano dentro de una bolsa, tendría un pie o una

mano dentro de la bolsa, pero yo no estaría dentro de la bolsa, no diría que lo estoy. Pero lo que tengo es la cabeza, así que yo *estoy* dentro de la bolsa, porque yo *soy* mi cabeza más que mi pie. Yo soy mi cabeza, yo soy siempre solo lo que está dentro de mi cabeza), entonces, aquí, dentro de la bolsa, el aire se enrarece cada vez más, no hay punto de equilibrio que valga, no hay parada, crece el calor crece el sudor crece la náusea ni se te ocurra vomitar crece la muerte. La muerte va medrando por la superficie de plástico azul como la hiedra por un muro en esos documentales en los que usan *time-lapse* para que veas en unos segundos lo que dura días o semanas o meses. *Time-lapse*. Queda chulo. Decirlo, digo: *time-lapse*. El palabro me lo enseñó Chago cuando las elecciones de 2015, al explicarme el vídeo que íbamos a usar para la campaña. Un amanecer en *time-lapse* del *skyline* de San Expósito, dijo, usando las manos para dibujar una pantalla que solo veía él y en la que aparecían cosas que solo él entendía. La madre que lo parió al Chago cuando se pone gafapasta. Después ya me explicó lo que era el *skyline* y lo que era el *time-lapse*. Qué cosa, lo del tiempo, no sé cuánto llevo aquí, quizá un par de minutos, quizá diez, quizá unos segundos nada más, porque aquí dentro, dentro de la bolsa, dentro de mi cabeza, dentro de mí, el tiempo se estira y se encoge, va hacia atrás o hacia delante aunque yo sé que eso es solo dentro de mi cabeza, porque el tiempo es como es, va a su bola, siempre hacia delante siempre al mismo ritmo y cada segundo pasa un segundo y esto es lo que hay y cada segundo que pasa es un segundo menos que vives, un segundo que echas hacia atrás, y yo, a cada segundo me estoy muriendo un poco más. ¿Dónde vi lo del *time-lapse* de la hiedra en el muro? Sí. Aquel documental sobre esa musaraña pequeñita que vive en los muros que hacen los agricultores. La musaraña brusca. No: la musaraña etrusca. Decían en el documental que es uno de los mamíferos más pequeños del mundo. Es chiquitita chiquitita. El corazón le late a mil doscientas pulsaciones por minuto. Un bicho de mierda con el corazón como un caballo dopado. Como yo ahora. Tengo un corazón de musaraña etrusca. Un proyecto de rata que tiene que comerse cada día más que su propio peso para poder sobrevivir. Vive solo para comer. No hace otra cosa que buscar gusanos y moscas para devorarlos. Un apetito de la hostia. Uno no puede controlar a qué ritmo le late el corazón. Te puedes aguantar las ganas de mear o de cagar. Un pedo o un eructo. No un estornudo. Ni el ritmo del corazón. La respiración, a lo mejor sí. Claro que sí. Controlar la respiración. ¿Es mejor que haga respiraciones cortas o largas? Cortas y lentas. Hay que racionar el aire. Mejor cortas. Aunque, de vez en cuando, estoy haciendo una larga, profunda. No quiero, pero la hago. No lo puedo evitar. Como tampoco puedo evitar este puto corazón acelerado de musaraña etrusca. Uno no puede evitar que el cuerpo haga por su cuenta ciertas cosas: esa inspiración profunda, el latido acelerado, débil pero acelerado. Lo sientes así, rápido y flojo, el corazón. Incesante, inútil, un niño chapoteando en la marea que se lo lleva mar adentro. Lejos, cada vez más lejos. No pensar en niños ahogados. Mala idea. Malísima idea. Mejor la musaraña. Qué carajo, la musaraña tampoco te va a salvar. Como tampoco te salvará gritar. Gastarías más aire y, total, quién carajo te va a oír. Claro: me voy a hacer el chabolo más grande de todo el puto pueblo. Pero no lo voy a poner en el pueblo, sino a tres kilómetros. Que se vea al entrar o al salir de San Expósito. Pero de lejos, desde la carretera general. Me cago en Dios. Más bobo y no nazco, coño. En fin, tampoco gritar. Ni gritar ni la musaraña. Pero piensa, carajo, piensa. Que cuando llegue la muerte, te trinque pensando en cómo vivir, no en un animalucho que viste en un documental. Vamos a

centrarnos. No existen los problemas; solo existen las soluciones. Eso también lo decía el Viejo. Vamos a centrarnos. Estoy en el salón, en mi propio salón. Las manos atrás. Los pies juntos. No usaron cinta. Usaron bridas. Latiguillos de esos, de plástico. Y los latiguillos los unieron con sogas de pita. En el sofá. Estoy en el sofá. De lado. El lado derecho. Con la cabeza sobre el brazo del sofá. Delante de mí, entonces, tengo el respaldo. Si me doy la vuelta, quedo hacia el otro lado. Mejor si me doy la vuelta. Si me doy la vuelta. Me doy la vuelta. Ya. Ya me giré. Ahora de frente. Algo es algo. De frente, casi al borde del sofá. Delante de mí está la mesa de centro, sobre la alfombra. Más allá, el espacio grande, el carrito de las bebidas. En el otro extremo, el centro de ocio. La tele, el aparato de música, los cedés, los devedés. La librería chica, para que las visitas vean algo encuadrado. Y, sobre la librería, el cuadro de Tàpies. El cuadro de Tàpies y la caja detrás. Si me giro un poco más a la izquierda, me caigo. Lo puedo hacer. Pero ¿qué consigo si lo hago? Solo caerme. Caer entre el sofá y la mesa de centro. Mejor no. Ahorra fuerzas. Que todo movimiento sirva para algo. Si no, si no sirve, mejor no te muevas. Ahorra fuerzas. Aletárgate. Como un tardígrado. El osito de agua. Ese animalito microscópico que puede vivir cientos de años. Cuando no tiene las condiciones adecuadas, se deshidrata, se aletarga, se queda ahí, como muerto. Pero no está muerto. Espera hasta volver a tener agua y oxígeno o lo que coño necesite para sobrevivir. Y entonces vuelve a la vida. Algunos han vivido trescientos años en la hoja de un helecho. Han viajado al espacio en el fuselaje de los satélites. Han regresado y han sobrevivido. Está demostrado. También lo vi en un documental. Si un invertebrado de mierda puede sobrevivir a eso, tú puedes aguantar un rato en tu propio salón, hasta que Chago o quien carajo sea se dé cuenta de que no estás. Hasta que alguien te eche en falta y vengan a por ti. Estas son las putadas de vivir solo. Mejor solo, digo yo siempre a quien quiera oírme. Mejor solo que mal acompañado. Mejor solo sin Sol. Mejor solo sin Maru. Sin los pibes. Sin el pibe. Cosas que se dicen por decir. Y las cosas que se dicen por decir son mentira la mitad de las veces. Tú lo sabes. Y esos a quienes se las dices también lo saben, aunque respondan a la sonrisa cínica como responden a tus chistes malos, navegantes del río de la mentira, haciendo de espejo. De espejo que deforma. Lo de Sol no fue nunca nada más que un espejismo, un puto espejismo de veinticinco años, piel cobriza y voz de contralto que sabía decir las cosas que a mí me volvían tonto. Pero tonto perdido. Todos pensaban que me tenía engatusado porque estaba buena, porque follaba bien, porque la debía de chupar de puta madre. Y sí, claro que estaba buena, que follaba bien, que la chupaba como nadie. Pero era su voz. Su voz y cómo me miraba cuando me decía aquellas cosas. Cuando les quitaba importancia a todos los problemas que yo me traía a casa. Cuando hacía desaparecer todos los agobios. Ay, papito, relájese ya, decía. Deje ya la regañadera, que todo va a estar bien. Era una voz de gata que volvía de estar toda la noche fuera, voz de niña vieja. Y cómo me miraba, con aquellos ojos castaños de perderse para siempre en ellos. Normal que me quedara idiota. Normal que fuera tan gilipollas y no supiera o fingiese no saber lo que todos sabían. En fin: ella hizo lo que tenía que hacer, lo que yo mismo habría hecho de estar en su lugar. Y yo saqué cinco años cojonudos haciéndome acompañar y follándome cuando quería a la hembra perfecta. Bien que se lo cobró luego. Bien que se lo sigue cobrando. Pero sin rencores, Gabrielo: la piba se ganó hasta el último céntimo. Otra cosa es que después te saliera rana. Ahora que lo pienso, la única que me va a echar de menos es ella. Porque va a dejar de cobrar. Hija de puta. Me vas a echar de menos,

Sol. Mucho. Vas a tener que trabajar para ganarte la vida. O arrimarte a otro que te mantenga como te he mantenido yo. Todo para Maru. Todo va a ser para Maru. Para los pibes. Para el pibe. Y para los de Feluco. Qué suerte que no te dejé preñada. Si te llevo a preñar, entonces sí que tendrías un chollo vitalicio. Pero no te preñé, cabrona. Con Yeray y con Maru, todo arreglado. Arreglado desde hace tiempo, desde que te tomé la matrícula. Desde que me viniste con lo que tenías para joderme la vida y yo hice números y entendí que me sale más a cuenta mantenerte, darte ese sueldito todos los meses, que dejar que fueras a la Fiscalía. Fiscalía. La UDEF. La Guardia Civil. Una posibilidad. Una puta posibilidad: se supone que me están vigilando, ¿no? ¿No es su obligación intervenir? Quiero decir: si ellos están vigilándome y ven que estoy en peligro de muerte, se supone que tienen que intervenir, ¿no es verdad? A no ser que yo me haya dejado llevar por la paranoia y en realidad no haya nadie vigilando, nadie haciéndome el seguimiento. Y, aunque me estén vigilando, a lo mejor no están ni aquí. Yo, mejor que nadie, sé lo fácil que es vigilar a alguien: poner cámaras y micros, almacenar ese material y verlo luego. Pero eso es una tontería: aquí no hay cámaras ni micros. Me aseguré bien. La agencia hizo un barrido completo. También se me ocurre otra posibilidad: que los tipos que han hecho esto sean de la madera. O vengan de parte de la madera. Coño, sería un buen plan. Como no me muevo, como no me comunico, hacen esto y esperan, a ver a quién llamo. Si es así, si esto ha sido así, puedo estar tranquilo. No me van a dejar morir. Solo me quieren acojonar. Volverán. O a lo mejor no necesitan volver porque en realidad la bolsa tiene un agujero por detrás. No. No puede tenerlo. No lo tiene, cojones. Si lo tuviera, no estaría esto cada vez más asfixiante. Hacer un agujero. ¿Puedo hacer el agujero? Sin manos. No puedo contar con las manos. ¿Qué más tengo? Claro, carajo. ¡Hazlo tú, cojones! La boca, Gabrielo. ¿Para qué tienes la boca?

Aspirar. Aspirar lo suficiente. Aspirar lo suficiente para atraer la bolsa. Aspirar lo suficiente para atraer la bolsa a la boca y morder. Aspira. Aspira. Aspira. Nada. ¡Joder! Todo el rato pegándoseme a la cara cuando respiro hondo y ahora no consigo alcanzarla. Se acerca, pero se queda ahí, a un par de centímetros. Casi la toco con la lengua, pero no. Ahora la tengo. Ahora la tengo trincada con los labios. Chupa. Chupa. Chupa, chupa, que yo te aviso. La mujer del inventor del chupachús se llamaba Chus. Mal momento para chistes malos, carajo. Trago, aspiro. Ya la tengo entre los dientes. Te voy a romper, no. Va a ser que no. No te rompo. Sí, ahí está, entre los dientes. Tengo la bolsa entre los dientes, entre los comillos, ahí mismo, pero es más elástica de lo que creía. Sabe al perfume, coño. No hay modo de romperla. Habría que agarrarla desde fuera, fijarla para poder tirar con los dientes, conseguir hacer un agujerito con los colmillos. Por chico que fuera, siempre lo podría agrandar luego. Con la lengua, por ejemplo. Pero primero hay que hacerlo. Conseguir fijarla de alguna manera para romperla con los colmillos antes de desmayarme. Porque me voy a desmayar. Eso seguro. Fijo que me desmayo, porque, para colmo, tengo plástico en la boca y ese plástico sabe como deben de saber esas pastillas que ponen en los urinarios de los bares, de los aeropuertos, de los balnearios, y estoy todavía más asfixiado y me mareo. Si me desmayo, entonces sí que no hay oportunidad. Mejor soltar la bolsa hasta que sepa qué hacer con ella. Abrir la boca. Ahorra aire. Ahorra energía. Ahorra cordura. Racional. Racional el aire. Las fuerzas. Lo más jodido que te puede pasar en este momento es que te desmayes, Gabrielo. Con lo que tú has sido, coño. Y ahora aquí, maniatado, dentro de la bolsa. En tu propio sofá. En tu propia casa. En tu propio pueblo. Bueno, ya no es un pueblo, pero lo fue. Qué coño: antes del Viejo, ni a pueblo llegaba. El Viejo lo hizo. Eso hay que reconocerlo: San Expósito es la obra del Viejo. Y tú se lo supiste reconocer. Por eso le pusiste su nombre a la plaza, al pabellón deportivo, a la sala que hay al lado del salón de plenos. Sala Nicolás Umpiérrez Bosch. Pabellón deportivo Nicolás Umpiérrez Bosch. Plaza Nicolás Umpiérrez Bosch. Que a Dios lo que es de Dios y tú, desagradecido, nunca fuiste. ¿Te dedicarán algo a ti algún día, aunque sea una calle? Calle Gabriel Sánchez Santana. Los apellidos tuyos no visten tanto. Umpiérrez Bosch suena mejor. Pero ya podrían enrollarse y dedicarte algo. Que quede algo de ti como queda del Viejo. Una calle, un salón, un auditorio, una biblioteca. Tú no eres mucho de bibliotecas, pero para algo ejerciste cuatro años de concejal de Cultura. Bueno, Deportes, Cultura y Festejos. Pero Cultura también. Biblioteca Gabriel Sánchez Santana. No queda mal. Aunque, en realidad, igual lo que te mereces es un puticlub. Whiskería Gabriel Sánchez Santana. De pena. La mejor manera de que a nadie se le empine. Whiskería Gabrielo. Tampoco. Todo esto da igual. Todo da igual. Todo. Raro será que se acuerden de ti. Vaya, acordarse se acuerdan todos los días. Para cagarse en tus

muertos más frescos. Que hay mucho envidioso, mucho cabronazo, mucho pollaboba suelto. No ostentes, te decía el Viejo. No seas ostentoso: la gente no te perdona el éxito. Te puede perdonar un fallo, una tara, un error y hasta un fracaso. Incluso las debilidades. Te pueden trincar follándote a un cochino en la fuente de la plaza y te lo perdonarán si dices que estabas borracho y que no sabías lo que hacías y que tienes un trauma infantil y que, al fin y al cabo, el cochino consintió. Lo que no te van a perdonar es que tengas un coche más caro que el suyo, que vivas en un casoplón, que lleves un peluco que vale el sueldo de seis meses. Hazme caso, Gabriel, que yo me conozco las cabras que guardo: un coche normalito, una casa más o menos digna, un reloj de los que simplemente dan la hora. Le tenía que haber hecho caso al Viejo. Si se lo hubiera hecho, el día de mañana habría una calle o un colegio con mi nombre. Si se lo hubiera hecho, a lo mejor no estaría aquí, palmándola poco a poco. Ninguno de nosotros se lo hizo. Por eso tengo a la Fiscalía detrás. Y por eso precisamente trincaron a Tano, por no ser discreto. Vale que yo podría haber hecho algo, pero, no me jodas, irse a Salzburgo en el *jet* privado de Hoffmann, justo antes de la recalificación. A quién carajo se le ocurre. Y encima dejarse trincar por la prensa. Que también es casualidad que el director de *El Herald* estuviera por allí, coño. Que mira que es grande Austria. Que mira que es grande el mundo. Pero da igual: si no hubiera sido ostentoso no habrían ido a por él. A mí me habría gustado que le fuera mejor, hacer algo para ayudarlo. Lo que pasa es que, chico, si te tiras por un puente, no me pidas que me tire detrás ni intentes arrastrarme contigo. Y es verdad lo que me decía el Viejo. Lo que nos decía a todos. Míralo a él, al Viejo: podrido de pasta desde la cuna y vestido siempre como un labriego que va el domingo a misa, con suéteres de Fred Perry y trajes normalitos. Con aquellas camisas de cuadros y los pantalones de tergal o incluso vaqueros. Se movía en el *jeep* de toda la vida y, cuando se le jodió, se compró un cuatro por cuatro de los normalitos, un Montero que luego le duró también años y que solía llevar tan lleno de polvo que podías plantar batatas en el capó. Y se preocupaba de que lo vieran tomando el café en Casa Boro cada día y, de vez en vez, comiendo pescado frito en el Bochínche La Estaca, ahí, donde todo el mundo, dejándose tutear y repartiendo palmaditas en el hombro. Eso sí lo aprendí de él: parecer cercano, hacerse tutear. Los que fardaban eran la mujer y los hijos. Ahí es donde se notaba la pasta, en las joyas de ella, en las motos y los coches de los pibes, en los viajes que se metían y las fiestas que daban. Pero a él lo veías y pensabas que venía de sachar papas. Era listo, Colacho. Él supo hacer de San Expósito lo que es. Y no lo hizo por los otros, no lo hizo para los demás, como solíamos decir en los mítines o al recordarlo. Lo hizo para tener todavía más pasta que la que tenía cuando nació. Que esa ya era mucha, porque era nieto de la Condesa y el padre era buen administrador. La verdad es bonita: aunque lo hiciera por ambición, muchos se han beneficiado de lo que es ahora San Expósito, de Playa Siroco y los dinerales que han circulado por aquí. Porque cuando el Viejo era joven esto no era más que una aldea de mierda al pie de una montaña, unos cuantos caseríos desperdigados por el barranco del Muerto, el muellillo de pescadores y las cuarterías de las tierras de la Condesa. En medio, solo riscos y piedra volcánica y tuneras y pitas. Si la isla fue siempre el culo del mundo, esto no llegaba ni a almorrana. Hace sesenta años aquí no vivirían más de mil o dos mil salvajes embrutecidos por la pobreza, analfabetos, bestias como ellos solos, pescando lo que podían con sus barquillas o trabajando en fincas miserables donde tenían gallinas, un par de cabras y una gavia de terreno que daba más

disgustos que verdura o alquilándose por poco para que a la Condesa le saliera rentable el latifundio en la zafra de la caña, del plátano, del tomate o de lo que tocara según la década y la temporada. Hasta los sesenta, nadie quería llegar hasta aquí, tan al sur, tan hacia el fuego y la sed, tan hacia la parte de abajo de la miseria. Los turistas se quedaban en la capital o en las urbanizaciones que salpicaban la costa oriental de la isla. Todo lo más, algún aventurero alemán o sueco, o un inglés que iba de antropólogo o una francesa filántropa alquilaban un fotingo para bajarse hasta aquí, hacerse una foto montados en burro y repartir golosinas o monedas entre los chiquillos descalzos del muellillo. Y entonces Colacho volvió de Madrid con su título de economista debajo del sobaco y la sonrisa socarrona con la que se ganaba a la gente, el hijo agradable de los caciques, el hijo estudiado y leído, más moderno y tan sencillo y tan campechano, pero cacique al fin. Dicen que ya por esa época era simpático y convincente. Y listo como perro hambriento. Uno de esos tíos a los que se lo das todo porque tienen un buen déjame entrar. Eso fue justo lo que hizo: entrar hasta la cocina y abrir la despensa. Encima, estaba bien colocado en la parrilla de salida, que para algo era hijo de Ernesto Umpiérrez, el ingeniero que había dado el braguetazo con Mariquita Bosch, la hija de la Condesa. Y la Condesa estaba ya mayor y viuda, y lo dejaba todo en manos del yerno, factótum del Movimiento en este lado de la isla. Así que Colacho, que por parte de madre tenía ya la mitad de las tierras y por la del padre estaba bien relacionado con el Régimen, lo tuvo muy fácil para hacer lo que hizo y llegar adonde llegó. Aunque, seamos justos, tuvo el buen ojo y la amplitud de miras y los cojones de piedra que no todos tuvieron por aquella época, y, en cuanto el padre le dejó meter mano en los negocios, empezó a prepararse para el cambio. Porque sí: San Expósito era una mierda de sitio, pero el Viejo supo ver que tenía un buen cachito de costa a poco que se sumaran el muellillo, las calas, la playa del Siroco y todas las fanegadas de cultivo que se podían convertir en terreno edificable si uno tenía los contactos adecuados. Y él los tenía. Lo demás fue ponerse a trabajar como un petudo, mudarse a vivir aquí todo el año (el primero de los de la Condesa que lo hacía), viajar a la capital y a la Península para conseguir permisos o comprarlos, influir en los planes de infraestructuras, hacer contactos con los turoperadores y las cadenas hoteleras para ir transformando este villorrio del pan duro en el sitio al que todo godo, todo centroeuropeo, todo nórdico quiere ir antes de morirse para bañarse en un mar que no le haga puñales los pezones, emborracharse barato y follarse, si se puede, después de pasar todo el día haciendo la fotosíntesis en una playa de arena rubia. El Hotel de la Condesa se inauguró en el setenta, cuando el Viejo llevaba dos años de alcalde, y los otros hoteles y apartamentos estaban ya edificándose allí donde antes solo había habido cultivos, almacenes y cuarterías. Había trabajo. Duro y mal pagado. Pero había trabajo. Así que empezaron a venir currantes de toda la isla, de todo el archipiélago y hasta de la Península. Y hubo también que construir casas para toda aquella gente, venderles comida, darles asistencia médica, educar a los hijos que se habían traído consigo o que iban teniendo con gente de aquí, y el Viejo también supo convertir aquello en un negocio. Así que San Expósito continuó creciendo hacia el norte por todo el barranco del Muerto en aquel secarral que subía hacia las cumbres del interior de la isla. Y, al mismo tiempo, por el este y el oeste, se fue abriendo paso a golpe de retroexcavadora, como si lo hiciera a codazos, entre los municipios de al lado, que al principio emprendieron pleitos interminables, pero que después acabaron callándose, entrando al trapo y entendiendo que de

aquella teta también podían chupar ellos. Para cuando murió Paca la Culona ya habíamos triplicado la población. Todo lo que había entre el pico Tenesor y la playa del Siroco (que ahora era Playa Siroco y hasta Siroco Beach) estaba al servicio del turismo, del ocio, del Viejo y de las cadenas que les iban engordando el bolsillo a él y a sus socios. Pero mucho antes de que Franco comenzara a morirse, antes de que el Régimen comenzara a hacerse fofo, Colacho ya se había distanciado de Falange y llevaba tiempo estableciendo contactos con los que iban a ser los nuevos dueños del cotarro. Los llamaron tecnócratas. En realidad, visto lo visto, eran una nueva marca para el producto de siempre, pero entonces habían cambiado el uniforme por trajes a la moda para dar menos miedo que la gente del Movimiento y parecían modernos, responsables, cercanos. Parecían saber lo que hacían, ir en serio. Y vaya si iban en serio. Yo iba al instituto y no podía votar, pero todavía me acuerdo de cómo empapelamos todo el pueblo con la cara de Colacho y el logo del centro. Del centro, porque Colacho se fue con ellos: la derecha se estaba yendo al carajo, los nacionalistas eran cuatro gatos mal avenidos entre ellos y las izquierdas daban más miedo que Falange. No: la gente votaría al centro. Qué coño al centro: la gente votaría a Colacho Umpiérrez, que ya era Colacho el Viejo, que sabía hacer bien las cosas, que era el responsable de todo lo bueno que le había pasado al pueblo. Hasta el mar parecía obra suya, carajo. Pues ahí ya andaba yo entre los pibes que le hacíamos campaña. Mi padre sí que votó a Colacho. Y les metió en los sobres las papeletas a mi madre y a Rafael. Rafael acababa de cumplir años y salió con el sobre y el carné en la mano como si aquello formara parte de la celebración de la mayoría de edad. En realidad, lo hacía. También era la primera vez para mis viejos. Y los tres caminaban orgullosos, ilusionados, creyendo, como creían todos, que había cambiado algo. Así fue como Nicolás Umpiérrez Bosch, Colacho el Viejo, que había sido el último alcalde de la dictadura, se convirtió en el primer alcalde de la democracia y siguió gobernando el pueblo como siempre lo había gobernado, con mano de hierro en guante de seda, como si fuera un negocio, una empresa, *su* empresa, que, al fin, es lo que era en realidad. Para entonces, yo ya había entendido que quería ser como aquel hombre. Que quería ser aquel hombre. Pero mi padre no era el yerno de la Condesa. Y trabajar con mi padre, como lo hacía Rafael, como yo mismo lo hacía por las tardes y los fines de semana, no era el camino.

Me amarraron bien, coño. Con todas sus ganas. Para algo que saben hacer y es precisamente eso. Las manos dormidas. Los pies dormidos. Las piernas casi dormidas, a punto de estarlo. No los siento. Ni las manos ni los pies. No hay nada a lo que pueda arrimarme para cortar hasta desatarme. Me podría tirar del sofá al suelo, reptar hasta algo que tenga filo. Pero no hay nada que tenga filo. No hay nada. La cocina ni de coña. Tendría que atravesar toda la puta casa. Y, una vez allí, lograr ponerme en pie, abrir el cajón, intentar dar con un cuchillo. Pura pérdida de tiempo ya tirarse al suelo. Ni siquiera veo, carajo. Pura pérdida. Sí, me amarraron bien. Con latiguillos. Se llaman bridas, pero siempre me sale llamarlos latiguillos. ¿Cómo se llamarán estos dos hijos de puta? El ronero. La voz del ronero me suena. La del joven no. Pero el ronero tenía voz de ronero. Eso tampoco es decir mucho, con la de lajas que hay aquí. Cualquiera. Podría ser casi cualquiera de los que se reúnen en la plaza. De los de Berto no, eso seguro. Berto siempre se lo ha sabido hacer más o menos bien, más o menos discreto. Su gente no da el cante y nunca ha habido que echarle encima a la policía. No como el bobón de César, que tenía a su gente repartida por los bares o vendiendo en la misma avenida de la playa. Se creía que se iba a comer el mundo, con sus contactos con los picoletos y su yate grande de cojones. Y ahí está ahora, el muy tarugo, comiéndose un marrón de los gordos. Ese no vuelve a navegar hasta dentro de cinco años, por lo menos. Dicen que fue el mismo Berto el que dio el chivatazo. Pero también dicen que lo cogieron precisamente por los contactos, porque iban a por ellos los de Asuntos Internos de la Guardia Civil. El SAI, creo que lo llaman. Vete a saber cómo fue, pero lo cierto es que si no hubiera sido tan descarado, a lo mejor no estaría donde está. Mientras hagan sus movidas a lo discreto, sin molestar a los guiris ni escandalizarme a las viejas, a mí me la suda. Lo de Boris es otra cosa. Lo que hace aquí, si nos ponemos rigurosos, solo es invertir. Un tipo de fuera con mucha guita que la mete aquí. Ruso, georgiano o serbio, a quién le importa. Y si no importa de dónde viene él, menos va a importar de dónde viene la pasta. El dinero no distingue acentos. Empezó con un par de restaurantes, para probar, a ver qué tal iba el asunto. Ahora tiene parte en casi todo y de casi todo saca su beneficio. No, a nadie le importa de dónde vienen Boris y su dinero. A los empleados de sus empresas no, porque a esos lo único que les importa es cobrar a fin de mes; a los socios que tiene aquí tampoco; a Aguilar, que es quien ha organizado el cotarro, que nos tiene contentos a todos y es quien cada mes me da lo mío, le importa todavía menos. Puede que algún día la procedencia del dinero de Boris llegue a interesar a alguien, a la UDEF o a la Agencia Tributaria, a algún fiscal o juez ambicioso. Pero, por ahora, a todo el mundo le suda la pinga ese particular, porque lo importante es lo bien que nos viene a todos que Boris traiga pasta a San Expósito, venga de donde venga. Y, el día que lo trinquen, todos vamos a estar asombrados de que en este local se

juegue, quién se habría podido imaginar, aunque ya decía yo que era rara tanta inversión en época de crisis, pero el mercado es libre y uno no puede poner puertas al campo, aunque tomaremos medidas para evitar que el crimen organizado crea que puede venir a San Expósito y todo el resto del discurso. Hasta entonces, hasta que eso ocurra, Boris sabe ser discreto. Se mueve en las sombras por persona interpuesta. Los tipos enormes que lo rodean de lejos, como fingiendo no conocerlo, son callados y no montan pleito y parecen más turistas que guardaespaldas. Sonríen para parecer agradables porque saben que sus cuerpos dan miedo. Yo, con Boris, no habré hablado más de dos o tres veces. Siempre en público y siempre sobre chorradas. Ni él en mi despacho ni yo en el suyo, que, para empezar, no sé ni dónde carajo está. Mis tratos son con Aguilar. Con Aguilar y en metálico. Sin cuentas corrientes, sin recibos, sin papeles. Luego ya me organizo yo. Casi todo se lo mando con Chago a Tato Velázquez, para que lo gestione. De fiar, Tato Velázquez. Moviendo pastizales desde su ordenador con esa pinta que tiene, de abogado de oficio y plato combinado en el bar de la esquina. Hijo de puta, qué grande es el Tato. Qué seguridad. Cuando empezaron a salir los Papeles de Panamá y toda esa mierda, me llegué a acojonar un poco, pero Tato se cagó de risa y me tranquilizó. ¿Tú eres bobo, Gabrielo?, dijo. ¿Tú te crees que yo voy a meter tu dinero donde lo mete todo el mundo? Hay sitios mejores que Panamá, dijo. Sitios mejores que Suiza o Isla de Man. Y lo dijo de tal manera que sí, que me sentí bobo hasta por haber preguntado. Los ahorros están seguros en manos de Tato. Y lo mejor es que, aunque por los lazos del demonio yo cayera, el dinero de Maru y de Yeray está impoluto. Y lo de mi madre. Y hasta lo de los chiquillos de Rafael. Que no van a pasar necesidad. Que a Maru y a Yeray nunca les va a faltar de nada. Yeray, ya todo un hombretón. Cuando le pusimos el nombre, no pensamos en que llegaría el día en que se haría adulto, en que haría una carrera y se licenciaría y empezaría a trabajar y alguien habría de llamarlo de usted y de don. Hay nombres que no están hechos para el don. Don Yeray suena a cachondeo, joder. Qué bobos fuimos. Ya está cerca el día en que lo llamen así. Te crecen sin que te des cuenta, joder. Casi no llama. Soy yo el que insiste y, a veces, cuando acumula diez o doce llamadas perdidas, me responde. Siempre apurado, siempre corriendo a la facultad, a una quedada con los amigos o con la novia (¿Tienes novia, Yeray; *girlfriend*, como le dicen ahí? Bah, nada serio, solo una amiga, Pa), siempre a punto de meterse en el metro, siempre prometiendo que me llamará el domingo para hablar tranquilos (El domingo te llamo, Pa, te lo prometo, así hablamos tranquilos), siempre faltando a la promesa y diciendo luego que se le olvidó, que se lio, que se despistó de llamar, que se levantó tarde y se le fue la olla. Maru supo hacer el trabajo de alejarlo de mí. E hizo bien. Para ser honestos, yo tampoco estuve muy cerca. La época de Sol coincidió con los años en los que yo tenía que haberle prestado más atención. No bastaba con traérmelo de vez en cuando los fines de semana o llevármelo de vacaciones o pagarle los caprichos. Tenía que haber estado ahí, reuniéndome con los profesores, yendo a llevarlo o traerlo de clase, de las actividades extraescolares, jugando con él. Pero yo estaba muy liado con todo y, además, estaba Sol. Una mujer como Sol exige toda la atención. Una mujer como Sol, cuando tienes más de cuarenta, hace que te olvides hasta de tu hijo. Así que Maru hizo ella sola el trabajo de criarlo. Y también hizo el trabajo de alejarlo de mí. E hizo bien. En realidad, jodo todo lo que toco. La misma Maru habría sido más feliz sin mí. Ella no quería ser la mujer de alguien y ahora no llega ni a eso, solo es la exmujer de alguien, de Gabriel Sánchez,

Gabrielo para los amigos y, sobre todo, los enemigos. Y, encima, se lo agradecí con las juergas, con las marchas, con los cuernos, con los viajes al Caribe, con las putas y hasta con los insultos. Nunca le puse la mano encima. Eso no. Mi viejo me enseñó que a la mujer no se la toca ni con una flor. Pero, por lo demás, le hice todas las putadas imaginables que se le pueden hacer a una mujer. Y ahora es eso, la exmujer de Gabrielo Sánchez. Y eso que rehízo su vida, como dice ella, que se fue a la capital y encontró a un tío que sí que la supo querer. Andrés. El amigo Andrés. Buen tipo, aunque me joda reconocerlo. Da igual: Maru va a seguir siendo siempre la exmujer de Gabrielo Sánchez. Para los restos. Especialmente para mis restos. Cuando me hagan el velatorio, todo el mundo estará pendiente de si ella va al tanatorio o no. Seguro que irá. Maru es buena gente. Para nada rencorosa. Y además, la verdad es bonita, en los últimos años nos hemos llevado de puta madre. No como al principio, pero bastante bien. Los años enseñan. Lo reposan a uno. Los dolores y los errores se van sedimentando, haciendo suelo firme. Bien, aunque no como al principio, habría sido muy difícil volver a llevarse así. Porque al principio yo sí que estaba enamorado como un cochino. Fue una buen época. Los años de novios, los primeros años de casados. Los años de crianza, cuando yo siempre tenía un hueco para ellos y nos íbamos de paseo o a la playa. Cómo les gustaba la playa del Siroco, carajo. Qué lindo era verlos allá, en la arena. Yo ya era concejal, ya había heredado parte del respeto que se le tenía al Viejo y la gente nos saludaba o nos miraba y pensaba en lo sencillos que éramos, en lo campechano que era yo y lo guapa y simpática que era Maru y lo lindos que eran los chiquillos. Joder, Maru, cómo se nos jodió la vida. Qué horror. Qué puto horror. Me voy a morir sin decirte que yo tengo la culpa de todo. Que no te merecías lo que pasó después. Me voy a morir sin decirte que está bien, amiga, que tú tenías razón, que el dolor se me volvía rabia, que nunca supe expresarla de otra manera que convirtiéndome en un miserable. Y como un miserable voy a morir. Como basura. Ya hasta estoy metido en la bolsa. Por mucho que me separen y me pongan en mi lugar, no engaño a nadie: apesto como la basura que soy, como la basura en que me convertí hace tiempo. Cada vez menos aire, más mareo. No voy a vomitar. Casi no tenía nada en el estómago. El café, un vaso de agua, poco más. Lo de desayunar a media mañana en vez de temprano por una vez va a tener su ventaja. Venga, déjate de mariconadas. Piensa. Piensa, carajo. Aunque no vaya a servir de nada, me voy a echar al suelo. En el suelo, a lo mejor puedo hacer algo. Girarme un poco más hacia la izquierda. Girarme y caer. Caer entre la mesa de centro y el sofá. Puede que ahí haya algo donde fijar la bolsa.

La mesa está muy cerca del sofá, apenas caben las piernas. Antes solía estar más lejos. Ahora siempre como aquí, me la acerco para llegar bien a la comida. Ahí es donde estoy. Ahí, en el suelo, donde suelen estar mis pies cuando como, es donde estoy ahora. La alfombra amortiguó la caída. Pero me di con el borde de la mesa, carajo. Me jodí la cadera. También es culpa mía, por esa manía de cenar en el salón, viendo la tele. Para llegar a la comida manchando lo menos posible me acerco la mesa. Y, claro, queda más cerca del sofá. Así que no solo me di la hostia contra el suelo, sino que me jodí la cadera con el borde de la mesa. Ahora, con esa misma cadera, con los hombros, con la cabeza, empujo la mesa para hacerme hueco. Se mueve fácil, con un crujido, y algo se cae. Algo se ha caído al otro lado de la mesa al empujarla, porque se levantó un poco desde mi lado. El cenicero. Fijo que el cenicero. Ahora ya tengo un hueco por el que moverme. Pero sigo sin dar con nada donde fijar el plástico de la bolsa. La mesa es ovalada, sin esquinas, sin picos. La eligió Sol. Si al menos fuera de cristal, podría intentar romperla. Ni esa suerte tengo: de madera. Maciza. Cerezo, samanguila, vete tú a saber, de eso no entiendo. La más cara, eso sí, seguro. Sol eligió la mesa como eligió casi todo el mobiliario. Lo único que cambié después de ella fueron las cerraduras. ¿Cuánto hace que he cogido la manía de cenar aquí viendo la tele? Años, puede ser. En el comedor o en la cocina solo se oye el silencio. Supongo que una cena viendo la tele cuando no quiere recordar que no hay nadie. Cuando almuerzo en casa, rara es la vez, también como en el salón y luego me quedo sesteando los documentales. Los duermo, pero algo se me queda. La musaraña etrusca, el tardígrado, una chota o un tejón. Las cebras. Los ñus. La hembra del pulpo gigante del Pacífico Norte. Maru. Cuando Maru, me gustaba que comiéramos todos juntos. Si podía, hasta la ayudaba yo a cocinar. Comer todos juntos. Hablando. Igual que cuando éramos chicos. Mis viejos, Feluco y yo. Mi viejo intentaba siempre venir a comer. Aunque en lo que venía a casa y volvía se perdiera la posibilidad de reposar un poco. Prefería su familia a la siesta. Nosotros llegábamos del colegio y lo esperábamos. Se lavaba en la pileta del patio, se restregaba bien con el cepillo y el jabón Lagarto, pero siempre le quedaba un poco de cemento, un poco de tierra, un poco de mugre bajo las uñas. De la suciedad del trabajo honrado no se avergüenza uno nunca, mis hijos. De la raña del trabajo uno se enorgullece, porque es mejor que comerse un plato de comida que uno no se ha ganado. O peor: que ha robado. Mi viejo tenía ideas muy claras sobre ciertos asuntos. Si viviera ahora, si hubiese vivido para ver lo que pasó, si supiera las cosas que he hecho, me habría retirado el saludo hace tiempo, como hizo Feluco. Feluco siempre tuvo las habilidades diplomáticas de un mandril. Pero razón no le faltó, porque con lo suyo no estuve fino. Heredó de mi viejo no solo el oficio, sino también el orgullo, la cabezonería, aquella ética terca de los que prefieren morir de hambre a hacer algo que les robe

el sueño. Morirse de hambre a morirse de insomnio. ¿Puede uno morirse de insomnio? Morir no; perder la cabeza, sí. Y yo soy mi cabeza. Si pierdo la cabeza me pierdo a mí mismo. Perder la cabeza es estar muerto. O peor que estar muerto. Murió cuando iba a poder empezar a vivir bien. Mi viejo, digo. Toda la vida trabajando para tener una buena vejez y se te viene a parar el corazón justo cuando empieza. Fue así: se fue a echar una siesta y mi vieja se lo encontró muerto. Ni siquiera se pudieron despedir. Lo último que él le dijo fue que lo despertara en un ratito, para ir a regar. Ni para morirse tuvo clase, el pobre viejo. No es justo, joder. Además, yo ya me estaba situando. Yo les quería arreglar la casa y que estuvieran más cómodos. Y mira tú. Y luego yo, con Feluco. Con Rafael. Feluco. Si mi viejo llega a ver lo que pasó con nosotros se le parte el alma como se le partió a mi madre. Yo creo que no tengo toda la culpa, porque él también era como era. Aunque tampoco estuve como había que estar, no me porté como tenía que portarme, no fui buen hermano, ni siquiera buena gente. Qué bien cocinaba la viejita. Caldo de papas. Caldo de pescado. Potajito de berros. Papas viudas. La escudilla de gofio escaldado en medio de la mesa. El cachito de queso del que mi padre iba cortando y repartiendo para todos. Mantel de hule de cuadros o con frutas de colorines. Plátanos escachados con gofio, de postre. Huevos batidos con gofio y azúcar. La fruta que hubiera. Y mi padre se echaba el buchito de café y el cigarrito virginito antes de volverse a la obra, a la reforma, a la chapuza que estuviera haciendo en ese momento. Los fines de semana subíamos a la casa del pico Tenesor (la casa de abuelo, la que nos acabó de traer la desgracia) y se dedicaba al huerto. También a veces por las tardes de diario, si le daba tiempo o estaba entre un trabajo y otro. Sin falta los sábados. Y nosotros ayudábamos, porque era un terrenito chico, pero daba lata, con el riego, el podado, las malas hierbas, los caracoles, los bichos que se les metían al tomate o a las papas. Yo podría haber tenido un huertito aquí en casa. Terreno no falta, en la parte de atrás. Un huertito pequeño, para entretenerme. Para no olvidar de dónde vengo. Para pensar poco o nada. Para que tenga sentido estar solo. Estar solo. Cuando uno lo elige, está bien. Cuando te toca, es una mierda. Mi viejita se fue quedando sola. Primero se casó Feluco. Después yo. Luego se le murió mi viejo y ella se fue quedando solita en aquella casa donde ya no había para quién cocinar, a quién vestir o cuidar o echar una bronca o amenazar con la zapatilla. Se quedó solita con su transistor, que siempre tenía Radio Popular cuando éramos chicos y después la COPE. Ahora también se pasa el día oyendo la radio o viendo la tele, creyéndose lo que le cuentan, asombradita de cómo está el mundo. Allí está bien. Tiene todos los tratamientos, está atendida. Y las enfermeras y las auxiliares son cariñosas. La tienen cuidadita como yo no podría. Es que no podría, joder. Cómo podría. Mejor allí. Y no me tengo que sentir mal por eso. Nada le falta y nada le va a faltar. Me sale más caro tenerla en la residencia que, por ejemplo, pagar a alguien para que la cuide aquí en casa. Pero allí está mejor cuidada. Ella siempre con su radio, con su labor, con su rosario, cada día. La hora del ángelus. Y el ángel del Señor anunció a María y concibió por obra del Espíritu Santo y he aquí la esclava del Señor. El ángel del Señor. Le gustaban los ángeles. Le gustan. Le gustan los ángeles. No hables en pasado, Gabrielo. Sigue ahí. Le gustan los ángeles. Los arcángeles. Por eso yo me llamo Gabriel y Feluco se llamaba Rafael. Quiso seguir con la lista de arcángeles, que eran siete. El Señor no le quiso dar más, como ella dice. Viejita linda. Encogida. Arrugadita como una pasa. Así de dulce también, mi viejita, como una pasita de Corinto. Pero mejor en la residencia. Huele siempre a la colonia que

le ponen, esa colonia de nenes. Si no, olería mal. A meados. A viejo. Se perfuma a los viejos como se perfuman las bolsas de basura. Porque todos los viejos huelen a muerte anunciada. Todos vamos a oler así. Los que llegemos. Igual esa puede ser una ventaja: no voy a llegar a eso, a arrugarme, a encogerme, a oler a muerte. No habrán de perfumarme. Me moriré siendo lo que soy ahora, que tampoco es para presumir, pero con todo el tino y la cabeza funcionando. Quizá funcionando demasiado. Quizá no conviene tanto recuerdo y tanto ver quién es uno de verdad. Porque al final no soy Gabrielo, el alcalde. Al final no soy más que el chiquillaje aquel, Yeyé, Gabrielito, Gabriel, el hijo de Juan el Albañil.

El hijo de Juan el Albañil. Colacho ya sabía quién era yo cuando Tano nos presentó. Tú eres el hijo de Juan el Albañil, el más chico. Así mismo lo dijo. Me tomó por los hombros, me los palmeó y me echó una de las sonrisas que sabía regalar. Me dio la bienvenida y me dijo que necesitaban gente como yo. Joven, dijo. Con ganas de hacer cosas, dijo, aunque no dijo qué cosas. Yo tenía prisa; él no. Desde el principio supo que yo tenía madera, pero que había que prepararme bien. Por supuesto, me admitieron enseguida en las Juventudes, aunque había que dar tiempo al tiempo. Me acuerdo de aquel día, poco después, en Casa Boro. Tano y yo con el Viejo, nos invitó a botellines y nos llevó a una mesa apartada para preguntarnos qué queríamos ser. Tano dijo que abogado. Yo, en cambio, se lo dije claro: Yo quiero ser como usted, don Nicolás. Y el Viejo me miró con aquellos ojos acuosos que tenía y yo sé que reconoció a su igual. Aunque se rio, aunque le quitó importancia, se dio cuenta de esa hambre de musaraña etrusca que he tenido siempre. Y creo que estaba un poco orgulloso de que yo, un miseriento de media ración, quisiera ser como él. Luego meneó la cabeza un par de veces y habló para los dos, aunque en realidad hablaba solo para mí. Ustedes se van a tener que formar bien, porque el mundo está cambiando y hay que estar preparados. El ayuntamiento les va a echar una ayudita a las familias de ustedes. Habrá que hacer un esfuerzo, pero va a valer la pena. Los vamos a mandar a estudiar. Eso sí: ustedes me van a aprobar curso por curso. El curso que me fallen, se acaba la ayuda, ¿me entendieron? Y así fue. Habló con nuestras familias. Con Tano no sé cómo fue; con mi gente vino de pronto, sin avisar, poquito después de aquella charla. Se presentó en casa una tarde después de la siesta y pidió permiso para entrar y mis padres, nerviosos, sorprendidos, le pusieron café y unos mantecados que por suerte tenían por allí y él les habló de mí, del potencial, de todo lo que podía hacer si me sacaba la carrera. ¿Qué carrera? No importaba. Lo importante era que tuviese estudios. Y el ayuntamiento echaría una mano con los costes y ayudaría en lo que hiciera falta. Mi padre protestó al principio. Dijo que ellos no podrían devolverle al ayuntamiento ese dinero. Y Colacho le sonrió y le dijo, tuteándolo porque se conocían de siempre, aunque mi padre a él lo tratara de usted y lo llamara alcalde: No te preocupes, Juan, que ya lo devolverá él mismo el día de mañana. Y mis padres, orgullosos, le dieron las gracias durante por lo menos media hora mientras yo bajaba la vista, colorado como un tomate y también orgulloso. Y Feluco, en su lado de la mesa, no sabía adónde mirar y al final acabó mirándose las manos, aquellas manos que tenían grietas con polvillo de mortero y uñas en las que también había algo de aquella mugre honrada que mi padre siempre decía que tenía que enorgullecernos. Y sí: mi viejo decía estar muy orgulloso de la mugre, pero él y mi madre se enorgullecieron más de mí, de que sacara una nota presentable en la selectividad y pudiera estudiar. La carrera me daba igual, por eso hice Derecho. Total, yo ya tenía

claro que no iba a ejercer nunca. Y podía estudiar con Tano, que era más espabilado que yo para lo de tomar apuntes y hacer exámenes. La primera legislatura del Viejo con el centro nos la pasamos en La Laguna, estudiando. Allí militábamos en las Juventudes. Y no nos alejamos mucho de San Expósito. Veníamos a cada momento, Semana Santa, Navidad, verano, algún puente largo, y nos paseábamos por el ayuntamiento y por la sede del partido como por un club social. Lo mismo después, cuando hice la mili. Puta pérdida de tiempo. Me tocó en Gran Canaria, en Aviación. Hasta ahí tenía enchufes el Viejo, y, después de la instrucción, el resto del tiempo me lo pasé tocándome los huevos en la residencia de oficiales. Saulo ya trabajaba codo con codo con el Viejo. El hombre de confianza, ese era Saulo. En esa época tenía Urbanismo, pero todavía no estaba de primer teniente. Eso fue en la siguiente. ¿En la siguiente? Sí, en la siguiente legislatura. En esa aún estaba de primer teniente Roque Mendoza, que era de la quinta del Viejo. Buen tipo, Mendoza. Dócil, simpático. Arrimado al Viejo como todos. Eso sí, sin demasiadas ambiciones. Le podías dar la espalda sin problema, no como a Saulo. Nos fuimos convirtiendo en los Cachorros de Colacho. Y se nos empezó a considerar gente importante, como si fuéramos el propio Viejo pero sin dinero, sin tantos contactos, sin tanta experiencia. Eso sí: nos trataban siempre como lo trataban a él, porque cuando entrábamos en un sitio era como si fuese él quien entraba. Y el respeto es muy bonito. Yo no me di cuenta de eso hasta que Feluco decidió casarse con Encarna. Bueno, hasta que le tocó hacerlo, porque aquellos dos se casaron de penalti. Lo sabía todo el puto pueblo. Pero a todo el puto pueblo le dio igual. Yo acababa de terminar la mili. Nos dieron tratamiento de primera en todos lados: la gente de la floristería, los del restaurante del convite, Manolo el de la agencia de viajes (que les consiguió unos pasajes cojonudos), la modista, hasta el propio cura. Todos nos pusieron la alfombra roja, como si Colacho fuera el padrino. Para el caso era lo mismo, porque el padrino era yo y yo era uno de los Cachorros de Colacho y ya había quien se olía que con mi ambición y la ley que el Viejo me había tomado lo más probable era que fuese yo quien tomara el testigo cuando él quisiera jubilarse o la muerte lo quitara de en medio. Lo que nadie sospechó es que fueran los votos los que lo hicieran, al menos por un tiempo. Los que lo quitaran de en medio, quiero decir. Las primeras legislaturas fueron bien. En la siguiente, ya Tano y yo fuimos en las listas. Joder, concejal con veintidós años. Tócate los huevos. Ahora será normal. En aquella época no lo era tanto. Creo que fuimos los más jóvenes de la isla. Y de los más jóvenes del país. Y Saulo, que tenía poco más de treinta, ahora sí de primer teniente. Al Viejo le gustaba eso: rodearse de gente joven. Somos un equipo de gobierno que combina la experiencia y la juventud, solía soltar en público. No solo sabemos cómo hacer las cosas: también sabemos cómo habrán de hacerse en el futuro. San Expósito no puede dormirse, porque ya ha dormido suficiente mientras otros se quedaban con lo que era del pueblo. Molaban los discursos del Viejo, coño. Los daba sin papeles, como si todo fuera improvisado. Pero yo lo oí pronunciar los mismos discursos una y otra vez y no cambiaba ni una sola coma. Y no necesitaba a nadie que se los escribiera, no como ahora, que los políticos que hay por ahí necesitan una nube de gente que les lleve la comunicación, que hable con los periodistas, que les escriba los discursos y hasta las ruedas de prensa, que les diga hasta la última palabra de lo que tienen que decir. El Viejo no. El Viejo se plantaba en el pleno, en la inauguración, en el convite o donde coño fuera que hubiera que hablar y decía lo que le tocaba sin dudarle, sin muletillas, sin titubeos. Un puto *crack*, el

Viejo. Por eso se comió tres legislaturas seguidas con mayoría absoluta, por el centro. Lo que nadie se esperaba era el puto varapalo que vino después. Mira que había dado igual lo de Adolfo Suárez, lo de que el partido a nivel nacional se hubiera ido a la mierda, lo de que hubiera que refundarlo o fundar otro cambiando siglas, porque era mismo perro con distinto collar y aquí gustaban los andares de ese perrito. Pero, qué se le va a hacer, llegó el día en que el Viejo perdió fuelle y ganaron los putos socialistas, como llevaban ya años ganando en el país. San Expósito siempre había sido de centro. De centro moderado y liberal. Y por los socialistas se presentaba Ernesto Padilla, un sociolista de los que no caían bien a nadie. Y, sin embargo, ese año nos jodieron. Por el tirón de los sociolistas de la Península, supongo. Que los canarios somos así: compramos todo lo que viene de fuera, solo nos importa lo que se importa. Da igual. Esa noche fue cuando me di cuenta realmente, cuando entendí de qué iba esto de la política. Lo teníamos todo preparado para celebrar en el Hotel de la Condesa, como siempre. Y, de repente, empiezan a llegar los resultados y se nos empieza a poner la mala leche a todos. A Saulo había que verlo. No lograba disimular. Una cara de mala follada de esas de mejor no me cruzo por delante por si acaso. Colacho, en cambio, ni se inmutó. Estaba peor su mujer que él. Colacho se marchó aparte diez minutos y volvió con la sonrisa puesta y cogió el micrófono y dio los resultados oficiales que ya todos habíamos visto y dijo que acababa de telefonar a la sede de los socialistas para felicitar a Padilla por su justa victoria, que estaba muy orgulloso del partido y de los esfuerzos de todos nosotros durante la campaña, así como lo estaba por todo lo que habíamos hecho entre todos por San Expósito durante tres gobiernos municipales sucesivos y que sabía que estaría también orgulloso de la labor que haríamos como segunda fuerza de aquí en adelante, que nos invitaba a todos a disfrutar de aquella fiesta, que era la fiesta de la democracia, y así siguió un rato, soltando todas esas mierdas que dices cuando sabes que te han dado una patada en el culo y quieres quedar como un caballero. O, al menos, eso pensamos nosotros, porque después de alternar un rato nos llamó a Saulo, a Tano y a mí y nos llevó a una habitación que había reservado y nos puso delante una botella de Chivas y nos contó la jugada que llevaba preparando ya un tiempo, cuando comenzó a olerse que el centro iba perdiendo tirón. Todavía hay un buen nicho de votantes, dijo Saulo, enseñando aquellas estadísticas que llevaba siempre; la cosa no es tan grave. Lo será, mi niño, respondió el Viejo; lo será porque no te equivocas al hablar de nichos. El partido está muerto. O a punto de morirse. Pero nosotros no. Saulo intentó enseñarle las estadísticas de marras. Colacho las apartó con suavidad y nos explicó lo que tenía pensado. El plan del Viejo era bueno. Habría que tener paciencia y hacerlo bien, pero era un buen plan y funcionaría. Para empezar, él dimitiría. Tano y Saulo no. Ellos se quedarían a hacer oposición. A desgastar. A tocar los huevos, haciendo trío con la derecha y con el concejal que habían sacado los nacionalistas. Ustedes ahí, tres o cuatro años, de mosca cojonera. Yo los voy a ayudar desde fuera. ¿O ustedes se creen que todos los contactos que tengo no sirven para nada? Ustedes, lo dicho, a joder la pavana, votando siempre con la derecha y con los nacionalistas y yo poniendo palos en las ruedas. Que la gente se dé cuenta de lo inútiles que son. Y, mientras, con Gabrielo y unos cuantitos más, vamos a ir organizando otra cosa que va a funcionar mejor, porque ya no son épocas de derechas ni de izquierdas ni de centros. Dentro de un tiempito, cuando el pueblo esté tan jodido que haya que hacer algo para salvarlo, volvemos y lo salvamos. Justo dentro de cuatro años, si Padilla logra

aguantar tanto. Así fue como ocurrió. Así, en aquella habitación de hotel, en torno a una botella de whisky caro, fue como nació el partido. Pero no fue presentado en público hasta mitad de legislatura, cuando ya Padilla estaba tan jodido como el Viejo sabía que llegaría a estarlo, con la obra del paseo marítimo paralizada, los presupuestos sin aprobar, el Plan de Ordenación Urbana impugnado en los tribunales y los turoperadores asociados con Colacho amenazando con no traernos más noruegos ni suecos ni alemanes. Entonces, después de un par de entrevistas en *El Heraldo*, en la radio y hasta en las teles locales y de un editorial en *La Voz de la Isla* que dio mucho que hablar, Colacho, conmigo y con unos cuantos más, presentó al público el Partido de los Independientes de San Expósito, el PISE, que nació de la necesidad de defender San Expósito de la dogma a la que sometían al municipio el señor Padilla y sus socios, siempre al servicio de los dictados de su partido en Madrid o, aún peor, intentando hacer experimentos sociales dignos de una antología del disparate allá donde no se necesitaban experimentos, sino pan, trabajo y bienestar. Muy grande, el Viejo. Me encantó ese momento en el que un periodista de *La Voz* le preguntó por qué había decidido volver a presentarse y Colacho dijo que él habría preferido no regresar a la política y dedicarse a sus negocios privados, que no necesitaba (como necesitaban otros) vivir de lo público, que dedicarse a lo público suponía para él ganar mucho menos y llevarse muchos más disgustos, pero que estaba dispuesto a hacer aquel sacrificio por amor a su pueblo. Y, a partir de entonces, tal y como el Viejo había planeado, el PISE se dedicó a tocar los cataplines desde fuera del ayuntamiento mientras Saulo y Tano los seguían tocando desde dentro. Hasta que llegó aquel pleno del escándalo en el que Saulo y Tano sacaron de quicio a Padilla y lo obligaron a llamar a la policía local para desalojar el salón de plenos, y la foto de los municipales llevando por el brazo a dos concejales hacia la puta calle apareció en todos los periódicos de la isla y del archipiélago y terminó de manchar el pizco de imagen que le quedaba al primer y último alcalde socialista que ha tenido San Expósito. Lo demás es historia. En las siguientes elecciones, ganó el PISE. No tuvimos mayoría absoluta, pero como Saulo y Tano habían salido también como concejales, tampoco fue difícil llegar a un acuerdo con Viera, que había vuelto a salir de concejal en la oposición, y formar gobierno. Así que hubo una coalición del PISE, el centro y los nacionalistas. O, mejor dicho, el nacionalista. Y, unos meses más tarde, cuando el centro empezó a irse definitivamente al carajo, Saulo y Tano se vinieron al PISE. Sí: Colacho sabía bien de qué iba la política, y nos lo enseñó de una buena vez aquella noche en la que parecía que lo habían derrotado. Padilla todavía tardó cuatro años en aprenderlo, pasándolas putas y saliendo del ayuntamiento con el rabo entre las piernas. No volvió a presentarse a unas municipales en San Expósito y seguro que todavía tiene pesadillas con los plenos de aquella época. Pero no le fue mal. Acabó entendiendo de qué iba la cosa. Fue consejero insular durante una legislatura y terminó de senador, que no es mala teta de la que chupar, hasta que se retiró hará un par de años.

Pues sí. Al final parece que voy a morir aquí. Como un perro. Solo conmigo. Solo con la cabeza a ciento veinte por hora. La autopista de la memoria. Ese tráfico no hay quien lo controle. No puedes elegir lo que recuerdas y lo que no. Te quieres acordar de cosas que se te borran y querías que se borraran cosas que están ahí, volviendo una y otra vez. Como la marea. Qué bobería. Qué gilipolladas se le ocurren a uno. Ahora más gilipolladas seguidas que nunca, en este infierno color bolsa de basura. Una vez lo leí en no sé qué revista. Unos científicos habían estudiado el cerebro de la gente cuando se muere. Hay una especie de bomba de conexiones neuronales, como voladores de víspera de San Juan. Tsunami cerebral, lo llaman. También tiene un nombre en inglés, no me acuerdo cuál. Dura hasta tres o cuatro minutos después de la muerte, dicen. Es decir, que cuando te vas a morir el cerebro trabaja tan a tope que hasta después de muerto sigue funcionando un rato. A lo mejor ya casqué y todo esto lo está pensando un muerto. No. Todavía no. Todavía siento el cuerpo. De hecho, se mueve. Ahorrar energía. Ese era el plan. Lo que pasa es que el cuerpo va a lo suyo y se remueve. El cuerpo va a su bola. Siempre. Mucha visualización, mucho control mental, pero es el cuerpo el que manda. El cuerpo mío ya tomó el control. Desde hace rato. Ha ido apartando la mesa, girando a un lado y a otro. Intenta reptar por la alfombra, mientras yo pienso. Llegar a la puerta. Pero ¿para qué? La puerta está cerrada. No hay manos para abrirla. Repta igual. Como un gusano. Tano. Coño, con lo que yo lo apreciaba y mira. Menudo cabrón. Menudo imbécil. Bueno, imbécil no. La verdad es que Tano era un cerebro. Yo no sé cómo pudo hacer el papel de bobo de aquella manera, con lo listo que era. Se confió. Eso es un fallo grande, confiarse. Dímelo a mí. Al principio, cuando saltó el chisme en *El Heraldo*, no le dimos importancia. Pero, cuando comenzó a circular por otros periódicos y a moverse por las redes, nos empezamos a preocupar. Fue justo cuando se publicó lo de la recalificación. Al día siguiente, *El Heraldo* publicó las fotos de Tano y Hoffmann. Con sus mujeres. Todos emperchados y enjoyados, en un palco del mismísimo Mozarteum, para que no quedara duda. Y los datos del viaje. En *jet* privado. En el puto avión privado de Hoffmann. En uno de los hoteles de Hoffmann en Salzburgo. En *junior suite* con todo pagado y viva la Pepa. Nos la tenía guardada, el cabrón de Méndez, y nos esperó en la bajadita. Desde que los vio allí juntos, puso a trabajar a su gente. Periodismo de investigación, le dicen. Periodismo de rebuscar en la basura, coño. En la basura del que no te tiene puesta publicidad institucional, claro. Mira que lo intentamos cuando vimos la jugada. Pero ya lo habían sacado y no íbamos a llegar a tiempo. Y cuando salió en la tele, ya fue tarde para todo. El negocio estaba bichado. Y siempre hay un juez que quiere medrar, un fiscal perreta, un inspector jodelón que se te echan encima. Por suerte, no podían ir a por mí, porque todos los contactos se habían hecho por medio de Tano y su gente. Pero a él lo trincaron con el carrito de

los helados. Normal que lo trincaran. Y sí, intentamos pararlo, pero no hubo modo. Si algo llega a internet, si se empieza a mover por las redes, la prensa seria (signifique eso lo que signifique) lo saca, y entonces ya no hay nada que hacer. Formas parte de la agenda. Espiral de la clínica del rumor. Puto mentidero. Porque es como los mentideros de toda la vida, cuatro viejas en la plaza soltando chismes, es igual que eso, solo que ahora la plaza ocupa el mundo entero. Todo todito el mundo. Y a un golpe de clic. Ya ni de clic. Jodidas pantallas táctiles, pensadas para gente con los dedos chicos. Yo tengo los dedos gordos como plátanos. Como pollas. Herencia de mi padre. Un manojo de pollas en cada mano, tengo yo. Pero al final he aprendido a usar eso. Cuando lo de Tano, se movieron muy rápido los dedos más finos de la isla, de todo el archipiélago, y, por lazos del demonio, llegó a algún redactor de Efe y apareció en unos cuantos periódicos importantes de allá y llegó a la tele y entonces todo se jodió, porque empezó de verdad el baile. Como una polca: de *El Heraldo* a internet; de internet, a la tele; de la tele, a internet; de internet, a los periódicos; de los periódicos, a la tele. Y Tano, para colmo, va y se querella. Habíamos acordado que se estuviera tranquilo, que mantuviese un perfil bajo. Bajo, los cojones. Se querelló por difamación y calumnias, por atentado al honor, intromisión en la intimidad y yo no sé qué puñetas más. Y ahí fue donde terminó de cagarla. Porque era cierto que había ido a Salzburgo un mes antes de la recalificación, en el avión privado de Hoffmann y con todos los gastos pagados, que también me pregunto yo en qué coño estaba pensando el puto nazi de Hoffmann cuando lo invitó. Si ya nos daba lo nuestro, a qué gastar más. Por hacerse el espléndido, supongo. Y, claro, la querella hizo el asunto tan notorio que Anticorrupción tuvo que meter mano, como la estaba metiendo ya toda la oposición a izquierda y derecha. Y con Perdomo exigiendo explicaciones. En la prensa y en los plenos. Eso sí: a mí no fue capaz de llamarme, pero en la prensa y en los plenos reclamaba aclaraciones y esperaba que llegaran pronto, porque estoy asombrado, no sabía que en este local se jugaba y todo el rollo completo. Claro, le venía de puta madre; se nos venían las elecciones encima y aquello le daba la excusa perfecta para romper el pacto de gobierno. Así, haciéndose el limpio, exigiendo explicaciones del concejal al que usted se refiere, de nuestro alcalde y presidente del PISE, que, estoy seguro, podrá clarificar estos hechos (los gilipollas como Perdomo nunca aclaran, siempre clarifican, como si la realidad fuera un consomé), porque, de lo contrario, nuestro grupo se planteará muy seriamente la continuidad de nuestro pacto de gobierno junto a esa formación. Hipócritas de mierda. Perdomo y los de la oposición. Hipócritas, cabrones, oportunistas. Que aquí siempre habla quien tiene que le digan. Que, vale, nosotros nos habremos hecho nuestros bisnes, pero, por ejemplo, lo de Los Verdes, Alzola ya lo tenía medio negociado de la legislatura anterior. ¿Y yo dije algo cuando me di cuenta? ¿Yo dije algo cuando los belgas me vinieron a decir que ya habían estado negociando con Alzola y que él les había asegurado que ellos podrían contar con la cala de Los Verdes? ¿Cuando me aseguraron que, aunque Alzola ya no gobernara, no tendríamos ningún problema con él porque seguían manteniendo su trato y seguiría calladito porque iba a cobrar igual? ¿Yo puse el grito en el cielo, me volví loco dando declaraciones y me puse a pedir dimisiones o a amenazar con romper pactos? No, puñeta. Yo me porté de puta madre, me callé y seguí adelante, porque soy de los que entienden que todo el mundo se tiene que ganar la vida y además sabía que lo de la cala de Los Verdes nos venía bien a todos. En cambio, estos cabrones, en cuanto te ven un poco débil, van a por ti. Huelen la sangre. Aunque

lo de Tano fue un marrón de cojones, habría coleado un tiempo y se habría acabado apagando si no hubiera sido por la defensa de su honor, de su intimidad y de la madre que lo parió. El gilipollas no entendía que en realidad no iban a por él, sino a por mí. Pero a mí no me podían demostrar nada. Me lo dejó muy claro Alfredo. Si es todo como me estás contando, a ti no te van a poder demostrar nada. Otra cosa es que Tano llegue a algún tipo de acuerdo. ¿Qué tipo de acuerdo?, pregunté. Y Alfredo me miró como si yo fuera bobo, y es que, de verdad, no sabía, no se me ocurría, no se me ocurrió que Tano fuera capaz de joderme. Hombre, Gabrielo, dijo Alfredo, ya sabes, Fiscalía le puede rebajar los cargos si declara contra ti, si saca algo, de esto o de otra cosa, con lo que puedan trincarte. Juradito que yo no lo había pensado. Pero a partir de ahí sí, le di vueltas a la posibilidad. Sobre todo cuando Tano empezó a no devolverme las llamadas, a no contestarme mensajes que ambos sabíamos que él había leído. Entonces fui recordando otras recalificaciones, lo de los molinos, las reuniones con Aguilar en las que Tano había estado presente, cosas que habíamos hablado los tres, sobres y bolsas con pasta que habían ido de un lado para otro en todos los años que habíamos trabajado juntos. Y me empecé a preocupar de veras. De apenitas, al principio. Más rápido, después. Me preocupo despacio. Soy de los que se preocupan despacio. Voy viendo venir los problemas poquito a poco, al golpito, pero de lejos. No es que no mire las cosas, es que las veo con el rabillo del ojo mientras se van acercando y me voy oliendo soluciones antes de verme los problemas de frente y de cerca. Por eso, cuando Alfredo me dijo que le habían filtrado que Tano y el abogado suyo se habían reunido con la fiscal, que aquello olía a acuerdo, que pensara bien qué tenía Tano que pudiera joderme, supe lo que había que hacer. Le dije a Alfredo que ya lo llamaría el lunes. Era viernes, me acuerdo. Era viernes, porque le dije exactamente eso: Me lo voy a pensar el fin de semana; hago un repaso en el ordenador y te llamo el lunes. Pero no repasé nada en el ordenador. De hecho, ni lo encendí. Lo que hice fue coger uno de los teléfonos de prepago y darle un toque a Aguilar y quedar con él para contarle la jugada. Me dijo que me volvería a llamar después de consultarlo con el jefe. Y el jefe de Aguilar era directamente el mismísimo Boris, que para entonces ya tenía empresas de ocio en todo San Expósito y era dueño de media urbanización Los Bicácaros, además de andar metido en lo del Sahara Center. Un cuarto de hora. Yo creo que tardó un cuarto de hora en llamarme otra vez. Cuando lo hizo dijo que de acuerdo, que no me moviera de casa ese día, que no hablara con nadie, que estuviera en la obra del Sahara Center a medianoche. Después de colgar, me quedó pena de no intentarlo por las buenas una vez más. Todavía había tiempo de dar marcha atrás. Por eso volví a llamar a Tano y le envié un último mensaje pidiéndole que me devolviera la llamada. No lo hizo. Así que pensé que guerra avisada no deja muertos, que Tano tendría que haber supuesto que yo no me iba a quedar quieto dejándome dar por culo sin que al menos me pusieran primero un vestido, me pintaran los labios y me invitaran a cenar, que yo no soy camarón que se duerme, que soy de los que saben bregar con estas situaciones. A la obra llegué antes de medianoche, porque estaba tenso como un alambre. Me hace gracia pensar que ahora es el Sahara Center, que las familias van allí a hacer la compra, al cine, al gimnasio, a comprar trapitos o juguetes o a echar la tarde con los chiquillos. Entonces no era más que un solar que antes había sido un campo de plataneras. Acababan de comenzar a allanar y excavar para hacer los cimientos. Fui con el Volvo. En esa época tenía el Volvo. Aparqué y esperé. Y, mientras esperaba, pensé algo que en ese momento me

acojonó bastante: que Boris podría haber pensado que sería sencillo asustar a Tano, pero todavía más sencillo eliminarme a mí de la ecuación, y que quizá yo mismo me había buscado la ruina llamando a Aguilar y en cualquier instante podía llegar la gente de Boris y darme finiquito y que, en ese caso, yo estaba allí, a medianoche, sin que nadie supiera que estaba, esperando a los tipos que habían de venir a matarme, que, como un cordero subnormal, estaba allí tan a gusto, escuchando la radio del coche, aguardando mansamente a la muerte. Coño, mira qué lindo. Aguardando mansamente a la muerte. Si parezco un poeta, carajo. Y sí, me acojoné un poco, la verdad es bonita. Pero luego me relajé, porque en el cuatro por cuatro, junto al conductor, venía también Aguilar. Si la cosa hubiese ido de cargarse a todo un alcalde, Aguilar habría procurado no estar presente. No era su estilo. En una movida tan gorda, él habría procurado estar en otro lado, público y llenito de testigos, porque más vale un por si acaso que diez si lo llego a saber, como él dice a veces. A Tano me lo traían en el asiento trasero, entre dos de aquellos rusos enormes de sonrisa helada y poca conversación. Aguilar me contó después que le habían dado un paseo por el pico Tenesor, por el barranco del Muerto y por el risco de la Magua, enseñándole todos aquellos sitios donde podrían hacerlo desaparecer, donde podrían echar su cadáver entero o a cachitos, según les apeteciera. Y cuando me lo trajeron junto a la zanja, yo ya había logrado olvidar toda la amistad (que la hubo), todos los años de lealtad (que la tuvo), todas las experiencias (que las compartimos), todo lo que él había hecho por mí (que lo hizo) y hasta el hecho de que soy el padrino de su hija mayor (que lo soy). Olvidé todo eso, no sé exactamente por qué: porque me agrando con el miedo ajeno o porque sabía que era lo que tenía que hacer o, qué cojones, porque soy un hijo de puta al que te conviene no enfrentarte. Y eso fue lo que le dije al final. Pero al principio solo le pregunté si había perdido el móvil, si no había visto mis llamadas y mis mensajes. Tartamudeó un rato, balbuceó otro rato más y, cuando me cansé de verlo sufrir buscando excusas, entré al trapo sin darle muchas posibilidades de defenderse o desmentirme o intentar convencerme de que no se había comportado como un cagón. Le dije que a partir de ese instante se iba a olvidar de todo lo que tuviera que ver conmigo. Porque lo que tenía que ver conmigo tenía que ver con Boris y Boris no lo iba a dejar ni resollar, Boris no lo llamaría ni le enviaría mensajes. Boris le mandaría a cuatro bestias para que mataran a sus hijas, a Marisa y a él, por ese orden, para que él pudiera verlo antes de que se lo cargaran y no precisamente de ninguna forma rápida y poco dolorosa, y suerte tendría si los cuatro bestias no decidían divertirse un poco follándose primero a Marisa y puede que hasta a alguna de las niñas o a las tres, porque esa gente era capaz de cosas inimaginables. Que no lo harían, claro estaba, por orden mía, y que a mí, claro estaba, no me gustaría que lo hicieran, y que, fíjate bien, si no lo habían hecho ya era porque yo les había pedido que me lo trajeran hasta allí, para hablar conmigo, para darle una última oportunidad, y si no la aprovechaba y seguía en sus trece, acabarían haciéndolo, así, como acababa de explicarle, y yo no podría evitarlo porque esa maquinaria ya se había puesto en marcha y él mismo era quien había apretado el botón de encendido al no cogerme el teléfono, al reunirse con la fiscal, al hacerle caso a aquel abogaducho de mierda que acabaría buscándole la ruina si no se andaba con ojo. Por ahí tendría que empezar, por el abogaducho. A la mañana siguiente, despediría al tolete ese del abogado y, el lunes, tempranito, contrataría a Alfredo. Lo paga el partido, le dije, el partido te paga todo con Alfredo. Y si el partido no puede, te lo pago

yo. Pero el lunes te vas a verlo. Y vete a primera hora, tempranito, porque, después de verte con él, te tienes que reunir conmigo en alcaldía. A media mañana, para que te dé tiempo de llegar a la comparecencia que vas a hacer a las doce con la prensa para que anuncies tú mismo tu dimisión. Por responsabilidad, por seriedad, dimites y te retiras de la política por lo menos hasta que se aclare todo en el proceso judicial. Y fijate que todavía te hago el favor de dejarte ese último resto de dignidad para que quedes como un caballero, en vez de destituirte, de darte una patada en el culo, de echarte como agua sucia del ayuntamiento y del partido, que es lo que tendría que hacer, puto gilipollas, no por haber intentado limpiarte el culo conmigo, sino, para empezar, por subirme a ese avión con Marisa para ir a oír una ópera de mierda, tú, que tienes un oído enfrente del otro, jodido esnob de los cojones. La cagaste ahí y la cagaste al intentar darme la puñalada. Pero no te preocupes: no te voy a echar del todo a los leones. Alfredo sabe hacer bien las cosas, no te irá mal. Eso sí: ni se te ocurra volver a intentar joderme. En tu puta vida. Porque sabes bien cómo soy. Sabes mejor que nadie cómo soy, quién soy, Tano: a las buenas, soy bueno, pero a las malas, soy un hijo de puta al que te conviene no enfrentarte.

Ya poca prudencia. Ya intentarlo a la desesperada. Reptar, gritar. Una casualidad, un golpe de suerte, un cambio de turno en el ejército de los ángeles de la guarda. Ay, viejita linda, siempre con sus ángeles. Pero la viejita no está. No está aquí. Allá, en la residencia. Tú aquí solo. Gritar. Reptar por el suelo. El suelo sin alfombra. Duro. Fue duro, carajo. Fue muy duro hacer eso: acojonar a Tano, decirle aquellas cosas, amenazarlo, tratarlo de esa manera. Fue duro y me quedé mal. Tantos años de amistad, tantas cosas compartidas. No me lo perdonó. No me lo ha perdonado nunca. Y va ya para cuatro años. Yo sé que me odia más que nadie. Ninguno de mis enemigos me odia tanto. Y normal. No es lo mismo. Cuando se rompe una amistad de años te queda ese resquemor. Una pena sorda. Es decepción, sobre todo. Te sientes tonto por haber querido a esa persona tanto tiempo, por haberle dado tanto. Yo lo sé, porque es lo que siento también con Tano. Con él me metí en el partido. Con él compartí residencia en La Laguna mientras estudiábamos. Con él cogí mi primera acta de concejal. Y se quedó conmigo cuando el viejo lo dejó. Él me presentó a Maru, que estaba acabando magisterio. Y salíamos los cuatro, con Marisa, y luego con la progenie, cuando nos fue naciendo. Cuántas excursiones, cuántos asaderos, cuántas veladas en familia. Y antes de que empezaran a nacer los niños, íbamos al cine, al teatro, allá en la capital, a conciertos. Joder, si parecíamos hermanos, más que amigos. Ni con Feluco tuve esa relación. Yo a Feluco lo quería, pero jamás fue como con Tano. Con Tano era una cosa entre iguales. Feluco era otro asunto. Imponía distancia, como si me echara en cara que yo no llevara mierda debajo de las uñas. Mira que le di vidilla a Feluco. Lo puse en el ayuntamiento, de capataz. Pero de viernes a lunes desaparecía, si no era porque coincidíamos a comer en casa de mi vieja o porque nos reuníamos toda la familia en la casa de abuelo, porque mi vieja amañaba los encuentros, con aquello de que quería vernos a todos juntos de vez en vez porque nunca se sabía cuándo sería la última. Y Feluco acudía, y hasta se llevaba a la mujer y a los chiquillos, pero a regañadientes. En realidad, él subía más a la casa que yo, pero se amulaba y andaba siempre de mala gana cuando yo iba. Yo, que lo seguía a todos lados cuando éramos chicos, aprendiendo aquellas mañas de machote que ya se gastaba, copiándoselas. Como un monito que aprende. Era como un héroe, cuando éramos chicos. Y él me cuidaba, me defendía, me enseñaba. Buen hermano mayor, eso sí. Hasta que me fui a estudiar y todo fue cambiando. Cada vez más frío, con la distancia agrandándose. Medrando. La distancia medrando. La distancia medró al mismo tiempo que medraba yo. A lo mejor esa era la historia también con Feluco: que me había querido mucho cuando éramos pibes. Lo que pasa es que yo a Feluco no recuerdo haberle hecho nada para que estuviera así, tan frío, tan raro conmigo. Los padrinos de los chiquillos suyos fueron amigos de la obra, borrachos muertos de hambre como él, que ahora que él no está han desaparecido. No

importa: ahí he estado yo para que a los pibes de Feluco no les falte de nada. Y ahí están ellos, estudiando carrera con todo pagado. Y eso que la salvaje de Encarna nunca ha sido capaz de agradecerme nada de lo que he hecho por ellos. Me da igual. Son mis sobrinos y nunca van a pasar ninguna necesidad mientras yo esté. Ni cuando no esté. Eso está bien atado. Me preocupé de arreglar todo eso cuando se jodió la cosa con Sol y me di cuenta de que no me podía fiar de nadie. Ya tienes una edad, Gabrielo, me dije. Eso fue una semana después de que ella se marchara. Me acuerdo bien. Me levanté un domingo, con una resaca de cojones, me miré en el espejo del baño y me dije a mí mismo eso, Ya tienes una edad, Gabrielo. Cualquiera día, Dios no lo quiera, te da un jamacuco y te vas para Las Chacaritas y, entonces, quién va a cuidar de tu gente, de la poca que te queda. De Yeray. De tu madre. De Sonia y Alberto, que están huérfanos de padre y a lo mejor es por tu culpa. Así que el lunes mismo, al día siguiente, hablé con Tato y con Alfredo para que me aconsejaran cómo hacerlo y abrí los fondos para Yeray, para mi vieja, para Alberto y para Sonia. Encarna es una mala bestia, pero los chiquillos no salieron igual. Nos llamamos de vez en cuando. Y a veces cenó con alguno de ellos, o los dos, si vienen a San Expósito o yo tengo que ir a la capital. Buenos pibes. Al final, son los únicos que se acuerdan de mi cumpleaños o de llamar en Navidades. Con Sonia no sé qué haré, porque ha salido filóloga y vete a saber dónde se puede enchufar a un filólogo, para qué sirve en un sitio como este. A lo mejor la biblioteca. Pero Alberto tiró por obras públicas y a ese sí que le podré echar un cabo. Déjate de soñar, gilipollas. Mañana ya no vas a estar aquí para ayudar a nadie, subnormal. Qué digo mañana: en un ratito te habrás ido al carajo. Repta lo que quieras. Grita lo que te dé la gana. Los ángeles de la guarda no hacen horas extras. Llevo un rato gritando. Gastando aire. Puto cuerpo. No va a servir de nada guardar fuerzas, tampoco. Da lo mismo. Grita o llora, si te sale de los cojones. No lloré cuando lo del pibe. Lo de él sí fue trágico. Esto mío no es más que un final que llega más o menos cuando toca. Joven, pero ya he vivido lo mío. Pero él, el pibe, ¿lloró? Da igual. Y da igual que grites o llores, que ahorres aire y ahorres fuerzas o que no ahorres una puta mierda, porque se acabó, compadre. Se va acabando el tango. La vida es un tango y el que no lo baila es un machango. Otro de los dichos del Viejo. Un dicho para cada ocasión. Yo no encontré nada que decirle a Tano después de aquello. Me quedé hecho una mierda. Sabía que perdía un amigo para siempre. La culpa es de Marisa, jodida palurda que se las quería dar de fina. El abono de los Amigos de la Ópera, el tenis, el golf, el Patronato de Cultura, el Círculo Literario. Como si no se hubiese criado a leche con gofio como todos nosotros. Como si no fuese hija de la misma hambre. Como si no hubiese pasado la infancia en el barranco del Muerto con las rodillas llenas de tierra y la cara llena de mocos. Como si no fuera la hija de Paquito el Cabrero, que pasaba todos los días por las casas de San Expósito ordeñando las cabras en el zaguán para vender la leche a los que no teníamos animales. Marisa, con el pelito teñido, las gafas de sol, las joyitas de diseño y las palabritas en inglés, tan moderna ella. Yo seré un cabrón, pero, por lo menos, sé de dónde vengo. No lo oculto. Lo llevo con orgullo. Soy Gabriel Sánchez Santana, el hijo de Juan el Albañil. Y a mucha honra. No como ella, que fue la que metió a Tano en todo aquel follón. Seguro que cuando la mujer de Hoffmann le contó lo del festival, en cuanto Hoffmann les dijo que, si les apetecía, los invitaba, se le empezó a hacer el coño pepsicola con la idea de ir a Salzburgo y, sobre todo, de volver de Salzburgo y darse el pisto con sus amiguitas de la capital, las del Patronato y los Amigos de la Ópera, viejas

de mierda, mundillo de mierda. Se cargó una amistad de toda la vida. Le buscó la ruina al marido. Solo por aparentar. Claro que él también tuvo su parte de culpa. Por ser un puto calzonazos y por no saber gestionar luego la cosa. Aunque seguro que ella también tuvo ahí su parte de culpa. Ya me la imagino comiéndole la cabeza: No lo puedes dejar así, Tano. ¿Tú sabes el daño que le han hecho a tu imagen? Es una vergüenza. Que diga lo que quiera, pero tendrá que probarlo, digo yo. Tienes que poner las cosas en su sitio, porque, si no, tu imagen va a quedarse manchada para siempre. Tu nombre y tu palabra no van a valer nada públicamente. Será tu muerte social. Tengo un amigo abogado. Y Tano, que siempre fue un calzonazos, no se dio cuenta de que la bobamierda esta lo que quería era mantener su imagen, la de ella, no la de él. Para poder decirles a sus amigas pijas mientras se tomaban el *gin-tonic* que aquello no iba a quedar así, que un periodicucho no les iba a manchar la honra para siempre a dos personas de bien, como Tano y ella, que el pobre está hecho polvo con todo esto, pero al final va a salir la verdad. Por eso, para que ella se pudiese permitir darles el discursito a las amigas, fue por lo que Tano se buscó la ruina y hasta estuvo a punto de buscármela a mí. Y así se rompió la amistad. La hermandad. Porque era más hermano mío que mi propio hermano. Sé que estuvo feo lo que hice. A veces hay que hacer lo que haga falta, cualquier cosa, aunque parezca fea. Aunque sea directamente repugnante. Por supuesto, yo no habría dejado que le pasara nada a Tano. Ni a las niñas. Ni a Marisa, por muy mierda de tía que sea. Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como decía el Viejo. Solo asustarlo. Acojonarlo. Al final, uno sabe lo que está bien y lo que está mal. Uno sabe dónde están los límites como por intuición. Uno lo adivina. Uno se huele las líneas que están ahí, marcadas, antes de uno. Esas no las crucé nunca. Crucé las otras, las de las leyes, las de la burocracia, incluso las de la moralidad. Mo-ra-li-dad. É-ti-ca. ¿Qué somos ahora? ¿Putos curas? Aquí lo que importa es poder buscarse la vida, poder hacer cosas, que el municipio no se pare. La moral. Moral es lo que hay que tener para aguantar a tanto traidor y tanto hipócrita de esos que van por la vida pisando lomos de ángeles. La gente seria. La gente honrada. La gente con fundamento. Esos que lo juzgan a uno, que se echan las manos a la cabeza, que se indignan. Pura pose. Postureo, le dicen ahora. Sí: puro postureo. Esos ya se pueden permitir ser honrados porque no tienen la oportunidad de no serlo. Si pudieran, serían peor que uno. Lo que pasa es que no saben quiénes son, no quieren saber lo que son. Yo sí sé lo que soy. Sé quién soy. Yo soy el que soy. No, coño, no soy Dios, pero tampoco soy el diablo. Pero sé quién soy. Me toca engañar porque es mejor que no lo sepan. No solo por mi bien, sino por el de todos. Que no me vengan a decir que soy mala gente por hacer negocio, por darle vida a San Expósito, por ganarme la vida y darle vida a la gente del pueblo de uno. Vida. Al final, la vida es como es. Las cosas son como son: oferta y demanda. El mundo se mueve como se mueve y uno no lo puede evitar. Hay que dejarse llevar por el destino, porque si no lo haces, el destino te va a arrastrar igual. También es frase del Viejo. Como casi todo, eso lo aprendí de él. La vida es como es y las cosas son como son, Gabrielo, me decía. Tiene que haber leyes, claro, para que esto no sea un sindiós. Pero esas leyes, nosotros, a veces, nos las tenemos que saltar para que todo vaya bien. No solo por nosotros: también por la comunidad. Piensa en una chorrada como el campo de fútbol. ¿Tú crees que si yo no me hubiese saltado algo de burocracia tendríamos el pabellón deportivo? Si espero a que todo se haga como se supone que se tiene que hacer, todavía seguirían los chiquillos ahí, jugando en un solar lleno de basura. Y ahora vienen

equipos de todos lados y tenemos la liguilla de verano y da mucha vida al pueblo. Pero todo eso gracias a que nos saltamos un par de pasos, puenteamos lo que había que puentear. Hubo que untar a gente de la capital para conseguir las licencias, comprar algún permiso, portarse bien con algún funcionario para que diera el visto bueno sin tener que esperar un lustro. ¿Y? ¿A quién le importa eso ahora que el pabellón lleva quince años funcionando? La temporada pasada, cuando se lo quisieron cargar, acuérdate de la que se armó. La gente recogiendo firmas, manifestándose en la capital, con los chiquillos por delante, azorando al presidente del Cabildo y al consejero allí donde tenían un acto público. Vale que las guaguas para ir las poníamos nosotros, pero nadie obligaba a nadie a que fuera a montar el pollo. Iban porque el campo era un beneficio para ellos y, de repente, el Cabildo lo quería cerrar por un problema de licencias. El Viejo estaba orgulloso de lo que hizo con el pabellón. Lo que no decía era lo de las contratas para seguridad, mantenimiento y limpieza. Lo que ingresábamos cada vez que tocaba renovarlas. Pero, de nuevo, ¿y? Había bisnes cuando el Viejo y seguro que siguió habiéndolo en la época de Alzola, que tonto no es. Y lo hay conmigo. A quién carajo le importa, si el pabellón funciona y está ahí para que lo disfrute la gente. Y tenía razón el Viejo, en esto como en casi todo: si hay que engañar se engaña. Y ni engañar es: solo disimular un poco, barnizar la cosa para que la gente honrada, la de los lomos de los ángeles, no se nos ofenda. Y se hace por el bien de todos, cojones. Hasta por el de ellos. Qué iba a pasar con todos los proyectos que hay en marcha si yo no estuviera. Quién iba a cuidar de todo esto. ¿Los socialistas? ¿Los de la izquierda? ¿Los nacionalistas? ¿Los neocón? ¿O un tripartito de esos que están de moda ahora? Pícamelo menudo, que lo quiero para la cachimba. No: estos se iban a cargar en un año todo lo que el PISE ha hecho en tanto tiempo, con tanto esfuerzo. Saltándonos a veces las normas y pillando cacho, que para eso nos lo curramos, pero hemos hecho mucho por este municipio, que antes de Colacho era un pueblucho miseriento y ahora está en todos los papeles, en todos los destinos turísticos, en novelas y hasta en películas. Pregunta en Helsinki o en Hamburgo a la gente por la calle adónde quiere ir de vacaciones y tres de cada cuatro te dirán que a Playa Siroco. El resultado de todo este esfuerzo, el legado de Colacho y del PISE hay que protegerlo de esos mierdas ambiciosos muertos de hambre enteradillos de la caja del agua. Por eso se ve uno obligado a hacer cosas que les harían arrugar la nariz. Por eso uno tiene que engañar al personal. Aunque tampoco tanto. El que engaña siempre encontrará a quien quiera dejarse engañar, decía el Viejo. Yo creo que eso no era suyo, como lo del destino. Yo creo que algunas de esas cosas que decía las había leído en algún lado. Porque el Viejo era de los que leen. Pero aunque eso no fuera suyo es una verdad como un puño, como una montaña de grande: el que engaña siempre encontrará a quien quiera dejarse engañar. Lo tengo más que comprobado. Que son ya más de treinta años en esto y uno ha visto de todo. Solo hay una cosa que no te van a pasar: la fragilidad. Como te vean frágil, como encuentren un hueco donde darte una hostia (sin que se sepa quién te la dio, si puede ser), te la van a dar. Y si te pueden dar una, esa no va a ser la última. Son como las jodidas hienas, que adivinan cuál es el ñu más débil de la manada, el enfermo, la cría, el anciano. En cuanto una te dé un mordisco en el culo, ahí vienen las otras. Así que sí: he mentido. Bastante. Pero nunca me he mentido a mí mismo. Al menos en cuanto a todo ese rollo de la honradez y la honestidad. Un alcalde no tiene que ser honesto. Lo que tiene que hacer es su puto trabajo, conseguir que las cosas salgan bien. No, no que

las cosas salgan bien: que todo funcione. Porque las cosas a veces no salen bien. Mira ahora, aquí: amarrado, arrastrándome por el salón hacia quién coño sabe dónde, cuando esta misma mañana me levanté más contento que el carajo. Anoche fue una buena noche. También porque fue un buen día. El cumpleaños del marido de Gladys. Asadero en casa de ellos. Todos los que vinieron eran parejas jóvenes, algunos con los chiquillos. Está bien rodearse de gente joven, como hacía el Viejo. Vino, carne y guitarreo. A Pepe Juan le regalé una caña de pescar, que sé que le gusta. A veces echamos unas parrafadas. Me gusta hablar con ese tío. Sin política, sin rollos del ayuntamiento. Gasta buenos chistes, Pepe Juan. Buen tipo. Sencillo, aunque se dedique a la publicidad y el *marketing*. Sabe disfrutar de la vida. Y como trabaja por su cuenta, se ocupa de los chiquillos. Porque Gladys no para. Esa piba vale un puñado. Tampoco es que quede mucho presupuesto para el área de ella, pero hace encaje de bolillos con lo que tiene. También es verdad que cuando hay remanentes yo le doy prioridad. Será una buena heredera cuando yo me vaya, aunque todavía le falta experiencia, mala idea, aprender a bregar con ciertas cosas. Sé que son tiempos para que una mujer se ponga al frente. Y ella sabe que yo lo sé, aunque nunca lo hablamos. A lo mejor es por eso por lo que me invitan de vez en cuando a salir con ellos. A lo mejor tiene más mala idea de lo que yo creo. No me importa. Hubo un ratito en el que miré desde la azotea de la casa. Reformada. Luce bien, la vieja casa de los padres de Pepe Juan, en lo más alto del valle. Y también tiene buena vista: se ve desde la cala de Los Verdes hasta el roque Anchieta. Y, entre una cosa y otra, las otras calas, el muelle de yates, el de pescadores, Playa Siroco, la Colonia Belga. Ahí, en la Colonia Belga, desembocaba antes el barranco del Muerto. Ahora se ven los chalés y los bungalós y da gusto. Igual que los edificios de Playa Siroco, toda esa ciudad que casi oculta el pico Tenesor. Gladys vino al lado mío. ¿Te traigo el catalejo, alcalde? Yo me reí. Mira que es bonito este puto pueblo, le dije. Ciudad, me corrigió. Pero yo insistí: Solo en los papeles, mi niña, solo en los papeles. En la realidad, sigue siendo un pueblo, como cuando yo era chico y tú no eras nacida. Qué buena vista tienes desde aquí, añadí luego por añadir algo. Desde aquí se contemplan todas tus posesiones, dijo, medio en broma. Entonces fui yo quien la corrigió a ella, Nuestras posesiones, Gladys, nuestras, que yo no soy el único que gobierna y, además, no voy a estar para siempre. Pero eso va a ser dentro de mucho, alcalde. A lo mejor, antes de lo que te imaginas, mi hija. Puta habilidad premonitoria. Como si lo supiera. Pero no lo sabía. Si lo hubiera sabido, no estaría ahora así. No. No lo sabía. Lo dije por decir. Lo que pasa es que, a toro pasado, todos somos adivinos. Sí, lo dije por decir. A lo mejor, antes de lo que te imaginas, mi hija. Y Gladys se me quedó mirando, como esperando que dijera algo más. No lo hice. No dije nada más. Apuesto por ella, pero a lo mejor es pronto. Luego volvimos al guitarreo, y hasta me eché una ranchera. Por la noche, pasé por lo de Aguilar. Tocaba coger lo mío. Antes venía él. Nos veíamos en alcaldía o hasta en mi casa. Pero después de lo del año pasado, la cosa se ha puesto chungu. Lo hacemos con más disimulo. Cuando toca, cuadrarnos cita con uno de los móviles de prepago y voy al restaurante que toque. Aguilar nunca está, claro. Me pido un menú y como solo. A mitad de cena, me voy al baño de caballeros. Y allí, detrás del váter, siempre está el paquetito con la pasta. Ayer tocó el italiano. Yo no sé si los del restaurante están al loro de la movida o no. Supongo que al menos los encargados sí, porque alguien tiene que estar pendiente del dinero, de ponerlo allí, de cuidar de que nadie lo coja antes de que entre yo. Una vez me

obsesioné con eso: me dio por pensar que si el dinero se pasa allí toda la tarde hasta que yo voy a cenar, cualquiera, por casualidad, puede verlo y llevárselo. Y, en ese caso, me quedaría jodido, porque a ver cómo demuestro yo que se me adelantaron. Pero nunca ha pasado. Siempre está ahí, en un sobre que va metido en una bolsa de plástico. Con el tiempo he entendido que hay alguien que lo coloca en su sitio justamente cuando entro yo. Los restaurantes van cambiando: un mes el italiano; otro mes el ruso; otro el argentino. Así no vuelvo al mismo restaurante antes de tres meses. Todos son sitios respetables, familiares. Casi siempre soy el único que cena solo. A nadie le extraña. Los que me están investigando seguro que no tienen ni puta idea de cómo lo hacemos. A veces me dan pena esos tipos. No sé si son de la Guardia Civil, la UDEF o la Judicial, pero me dan pena. Se deben de pasar la vida investigando mis cuentas, escuchando mis conversaciones, siguiéndome a todos lados. Deben de llevar meses así, sin conseguir nada potente con lo que joderme. No se les ve, porque son de los buenos. Pero yo sé que todo lo que hablo por el móvil normal o por los teléfonos fijos va a un archivo. Por suerte, están los móviles de prepago, los que me va dando Aguilar. Esos están impolutos. Aguilar me explicó que cada vez que tienen que intervenir un teléfono hay que pedir una orden. Una por cada nuevo número que intervienen. Y él me da un teléfono nuevo casi cada semana. No es difícil, en realidad, vigilar a alguien, poner cámaras o escuchas en su despacho y su oficina. Yo lo hacía ya hace años, cuando no había cacharros tan sofisticados. Por eso, después de lo del año pasado, me aseguré bien de controlar eso primero que nada. Micrófonos ocultos no hay. Ni en alcaldía ni aquí. Eso lo tengo claro, porque la agencia con la que trabaja Alfredo hizo un barrido. Y, además, si hubiera micros aquí, ya habrían entrado a salvarme. Porque tendrían que hacerlo, ¿no? No podrían dejarme morir aquí como un perro. Tendrían que cumplir con su obligación y salvarme. La pasta de Boris, como siempre, en el sobre. Hace años que quedamos en eso: metálico. Que lo suyo no deje huella. Y de a poquito. Siempre cantidades como la de ayer. Los cabrones me tenían calado. O no tan calado. Porque habría sido mejor para ellos anoche. Volví a las once. Me podían haber trincado así, a oscuras, después de meter el coche. Se podían haber metido mientras se cerraba la puerta de entrada y me habrían pillado al salir del Audi. Todo habría sido más fácil, cojones. Habría preferido eso: que me dieran una hostia y me quitaran la pasta y a tomar por culo. Pero no estaban ahí para eso. O estaban, pero no tuvieron huevos y se lo estuvieron pensando toda la noche, mientras yo entraba en casa y me preparaba para acostarme y me metía en la cama con una novela de detectives para ver si me entraba el sueño. Me cuesta dormir. No dormir: me cuesta quedarme dormido, con tantas cosas en la cabeza. Por eso el radiodespertador bajito, sintonizado en Radio Clásica, y la novela de detectives que no se acaba nunca. Sí que sabían que tenía la pasta. Sí lo sabían. Pero ¿cómo lo sabían?

¿Cómo lo sabían? A ver: la voz del ronero. El ronero. A ese lo conozco yo. Cuarenta y pico o cincuenta. Puede que más. Puede que sea de mi quinta. ¿De los que pintaron la última vez? Había uno que tenía una voz así. Lo oía hablar con Nisita cuando ella les llevaba el buchito de café, que aquí se trata bien a la gente, aunque luego te lo paguen como te lo pagan. Pero no es ese. Ese no era tan alto. Este era más alto que yo. Lo noté por el ángulo, por la altura desde la que provenía la voz. Esas cosas se notan. Me puedo equivocar, pero fijo que me sacaba diez o quince centímetros. Y yo no soy chico. No, no era el pintor. De la gente de César no recuerdo a ninguno así. Los de Boris están descartados. Después de todo, el dinero provenía de él. Y, seamos claros, el día que no me quiera dar algo, no me lo da y punto. Ahora ya me hace más falta él a mí que yo a él. De Boris no. Ni de César. Pero de Berto tampoco. No creo que la gente de Berto se metiera en una movida de estas. Lo suyo es el trapicheo. O lo fue. Ahora ya casi ni eso. Pero no le interesa montar escándalo, no dejaría que nadie de los suyos se dedicara ahora a esto de los asaltos. Está mayor para diversificar el negocio. Ni Boris ni César ni Berto. En todo caso, a ver cuánto sé de lo que sabían los dos changas que me han hecho esta cabronada. Sé que sabían que habría metálico. Sé que me tuvieron que estar siguiendo. Sé que sabían qué día y a qué hora iba a salir con pasta en la carpeta. Siempre llevo el sobre en la carpeta de cuero, la de todos los días. Normalmente solo lleva papeles. Mejor que todo sea normal, llevar el dinero donde nadie pensaría que hay dinero porque lo habitual es que solo haya documentos que no sirven para nada. Pero estos cabrones sabían que estaba ahí. No, qué coño: no lo sabían. Se lo olían. Sabían que llevaba el dinero encima, pero no exactamente dónde, porque primero me registraron. Me quitaron la chaqueta y le dieron la vuelta. Me metieron mano en todos los bolsillos y me quitaron los zapatos. Después fue cuando oí la cremallera de la carpeta de cuero y el ronero dijo que allí estaba, que por patas. Al de los porros no. Pero al ronero, al más pureta, lo conozco. ¿De qué coño lo conozco? No le pude ver el jocico, pero seguro que ese jocico lo he visto mil veces, que he hablado con él, que hasta le he hecho algún favor, como le he hecho favores a medio pueblo. Pueblo de mierda. Pueblo de ingratos, San Expósito. De puta madre le viene el nombre, porque está lleno de bastardos. Y yo aquí, un bastardo más, haciendo de detective. El detective reptante. El detective sin aire. El detective muerto. Pero es verdad que no puedo hacer otra cosa que pensar. De hecho, ni siquiera puedo dejar de pensar. Así que, mientras esto acaba, ya que solo me queda el pensamiento, voy a utilizarlo para algo útil: identificar a los chorizos. A uno de ellos, al menos. ¿Para qué? Coño, algo de utilidad tendría si lograra salir de esta. Pero si no salgo, si no voy a salir y me voy a morir aquí, en el suelo del salón, amarrado y con una bolsa en la cabeza, tiene bemoles la cosa: eso quiere decir que entonces estoy aquí investigando mi propio asesinato. Lo dicho: el detective.

También la víctima. Aunque esto no es una novela de esas que leo para dormirme. Si lo fuera, sería una mierda; no podría dar nada de lo que prometen las sinopsis: ni acción trepidante ni ritmo cinematográfico ni giros inesperados ni una galería de personajes interesantes ni un desenlace sorprendente ni viajes por marcos geográficos incomparables. Esto va de un tipo que se asfixia con una bolsa en la cabeza. Un tío solo, amarrado, que piensa mientras se muere porque es lo único que puede hacer: pensar. Manda cojones. La sinopsis de la novela menos vendida del año. ¿Investigando mi propio asesinato? Pues sí, porque esto es un asesinato. Está claro. Me dejaron aquí con la bolsa en la cabeza para que me muriera. Me querían matar, pero no tenían huevos de matarme. Encima de chorizos, encima de asesinos, cobardes. Mariconas. Putas con bigote. Está bien, ronero, ¿quién coño eres? Porque me has tenido que seguir para tenerme tan controlado como me tenías, para saber a qué hora salgo y qué día llevo dinero. Y, aunque no te conociera de antes (que te conozco, aunque no recuerde de qué), yo tengo que haberte visto en algún momento. No me fijé, eso de fijo, pero te vi. Te tuve que ver. Voy a acabar recordándote la cara, hijo de puta. Y después ¿qué? Después nada. Pero al menos voy a saber quién lo hizo. A lo mejor la pregunta no es quién, sino por qué. Para robarme. Eso parece claro. Pero no está tan claro. Si hubiera sido nada más que para robarme, no me hubieran dejado la bolsa puesta. Y a lo mejor lo hubieran hecho anoche, cuando llegué. Claro, hijos de puta, no iban a por la pasta. Iban a por mí, pero que pareciera que iban solo a por la pasta. Tampoco. Se me va la pinza. A ver, vamos a volver atrás, Gabrielo. La primera posibilidad: dos chorizos aficionados, dos muertos de hambre que te tienen más o menos calado y se hacen un palo cutre. Un palo cutre, porque ni siquiera buscaron la caja fuerte, ni nada más, solo la pasta de esta semana. Si hubieran abierto la caja se habrían llevado casi veinticinco mil pavos, dos pelucos de los caros y, lo mejor de todo, los archivos. Archivos succulentos que podrían joder a mucha gente. Archivos por los que yo o cualquiera de los que salen en ellos habríamos pagado mucho más. Un sueldo de Nescafé, sin problema. Pero no hicieron eso, así que la hipótesis de los chorizos aficionados es de las que habría que valorar seriamente. Segunda teoría: son dos tipos que te quieren matar y disimulan robándote. Eso de cara a la galería, pero piensa un poco: buscaron el dinero igual. Y dijeron Aquí está, por patas. ¿Qué sentido tendría disimular delante de ti? Así que iban a por la guita. Por eso puedes pensar otra vez en la primera posibilidad, un palo cutre con dos chorizos cutres, dos chorizos cutres acojonados que se piran sin quitarte la bolsa ni abrirle un agujero para respirar. Pero hay una tercera posibilidad, que mezcla las dos: dos chorizos cutres a los que alguien manda para quitarte de en medio, engolosinándolos con la pasta. Me cago en la puta. Esa no la habías pensado hasta ahora, Gabrielo. Alguien que te quiere dar el finiquito y piensa en eso, en picar a dos mataos, dos muertos de hambre, les dice lo que tienen que hacer y a lo mejor les ofrece pasta, pero también les dice que la otra parte de la pasta te la quiten a ti. Que después te dejen aquí, así, sin posibilidad de contarlo. O con muy pocas. Si la cosa sale bien, la versión oficial es que dos choris te asaltaron para robarte y luego te dejaron con la bolsa y te moriste. Si la cosa sale mal, la versión es casi la misma, pero que al final lograste liberarte o alguien llegó y te liberó. Pero nadie pensaría nunca que lo que querían era matarte, y tú menos que nadie, así que no buscarías al hijo de puta que mandó a los dos changas estos para hacerlo. La tercera. Esa tercera posibilidad. Esa es la que más jode. ¿Quién? ¿Candidatos? Una carretada de candidatos. Una tonelada de hijos de

puta que te odian, porque aquí hijos de puta no faltan y gente con motivos para odiarte sobra. Así que, más que repasar la lista, acabas antes descartando. Rivales políticos, ninguno. Esos no tienen huevos ni realmente motivos. Puede que te desprecien, pero no ves a Alzola ni a Perdomo ni a ninguno de estos planteándose algo así. A Tano, tampoco. Nunca fue su estilo y, aunque te odie, ha tenido tiempo para jugártela como para venir con esta mierda después de tanto. ¿Qué hace ahora Tano? ¿A qué se dedica? Le tocó con el juez Vega. Al final se libró del cohecho impropio, pero no de la prevaricación. Cuando se quitó el lío de encima no tuvo que ir al trullo, pero lo inhabilitaron. Tiró de enchufe y se metió en Garcisán. Fue trepando poquito a poco y desde abajo, pero ahora está de directivo. No le ha ido mal. Garcisán tiene poco negocio aquí. De hecho, ya casi no he vuelto a verlo en los últimos años. No, no tiene motivos para hacer esto ahora. Para él, solo soy un mal recuerdo, como él para mí. Así que Tano no. Saulo, muchísimo menos. Ese es historia. Nadie de la política, eso sí que está claro. Entonces tiene que ser alguien de los negocios. Ahí he jodido a mucha gente. Pero, por ejemplo, ninguno de los que no cogieron contratos tirarían de este tipo de recursos. Esos son cobardones que hacen campañas de prensa, impugnan procedimientos, presentan recursos, llevan el PGOU a los tribunales. Dime tú que son capaces de amenazarte o de mandarte a alguien a amenazarte si hay un concurso a punto de caer. Pero son más bien de hacerte la pelota o de untarte mejor que el rival, no de acabar contigo a toro pasado por venganza o lo que sea. Además, siempre me he preocupado de dejar a todo el mundo contento, con la tarta bien repartidita para que nadie monte un numerito. Si no te doy la contrata de aguas, ya te llegará la de electricidad. O la de mantenimiento. O la del adecentamiento del casco urbano. Algo te caerá, si sabes ser discreto y estás dispuesto a llegar a un acuerdo. Vidilla para todos. Solo un par de ellos se quedaron picados porque no ganaron algún concurso. Miraval mismo, que creía que le íbamos a dar el permiso para la terraza solo por llevarme a cenar un par de veces. Ese pensaba que me tenía conquistado, pero se lo puse muy claro: o pasas por caja o no hay terraza. Y no quiso pasar por caja. Así que el muy agarrado se quedó sin permiso y no pudo montar la terraza y luego me estuvo amenazando con llevarlo a la prensa y, como le dije que se metiera un dedo en el culo, allá que fue, a *El Herald*, a soltar su mierda, a decir que otros, como Viéitez, habían tenido que pagar sobornos para poder abrir negocio aquí. Pero todo se le fue al carajo cuando Viéitez lo desmintió, cuando yo dije a *La Voz* que esas acusaciones eran muy graves y que el ayuntamiento de San Expósito, aun sin desearlo, tendría que tomar medidas y denunciar a aquel señor que lo calumniaba después de haber hecho negocio en el municipio durante más de una década. Al final se puso a matizar, a recular, cagadito de miedo desde que apareció un pasante del bufete de Alfredo a pedir los originales de las entrevistas para tomar medidas contra *El Herald* y contra el propio Miraval. Se cagó encima, porque pleitos tengas y los ganes, porque metidos en ese baile no gana quien tenga razón sino quien tenga más dinero para abogados, y el ayuntamiento de San Expósito tiene mucho, más incluso que el de la capital. ¿Ves tú? Ahí sí que podía permitirme yo una querrela. Que hay que saber cuándo tiene uno buenas cartas y cuándo no. Si yo me hubiera querrellado, habría salido mucha mierda de Miraval y él lo sabía y yo sabía que él lo sabía. Así que por ese lado tampoco. ¿Envidiosos? Muchos envidiosos, pero ninguno con cataplines. Se me ocurre que alguien con coraje y con contactos es Sol. La propia Sol y el chulo de turno con el que ande ahora. Aunque ¿para qué matar a la gallina de los huevos de oro? Porque

Sol será una hija de puta, pero tonta no es y sabe que no está en ningún testamento y tiene que olerse que yo lo tengo todo atadito para que no cobre un puto duro después de que yo me haya ido para Las Chacaritas. Se me ocurren unos cuantos más, pero con todos pasa lo mismo: tienen más que perder si la palmo que si sigo aquí. Es verdad que sé mucho sobre mucha gente; también lo es que me conviene callarme más que a nadie. ¿Quién, Gabrielo? ¿Cuál de tus enemigos tiene agallas y medios? ¿Cuál tiene motivos suficientes? ¿Cuál sale beneficiado con esto? Ninguno. Así que no es entre los enemigos donde tienes que buscar. Y si quien mandó a hacer esto no está entre tus enemigos, entonces solo te queda una posibilidad: buscar entre tus amigos.

Tus amigos. ¿Quiénes son tus amigos, si es que te queda alguno? Bueno, amigos o que lo parezcan. Los que tienes cerca. Los que tú crees que lo son. Alfredo. Alfredo es amigo desde la época de La Laguna. Juergas, guitarreo, novias y resacas. Con él y con Tano y con Carlos, que luego coincidió en la mili contigo. Joder, Carlos. Cuántos años de no verlo. Tiene un *consulting* de esos, en Barcelona. Un máquina. Se mandan mensajes, tienes contacto. Ahora, con lo de las redes, es fácil. Aparecen tipos a los que no ves hace siglos, te cuentas cómo te va, te cambias chistes, quedas para echarte cañas que nunca te echarás: en realidad no los quieres ver porque verlos es ponerte delante de un espejo. Mucho. Joder, Carlos, cuánto tiempo sin verlo, pero no lo quieres ver. Para qué coño querrías. Si lo hubieras seguido viendo, entonces vale. Pero no lo volviste a ver desde que se fue para allá. Nunca viene a San Expósito. En vacaciones, se va a Tenerife, que la mujer es de allí. De la peña aquella, ya solo Alfredo. Alfredo, que, cuando Tano se reviró, se puso de tu lado. Lo que nunca vas a saber es si lo hizo por amistad o porque es de los que saben ponerse siempre en el lado ganador. A Alfredo lo trincaste alguna vez mirándole el culo a Sol, bobeando o babeando con ella. Con Maru no, pero es que en esa época Pino estaba bien y Maru era de nuestra quinta, amiga suya y, qué cojones, una tía sería. Ni bobeo ni babeo. Maru siempre supo poner a todo el mundo en su sitio. Una señora. Guapa, pero sobre todo buena gente. Todavía me encuentro con alumnos de ella. La nombran con cariño. Son camareros, porteros, taxistas, gobernantas, recepcionistas. Les iría mucho peor si no hubiese sido por ella. Buena piba, Maru, buena mujer, buena madre. Con Sol, otra cosa. Lascivia. A Sol la envidiaban o la deseaban. O la deseaban y te la envidiaban. Alfredo te la envidiaba. Y es lógico, carajo. Pino estuvo buena, pero ahora es puretona. Lo intenta disimular con la ropa y las joyitas y los tratamientos, pero tiene tres partos y una cesárea, culo blando, ombligo entre las tetas, cuello arrugado como cuero de polla. Y esa telilla que se le pone en los ojos. Si tu mujer está así, normal que se te ponga dura con una mulata como Sol. Normal. Ese pedazo de hembra que es Sol, que ahora ya anda por los treinta bien despachados, pero que seguro que sigue teniendo tres revolcones y medio. Que además sabe jugar, hacerle sentir a cada tipo con el que habla que es el único hombre en el mundo. Ah, Sol. Sol a los veinticinco. Qué pedazo de hembra. Y no era una burra. No era otra hija del hambre de Dominicana. O no lo parecía. Había estudiado. Hablaba inglés perfectamente. Estaba a punto de graduarse. Mucha gente pensó, o mejor, mucha gente no, todos, todos pensaron que era del oficio, que nos habíamos conocido así. Y no tendría nada de extraño, porque los íntimos saben cómo le daba yo al puterío, cómo le sigo dando ahora. Pero no es verdad. Nos conocimos en la capital. Ella estudiaba un máster. Comercio exterior. Ahí es nada. Estaba de becaria y así nos conocimos, en un encuentro entre municipios. Yo sé reconocer a una puta cuando la veo. Y Sol no era una puta.

Por lo menos, no era de las baratas. A ver, tan tonto no soy. Sé que yo era una posibilidad de una vida mejor. Pero también sé que ella tuvo otras oportunidades, tíos más jóvenes y más guapos y hasta con más pasta. Pero me eligió a mí. Quiero pensar que hubo algo más, que para Sol, por lo menos al principio, yo fui algo más que un pureta con dinero. Y eso que yo, en ese momento, era un tipo más bien triste. Andaba en lo del divorcio. Más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Había echado kilos y ya el pelo se me había ido al carajo, entre la calva y las canas. No es verdad que si te salen canas no te quedas calvo. Es una de esas chorradas que se dicen para consolar a los canosos. Como eso de que los calvos son más machotes. También es una puta mentira. Consuelos. Nos pasamos la vida buscando consuelos. A mí Sol me consoló bien. Me sentía como un pibe, otra vez. Había habido muchas tías, hembras impresionantes. Pero siempre de pago. Antes de Maru sí. En La Laguna, unas cuantas novias tuve. Después llegó Maru y las borró a todas. Una vida entera con ella. Una vida entera que luego no fue una vida entera, porque la cosa, después de aquello, se fue apagando hasta acabarse, más por mi culpa que por la suya, y hubo que seguir viviendo igual. Y entonces ya me podía pegar todas las marchas con putas que ya me pegaba en los últimos tiempos de Maru, pero sin tener que disimular al llegar a casa. Y eso duró una temporada, mientras arreglábamos todo, mientras llegábamos a un acuerdo y se hacía oficial que el matrimonio se nos había ido a la mierda. Hasta que, de pronto, apareció Sol. Una cosa rara, lo de andar cortejando cuando uno ya tiene una edad. Lo de sentirte pollo otra vez, lo de pensar en sitios bonitos para llevarla, en ropa que te pondrás, en qué le gustará más a ella. Eso de empezar a conocerse es empezar a mentir. Porque lo que haces es enseñar la mejor versión de ti mismo. Una que no eres tú. O sí eres tú, pero poquito. Ahí, al fondo, detrás de las sonrisas y los silencios y las miraditas y las cosas que dices para hacerte el interesante y las que callas para que no se sepa que eres un miserable. Cada vez que me miraba, me quitaba diez años de encima. Cada vez que me hablaba, me volvía a sentir como un chiquillo. Luego vi que ella también había mostrado la parte mejor. Cuando fuimos a Dominicana, antes de casarnos, cuando conocí a la familia, me di cuenta de que sí que era hija del hambre, que me iba a tocar mantener a aquel regimiento de hermanas, sobrinos, abuelas, tías. Hasta tuve miedo de que se quisiera traer a la madre. Pero hubo suerte: ella también quería alejarse de aquello. Mandábamos dinero, pero no era tanto. Y ella iba para allá una vez al año. Yo prefería quedarme. Agobio de familia. Por lo demás, aquí Sol se portaba. Reposo de guerrero. Trabajó durante una época, en una consultora. Pero no le fue bien. Le dije que le buscaba algo, pero prefirió seguir estudiando. Y así se pasó el resto del tiempo, haciendo másteres, grados y no sé qué puñetas. Todo el día de la capital a aquí o de aquí a la capital o quedándose a veces de lunes a viernes en el piso que alquilamos allí, porque las clases eran por la mañana temprano. Y yo también, venga a dar viajes, porque la echaba de menos a veces. Había días que solo la veía un momento, si yo había ido a la capital por algún asunto de trabajo y ella sacaba tiempo para que comiéramos antes de volver a clase. Otros días ni eso: nos llamábamos por la tarde. No me gustaba que me mandara mensajes. Prefería que me hablara. Oír su voz. Me bastaba con eso. Hasta me gustaba. Era como si fuera otra vez universitario, yo también. Hasta en eso me hacía sentir más joven. Lo pagaba yo todo: la comida, el piso, las clases, el dinero que mandábamos a Santo Domingo, los teléfonos. Qué importaba. Valía la pena. Te mirabas en el espejo y pensabas que una hembra como Sol estaba contigo y valía la pena todo aquello. Así años.

Cuatro, cinco años. No todo era estudiar. Los fines de semana eran solo míos. Era solo para mí. Y las vacaciones. Y alguna escapada. Viajábamos mucho, con Sol. De hecho, nunca viajé tanto como con ella. Le gustaba Europa. Toda España, pero también Italia, Bélgica, Holanda, el sur de Francia. La foto que le hice en Pau, ante la secuoya. Esa foto. La descolgué cuando se fue, pero creo que está por ahí, entre los trastos, por algún lado. La vida es un colgar y descolgar fotos. La vida es una barca, como dijo Calderón de la Mierda. Eso es lo que es. Cómo tardé tanto en darme cuenta. Seguro que llevaba años así cuando me empecé a quedar con la movida. Con ese o con otro. O con otros, que es lo más seguro. Ella siempre dijo que no. Y lo sigue diciendo, que fue solo aquel. Pero yo sé que ahí sí fui camarón que se duerme, que me vaciló durante mucho tiempo, que se lo hizo pero bien todo lo que quiso antes de que yo me pusiera las pilas. Me acabé poniendo las pilas, pero no de golpe. Fue poco a poco. En la época en que empecé a pillarla en renunciados, a notar movidas raras, todavía quise pensar que eran historias mías, que me ponía paranoico porque tenía miedo. El sentido común te dice una cosa, pero tú no lo quieres creer. No es cosa del corazón. Lo del corazón es una gilipollada. Es cosa de la cabeza, también. No de la misma parte de la cabeza donde tienes el sentido común, sino de esa parte que quiere estar siempre a gusto, que la vida sea perfecta. Y no lo es: la vida es un colgar y descolgar fotos, es una barca, y lo sabes. No quise trabajar con la agencia de siempre, porque era con la que trabajaba Alfredo. Busqué otra, que se dedicaba sobre todo a esto. No la tuvieron que seguir más de una semana. Me dieron el informe y, después, yo esperé una semana más. Mira que me costó esperar, pero esperé una semana más como esperé unas horas más aquel día, con Tano, para darle una última oportunidad de venir de frente y decirme las cosas como eran. No lo hizo. Así que me presenté de golpe y sin avisar en el piso de la capital. Un miércoles, cuatro de la tarde. Ella allí, con el tipo. No le rompí la cara a ella ni se la rompí a él. No monté un pollo. Simplemente abrí y los trinqué en el sofá, acurrucaditos, viendo la tele. Ni siquiera estaban follando. Solo hacían vida de pareja. Hacían una vida de pareja que pagaba yo. Hijos de puta. El tipo, un machango. Con los huevos de corbata. Ella, con ojos de cherne, acojonada también. No, no monté ningún número. Me bastaba con verlo yo mismo y con que ella me viera bien, con que le quedara claro que la había trincado. Luego, sin decir nada, me fui. Me llamó por el hueco de la escalera. No bajó, porque estaba medio en bolas. Me volví a San Expósito y me vine a casa. Ya había tomado la precaución de cancelar las citas de esa tarde. Cuando llegó, yo estaba en el despacho, contestando *e-mails*. Lo intentó con todas las excusas: era un malentendido, el tipo era un amigo. Luego, sí, había tenido un desliz, pero había sido solo esa vez. Cuando le saqué el informe de la agencia y se lo puse delante y ya no pudo negarlo, empezó con el rollo de que era verdad, pero ella en realidad me quería a mí, solo estaba enamorada de mí. En ese momento, al oírla hablar de enamoramientos, fue cuando realmente me tocó los cojones, cuando más cerca estuve de darle una hostia. Pero me contuve. Si hay algo que sé hacer es mantener la sangre fría. Y eso que ella lo notó, notó que estaba a punto de meterle, porque se calló de pronto y se apartó un poco, como esperándola. Lo que me pareció más miserable de todo es que la habría encajado, que ella provenía de un mundo en el que una mujer consentiría eso. Eso no lo pensé entonces; lo he pensado después, muchas veces, cada vez que me acuerdo. En ese momento no estaba para pensar mucho más. Por eso no le di la posibilidad de seguir intentando llevarme al huerto. Le dije que se volviera a la capital, que

se quedara el Mini, porque al fin y al cabo estaba a su nombre, que tenía el piso pagado todavía ese mes, pero que a partir del siguiente era cosa suya. Que viniera cuando quisiera a recoger las cosas, pero que llamara antes, porque iba a cambiar todas las cerraduras. Que Alfredo la llamaría para arreglar el divorcio. Búscate un buen abogado que defienda tus intereses, le dije al final, así no podrás ir diciendo por ahí que te dejé tirada.

Costó cerrar aquello, llegar a un acuerdo, porque el abogado que se buscó era bueno de verdad. Eso me lo confirmó Alfredo, que estuvo meses llevando el tema. Pero por fin llegamos al arreglo. Y como vino Sol, Sol se fue y ya no volví a verla. Sé que anda por el país, porque el dinero que Tato le ingresa va a un banco español, pero no sé si está aquí en la isla o en la Península. Y me la suda. Quema. Sol quema. Mira, otra idea bonita, que Sol queme. Una vez follamos después de la playa. No nos habíamos duchado y yo le acariciaba el coño y le lamía la piel, esa costra de salitre que se le veía blanca en la piel café con leche, la lamía bajándole por el vientre para comérselo todo y le dije que sabía a mar. Sabes a mar, le dije. Y ella me dijo, entre jadeo y jadeo (qué bien jadeaba, qué bien te hacía sentir que sentía), que Sí, sí que sé amar, mi amor. Y ahora sé que era mentira. Qué diantres, a lo mejor ya lo sabía en ese momento, ahí, en la parte del sentido común del cerebro, que era pequeñita entonces porque la ocultaba esa otra parte que quería estar a gusto, se encendió algo que intentó alertarme, avisarme de que aquellos jadeos eran fingidos o, si no lo eran, no era yo el único que los escuchaba, que había otro, que había otros que los provocaban, los escuchaban, los disfrutaban. Miénteme, di que soy el único, decía aquel bolero. Miénteme, di que soy el único, que no es de mi rival la saliva que empapa tu piel. Cómo duelen los boleros. Algunos boleros. Cómo duelen, porque te recuerdan lo imbécil que has sido, lo imbécil que eres, cómo querías que fueran las cosas y cómo fueron en realidad. Pero las cosas claras. Con Sol, tonto perdido sí. Alelado también. Contento de llevar una hembra así del brazo, de que me la envidiaran. Y a gusto, cuando estábamos juntos en casa. Enamorado no. Si hay que hablar de amores, solo Maru. Solo Maru, que, además de ser la madre de mis hijos, fue la única que mereció amor. Y, sin embargo, me porté mal con ella. Bueno, más que mal. De puta pena. No se merecía los años de borracheras, de ausencias, de quedarse sola en casa días y días mientras yo estaba de viaje, fingiendo que trabajaba, de farra en farra. No se lo merecía. Todo aquel sufrimiento después de todo aquel horror. Pero ese horror también mío. También fue horror para mí. Me rompió como a ella. Ella estuvo a punto de ser como un pulpo gigante del Pacífico Norte. Pero supo reaccionar a tiempo, centrándose en la escuela y en Yeray. Yo le hice frente a aquello a mi manera, como pude. Intentando no pensar. Queriendo recuperarme con priva, coca y putas de algo de lo que uno no se recupera nunca. Pero lo necesitaba, necesitaba estar lejos, pasar horas, días sin ella, sin tenerla delante ni hablarle. Estar con ella, pensar en ella, despertarme junto a ella era volver a recordarlo todo, volver a saber que era verdad que había ocurrido, aunque hubiera pasado ya tiempo, aunque hubieran pasado ya años. Maru me dolía. Hasta Yeray me dolía. Mi forma de afrontarlo era no afrontarlo. Alejarme. Todo hay que decirlo: mi situación me lo ponía fácil. Cada vez que se cerraba un acuerdo, se abrían las botellas, aparecían las pibas. Cada vez

que alguien te quería engolosinar para que lo dejaras hacer un negocio aquí, había una invitación a otra isla o fuera, a Cancún, a La Habana, a Cartagena de Indias, para visitar instalaciones turísticas, que era otra forma de decir que te ibas a pasar una semana metiéndote de todo y metiéndosela a las que te diera la gana, todo por cuenta del cliente. Ahora más discreto. Ahora la cosa es con *escorts*, que las llaman hoy día. Alto *standing*, las putas de lujo de toda la vida, tías buenas y sabias, tías prudentes que trabajan con agencias discretas. Nada de ir a casas. Nada de arriesgarte a un pleito, a un escándalo, a un numerito que pueda acabar saliendo en los papeles. A ver, no sería el primero ni el último del que todo el mundo sabe que se va de putas y sigue saliendo elegido. Que esto es España y aquí esas cosas, más que quitarte puntos, te pueden acabar haciendo ganar una medalla. Pero desde que estoy en el punto de mira, que se supiera algo así no me iba a ayudar. Ya no son los tiempos del Viejo. Ni siquiera son los tiempos de las primeras legislaturas después del Viejo. No. Ahora cualquier cosa es un escándalo. Con la mierda de la corrección política, la transparencia, el feminismo, el LGTBIQ y no sé cuántas letras más. La madre que los parió a todos. Si seguimos haciendo lo de siempre. Más difícil, más tapados, pero lo de siempre y como siempre. Los pagos, por ejemplo. Ahora tienes que hacer altas a terceros, facturas telemáticas y toda la puñeta. Se supone que es para garantizar la transparencia, pero, al fin y al cabo, los bisnes son los mismos. De vez en cuando trincan a alguno, lo ponen en la picota y el río baja turbio. Pero el dinero sigue circulando en las mismas direcciones en las que circulaba, porque quien hace la ley hace la trampa y esto, aunque esté en el culo del mundo, sigue siendo España y España siempre funciona igual, el enchufe, el colegueo, la picaresca. Al final, se lo ponemos difícil al currela que hace un trabajo para el ayuntamiento y tiene que hacer un puto cursillo para poder pasarle la factura. Porque el resto de los tiburones siguen tiburoneando. Esto es lo que hay. ¿Tú complicas el procedimiento? Yo me aprendo el procedimiento mejor que tú, le busco las vueltas y sigo haciéndome los bisnes de toda la vida. Con más disimulo, pero igual, y hasta te cobro de más por las molestias. Y si me pillan en falta, como el procedimiento es más complicado hasta lo tengo más fácil para disimular el asunto. ¿Transparencia? Pues vale: me hago transparente hasta que puedas ver a través de mí, hasta que no puedas ver lo que hago porque soy tan transparente que no puedes verme. Vale, pero ¿quién? ¿Quién me ha mandado a estos dos hijos de puta? Piensa, carajo. Piensa, que se te acaba el tiempo. Mareo. El mareo. Los vahídos ahí. No vomites, Gabrielo, me cago en tu madre. No vomites. Respira despacio. Piensa. Piensa en los que consideras amigos, en los que tienes más cerca, en quien pudiera saber que tenías la pasta encima. Joder: Chago.

Santiago Febles Cordero. Chago. Entre los que podrían ser, Chago está en la parte del sentido común. El primero de la lista, en esa nómina de los que tienen medios, posibilidad, conocimientos, la suficiente mala leche. Pero también está el primero en la otra parte de la mente, la que no es sentido común y se disfraza de corazón, la que quiere estar a gusto. En el sentido común está el primero porque nadie sabe tanto como él de lo que hago a la zorruda: es el que lleva el dinero, el que trae las noticias, el que está al tanto de todo, el que te aconseja, el que te conecta con lo más bajo y lo más alto, el guardián de los secretos. Si alguien sabe cuándo y cómo hacerte una putada, ese es Chago. Pero otra cosa es que tenga motivos. En la parte que quiere estar a gusto, eso pesa. Si tú fuiste un Cachorro de Colacho, él es un Cachorro de Gabrielo. El primero, el mejor. Tres legislaturas trabajando juntos. Doce años codo con codo. Casi desde que apareció un día, en una de las campañas, y yo vi lo que valía el pibe, cómo manejaba las tecnologías, cómo coordinaba la comunicación, cómo se adelantaba a cada jugada, cómo estaba al loro de todo, pero sabiendo ser una tumba. Lo de la tecnología podía hacerlo cualquiera, pero lo otro no. Aunque lo de la tecnología pesó. Aquella fue la campaña de internet. La campaña en la que la cosa empezó a no ir tanto de dar mítines y pegar carteles como de tener un blog, un canal de YouTube, de generar noticias que se movieran en las redes, tener seguidores, producir impacto y no sé qué puñetas que se nos escapaban a Tano y a mí. Ya no eran los tiempos del Viejo. Ya no lo serían nunca, aunque nosotros no lo sabíamos aún. Pero sí que sabíamos que partíamos jodidos en la campaña, porque en eso los partidos de fuera nos llevaban ventaja. Y además había desgaste: habíamos entrado en el ayuntamiento otra vez hacía un año, por la moción de censura que le clavamos a Alzola, y todos, hasta los socios, nos lo echaban en cara. Eso y alguna cagada más de las de la época del Viejo. Fue Tano quien trajo a Chago de la capital, quien me dijo que conocía a un tipo, un chico joven que hacía estas cosas, que le había llevado protocolo y comunicación a la gente de la derecha en la capital en la anterior campaña y que ahora tenía una de estas empresas que se dedicaban a eso. A la derecha en la capital le había ido bastante bien, así que por qué no ver a este muchacho, tener una entrevista con él, pedirle presupuesto, ver de qué iba el asunto. Apareció con aquella pinta de *gentleman* modernito. Flequillo, gafitas de pasta y una carrerita de hormigas que pretendía ser una perilla. Se trajo sus juguetitos tecnológicos, sus gráficos, sus cifras y su presentación y me empezó a dar la charla con el posicionamiento, los estudios, los sondeos, las previsiones, las medias estadísticas, la viralidad y el *reddit*, el *share* y los *likes*, las TIC, los clips y los POV. Lo dejé hablar; todo el mundo se merece que le dejen intentar vender su mercancía. Tano empezaba a arrepentirse de habérmelo traído. Me lo dijo con la mirada, que es como nos decíamos las cosas cuando estábamos reunidos con otros. Lo siento, compadre, le leí en los ojos.

Este nos está vendiendo humo, supe que me decía mentalmente. Pero, qué cojones, si algo tengo yo es olfato. El rollo tecnológico en ese momento era solo una promesa, pero hay promesas que se cumplen. Y lo de las redes sociales puede ser una gilipollada, pero quien conozca bien este país sabe que a hacernos adictos a gilipolladas no nos gana nadie. Eso sí: sabía que Chago habría estado ya o estaría en breve reunido con la derecha, con los nacionalistas o con los socialistas (con la izquierda no, porque la izquierda no tenía un duro para gastárselo en estas mierdas) soltándoles exactamente el mismo rollo del posicionamiento, las medias estadísticas, el impacto, el *timelog* y el *trending* y la madre que parió a todo aquello (*or the mother that gave birth all that*, que ahora hay que decirlo todo en inglés, carajo). Y yo no quería el rollo estándar, sino un rollo personalizado. Así que cuando Chago terminó la presentación y Tano iba a empezar a hacerle un par de preguntas para cumplir con la visita antes de decirle que gracias, que muy interesante todo, que lo pensaríamos y lo llamaríamos y que no olvidase dejarnos su tarjeta en el cenicero antes de cerrar la puerta por fuera, yo frené a mi primer teniente de alcalde y secretario de organización del partido con un gesto de la mano. Luego miré de fijo al pibe y lo tuteé, hablándole de igual a igual, que es como a la gente le gusta que le hablen los poderosos, le dije que de aquello de las TIC yo no entendía ni papa, que a mí me sacaban del Word a nivel usuario y estaba más perdido que un niño probeta en el Día del Padre y que la charla que acababa de dar me sonaba a chino mandarín y yo no sabía ni siquiera chino cantonés. Pero que el producto que vendía podía llegar a interesarnos si yo lograba comprender qué carajo era lo que se suponía que teníamos que comprar, así que si no le importaba hacerme un resumen rapidito y en cristiano podíamos empezar a hablar en serio. Y ahí fue cuando Santiago Febles Cordero se convirtió en Chago, cuando entendí que este era de los míos, porque lo que hizo fue cerrar el portátil, dejar a un lado los papeles con las tablas, los gráficos y los informes, quitarse las gafas y decirme, mirándome también de fijo, Vale, un resumen rapidito, en román paladino: o se ponen las pilas o están acabados. Los demás les llevan ventaja en esto de la tecnología y ustedes no tienen los votantes asegurados, por mucha clientela que tengan en el municipio. Si no invierten en esto, a partir de mayo no van a volver a pisar este despacho, porque ustedes no están en internet y los otros sí, desde hace ya un tiempo. Ahí Tano se picó y dijo que nosotros podíamos incidir en los medios, en la prensa, en la radio. Y lo que hizo Chago fue reírse, antes de contestarle. De acuerdo: ustedes gasten su dinero en periódicos y en radios. Ellos lo están gastando en esto. Los van a dejar atrás enseguida. Para decirlo pronto: ellos tienen un Ferrari Testarossa y ustedes van en burro. Estamos en febrero y las elecciones son en mayo. Dentro de dos meses, cuando ya esté encima la campaña, se darán cuenta de que tengo razón y me querrán contratar. Pero no podrán, porque si no me contratan ustedes, me contratará alguno de ellos y entonces ustedes tendrán que contratar a otro que intente hacer en un mes el trabajo de tres. Sin contar con que en esto, aquí, soy el mejor. Así que si no cuentan conmigo para esto y desde ya, van a perder las elecciones. Y se acordarán de esta reunión. Después de decir esto, se volvió a poner las gafas, abrió el maletín y empezó a recoger los bártulos. Tenía huevos, el pibe. Y los tiene. Es el único que me dice las cosas como son. También es el único que nunca ha querido un puesto político, ni ha querido ir en las listas. Lo suyo es estar en la sombra, manejar hilos sin que nadie pueda atacarlo públicamente. Es listo, el cabrón. El más listo de todos. Otro punto a su favor en este asunto de ahora: habría que ser muy

tonto para buscarse la ruina de esta manera, hacer saltar todo. No tiene motivos. Los tendría si yo estuviera a punto de caer en manos de Fiscalía, si tuviéramos encima a la Judicial. En ese caso, tendría algo de sentido, porque este es de los que saben que yo me limpiaría hasta con él por salvar el culo. Pero las cosas no están así. A no ser que él sepa algo que yo no sé, que estén a punto de ir a por mí, que se esté adelantando a la jugada y haya pensado que muerto el perro se acabó la rabia. En lo de manejar información, en lo de adelantarse a jugadas, siempre fue bastante mejor que yo. Y eso que yo soy de los mejores en eso. En aquellas elecciones hizo un trabajo de puta madre. Trasladó a su equipo a la sede del partido durante tres meses, nos asignó a cada uno un periodista que se encargaría de llevarnos un blog y un cuenta para publicar vídeos. A mí me tocó una periodista joven que luego he vuelto a ver de vez en cuando en comparencias, trabajando para *Canarynews*. Yo leía el blog mío, el que suponía que escribía yo, y alucinaba con el verbo de esta chica. Una tía leída, que metía citas cultas, empleaba argumentos potentes, convertía verdaderas chorradas en asuntos importantísimos y era capaz de hacer descender problemas gordos de verdad a la categoría de minucia. Con los blogs de Tano, de Saulo y de Carmela hacían igual. Gente joven, preparada. ¿Cómo se llamaba la chica, la periodista? Era algo de una virgen. Lourdes. Sí. El apellido no lo voy a recordar, pero se llamaba Lourdes. Parecía recién salida de la facultad, una chiquillaja. Chiquillaja leída, inteligente. Y sabía pillarme los giros, las expresiones. No se notaba que no lo escribía yo. Parecía, más bien, que yo era más culto de lo que aparentaba. Hizo buen trabajo. Todos los del equipo de Chago hicieron un trabajo cojonudo. Mayoría absoluta. La última vez que tuvimos una mayoría absoluta. Luego siempre hemos tenido que llegar a pactos. Cada vez más gordos, más complicados. Por lo de la nueva política, por lo de la fuga de votos a los neoconcitos y a los de la nueva izquierda. Pijos unos, perroflautas otros, tocapelotas todos. Pero prefiero acuerdos con los neoconcitos: no dan la tabarra con guerras internas entre ellos y, siempre que haya disimulo, lo dejan hacer a uno. Lo que quieren es pillar, como hemos pillado todos de toda la vida de Dios. Su cuota de poder, su cachito de tarta, hasta que puedan quedarse la tarta entera. Porque están fijo ahí, esperando a que tropieces, los muy hijos de puta rastreros. Con los neoconcitos se puede llegar a acuerdos si toca contar también con los socialistas o con los de la derecha. Pero no con los de la nueva izquierda ni con los nacionalistas. A esos no los pueden ni ver. Y no sé bien por qué, porque son la misma bazofia que ellos. En realidad, todos quieren lo mismo. Todos queremos lo mismo. A mí me fue de puta madre con los neoconcitos en la legislatura anterior. Si no hubiésemos pactado, habrían salido los socialistas. Pero en las últimas, todo se lio. Nadie tenía votos suficientes y encima empezó la movida de los pactos en cascada, las políticas federales y todo aquel trifostio. Un mes para llegar a un acuerdo. Mierda puta. Al final lo sacamos sudando, pero me tuve que tragar el sapo de darle tres concejalías a la derecha y dos a estos. Pero bueno, me la suda, al menos seguimos ahí. Y las siguientes las tenemos encima y ellos están más desgastados que nosotros. Las últimas para mí. Me voy a retirar pronto, a disfrutar de la vida. Puede que abra bufete para entretenerme. O no. Ya veré. Necesidad no tengo. Si me equivoco y pierdo, pues mejor. Me retiro antes. Qué coño estás pensando, bobomierda. No va a haber siguiente legislatura, no va a haber nada. El tango se te está acabando, Gabrielo, puto subnormal. Y no estás haciendo nada para impedirlo. Ya no hay aire. Mareado. Mareadito estás. Colocado. Todas estas boberías las piensas

porque llevas ya mucho respirando el aire que tú mismo has soltado. Como un perro que se come lo que vomitó. Como un perro vas a morir. Si tuviera perro. Si al menos tuviera un perro, a lo mejor los ladridos ayudaban. A lo mejor se habría echado sobre ellos. A lo mejor me habría avisado ladrando de que estaban ahí. A lo mejor vendría y rompería la bolsa o me ayudaría a romperla. A lo mejor se escaparía y avisaría a alguien para que viniera a ayudarme. Claro, la jodida perra Lassie va a venir ahora a salvarte, tontopollas. El puto Rin-tin-tin con el cabo Rusty, no me jodas. Cómo se lo van a pasar de bien cuando me encuentren, cuando corra la noticia. Las noticias. Los rumores. Los rumores, como los hombres: todos mienten y se corren enseguida. Qué bien se lo van a pasar especulando, haciendo cábalas, soltando sus quien mal anda mal acaba, sus ya decía yo que algún día iba a pasar algo así, sus yo no le deseo la muerte a nadie, pero algo habrá hecho. En realidad, ¿me lo merezco? En realidad, ¿tan malo he sido? Aprovechar el *time-lapse*. Ver si soy tan malo. Si he hecho tantas cosas malas o he hecho algunas buenas. Primero las malas. Y primero la primera. La primera cosa mala. La primera en la frente, que decía Colacho.

La primera cosa mala. ¿Cómo saber? A las cosas malas no se llega de golpe y sin avisar. Se llega poco a poco. Se llega casi sin que te des cuenta, cuando llevas ya un tiempo viendo cómo quien está por encima de ti asume con normalidad que lo agasajen con cenas, con viajes, con regalos, con favores espléndidos. Para cuando empiezan a agasajarte a ti, ya no hay nada de especial en que te conviden a un restaurante caro, te presten un bungalow o una *suite* para que pases unas vacaciones. En que te regalen agendas, maletines de cuero del bueno, estilográficas de marca, cajas de vino añejo, cestas de *delicatessen*. No recuerdo cuándo empezó, pero sí que empezó así, que siempre empieza así, con un detallito del empresario al que le adjudicaste un servicio, el constructor al que le facilitaste obtener un permiso, el dueño de la discoteca al que le arreglaste una licencia. Pero esas cosas no tienen importancia. Al menos eso piensas tú. No tienes conciencia de haber hecho nada malo. Eres un cargo político. Estás ahí para resolver problemas, para hacer las cosas más sencillas. Si los beneficiados por tu trabajo quieren agradecértelo, tampoco les vas a hacer un feo. Y te sientes halagado. No a todo el mundo le llega una caja de Vega Sicilia, una Montblanc, unos Montecristo. No todo el mundo recibe una invitación para pasar un fin de semana en un *spa* con su mujer, con todos los gastos pagados. Hasta ahí, todo más o menos normal. O lo era, hasta que empezaron con el coñazo de la transparencia. Pero sí, era normal, entraba dentro de lo normal. Cortesía. Pero un día, el favor que te piden es gordo de verdad: que proporciones las bases de un concurso de adjudicación, que cambies un PGOU para recalificar un terreno, que negocies un contrato sin publicidad con un determinado proveedor de servicios. Eso no lo paga ninguna botella de vino, ninguna cestita. Y quien te lo propone lo sabe. Así que ese es el momento en el que aparecen sobre la mesa las cantidades en metálico, las comisiones de varios ceros. Ahí entiendes de qué va la cosa. Y sabes que llegas tarde a entenderlo, porque los empresarios que te ofrecen la pasta lo entendían ya hace años. Cuando tú todavía llevabas pañales, ellos ya sabían cómo funciona este país, sabían que quien no paga no pilla, que la única dificultad es averiguar a qué persona hay que pagarle. Y, al principio, empiezas a aceptar ese dinero, esas comisiones, como si fueran aquellos regalos: como un gesto de agradecimiento, un halago, una excepción. Pero ya estás ahí. En la rueda de la infamia. Y la excepción se acaba convirtiendo en costumbre. Y no pasa demasiado tiempo hasta que la costumbre se convierte en norma. Porque, ya que ellos juegan a eso, tú entiendes que no tienes que ir a la zaga, que puedes ser el que domine la partida. Y es que para ese momento tu tren de vida ha dado un acelerón y ya no haces nada con un utilitario y tu mujer necesita también otro coche, y tu segunda residencia precisa una reforma y también te vendría bien un piso en la capital, porque tus hijos deben ir a un buen colegio privado y un día habrán de ir a la universidad, y ellos y tu mujer

se merecen unas buenas vacaciones todos los años. En fin, que todo eso hay que costearlo. Y ya que ellos están dispuestos a pagar tus favores, llega el día en el que eres tú el que puede poner el precio, y, si no pueden o no quieren pagarlo, ya habrá otro que lo haga. Por supuesto, en ese momento ya te has convertido en lo que ahora llaman un corrupto. Pero que nadie se rasgue las vestiduras: no hay corrupto sin corruptor. Y corruptores tenemos de sobra. Sobre todo en sitios como este, donde las únicas fuentes de riqueza son el turismo y lo público. El turismo no siempre va bien. Oscila como una veleta. Cualquier cosa puede llevarse a nuestros guiris a otro lado. Pero lo público es una mina de oro. Siempre hay basura que gestionar, carreteras que arreglar, obras que hacer, gente a la que curar o cuidar o enseñar, dependencias que limpiar, vigilar, administrar. Y hace años que vendimos la moto de que esas cosas las hacen mejor las empresas privadas que los funcionarios. Los funcionarios no funcionan. Eso es lo que solía decir el Viejo. A veces incluso brindaba, recitando a no sé quién: Brindemos, señores. Los funcionarios no funcionan, los obispos no obispan, las vírgenes no virgan. De dónde coño sacaría el Viejo todas aquellas cosas que decía. Da igual, el caso es que, entre los que pagaban, y el Viejo y los que lo rodeaban, no tardé en entender cómo funcionaba el asunto. Cómo funcionaba y cómo funciona. La función pública. Se acaba la función, Gabrielito. Eso sí, ahora hay que cumplir ocho mil protocolos, esforzarse un poco más en que no se note, porque ya se sabe cómo ha de ser la mujer del César, cuidar de que no llegue a manos de quien no tiene que llegar ningún documento que te pueda comprometer y hasta cuidar de que toda la clientela esté contenta, para que ningún cabrón malagradecido le vaya con el cuento a Fiscalía si no le va bien en un negocio contigo. Pero si haces eso, puedes seguir haciendo negocio como siempre. Y es mucho más difícil demostrarte nada, entre las montañas de papeleos y requisitos que tenemos ahora. Eso es lo bueno de la transparencia, que lo hace todo más opaco: para ser transparentes, eufemismos complicadísimos, requisitos burocráticos, protocolos absurdos que lo enmarañan todo de tal forma que no hay Dios que te trinque. Si no eres un torpe, claro. Y estos que están todo el día hablando de la corrupción, estos tipos, los perroflautas, sí que son torpes. No saben de qué va en realidad la cosa. No lo han sabido nunca. Y, es más, si lo supieran, se dejarían de tanta tontería y se apuntarían a chupar del bote como todos los demás. Porque las cosas funcionan como funcionan, el sistema es así y no hay quien lo pare, y es que si el sistema no fuera así, nosotros haríamos que lo fuera, porque a quién no le gusta vivir bien, carajo. Yo me acostumbré a vivir bien enseguida. En la primera legislatura con el Viejo hubo regalos únicamente. Detallitos. Total, yo solo llevaba Deporte, Cultura y Festejos. Fue en la segunda, ahí sí. Entonces empezaron las comisiones. El mismo Viejo me aclaró que era lo normal, que no me preocupara, que era lo propio. Para el final de esa época ya había entendido bien cómo iba el asunto. Por supuesto, no lo puedes vender todo y no lo puedes vender a cualquiera; hay cosas, hay áreas, hay gente con la que es mejor ser escrupuloso. De lo demás, siempre se puede sacar algún beneficio. Casi cada día había una reunión con alguien que estaba interesado en algo. Casi cada día había una propuesta y otra reunión con el rival o los rivales de ese alguien para que hubiese contrapropuestas. Casi cada día te volvías a reunir con ese alguien y le decías lo que ofrecían sus oponentes, para que reajustase la cifra. Al final, si era capaz de superarla, ya habías decidido a quién le iba a caer el beneplácito municipal, de quién ibas a cobrar la comisión. Pero, en principio, lo dejabas todo en el aire, lo dejabas siempre todo

pendiente del concurso público. Hay mil maneras de hacerlo, hay mil maneras de introducir a última hora en las bases de un concurso requisitos que quienes no han pagado la comisión pertinente no podrán satisfacer. O, más sencillo aún, hay mil formas de hacerle llegar al elegido la cifra más baja ofrecida por sus rivales. El que hizo la ley hizo la trampa y aquí leyes no nos faltan. Por supuesto, el Viejo estaba en el ajo. Todos lo estábamos. De hecho, yo no pillaba el dinero directamente. Ninguno de nosotros lo hacía. Los beneficiados le daban la pasta al tesorero del partido (en ese entonces era Luis Bolaños), que era quien repartía: tanto para financiación del partido, tanto para el concejal que hubiese hecho el arreglo, tanto para Colacho, que se llevaba un pellizco de todo. Así era en los tiempos del Viejo. Y así fue también en mis primeros tiempos, hasta que llegaron tipos como Berto y Boris, mientras las cosas comenzaban a cambiar.

Llegar, lo que se dice llegar, Berto no llegó. Berto no tuvo necesidad de llegar porque ya estaba ahí desde siempre, igual que César. Eran parte del paisaje. Conocidos de toda la vida. Mientras yo estudiaba, hacía la mili, me casaba, ellos movían chocolate y pastillas. Después llegó la polvajera y, cuando uno se quiso dar cuenta, ya tenían a gente despachando. El César de una manera más cantosa, más cutre. En las que entonces eran las chabolas del Muerto. Lo que fueron luego, cuando se demolieron las chabolas, las viviendas sociales. Dio igual: chabolas o bloques de casas baratas, su gente continuó despachando allí. Pero era cutre y descarado. Y encima movía también jaco. Mal negocio. Rentable para quien lo lleva, pero peligroso, indiscreto. Un criadero de yonquis que afean el paisaje, se buscan la ruina, vagan por ahí, zombis descerebrados, pidiendo y robando, asustando a los turistas y a las viejas. Por eso siempre mantuve la distancia con César. Hice bien, eso lo dijo el tiempo. Aunque no había que ser muy listo para saber que se caería con todo el equipo. Con Berto siempre fue otra cosa: discreto, inteligente como si tuviera un doctorado, conservador hasta cierto punto. Siempre mantuvo el quiosquillo que tenía su padre en la plaza del Huérfano. Cuando yo volví a tomar contacto con él ya tenía a tres o cuatro pibes menudeándole la mercancía por todo San Expósito, ya no servía él mismo. Empezó a comprar pubs y bares en Playa Siroco. Siempre ha tenido esa tendencia a mantener negocios legales: coge un bar de copas, unos recreativos o un restaurante, pone un encargado y le saca partido tres o cuatro años. Luego lo traspasa (muchas veces al propio encargado) y cambia de local. También ha comprado alguna licencia de taxi, un minimarket, la franquicia de una gasolinera. Esos no los suelta. Tampoco suelta el negocio grande, el de la mandanga. Eso sí: nunca heroína. El jaco es muerte, me dijo una vez. Pastillas en su época. Ahora solo chocolate, maría y coca. Al principio no hacíamos negocios. Nos limitábamos a tolerarnos mutuamente. En realidad, a mí ni siquiera tenía que tolerarme, porque yo no era una amenaza. Yo a él sí, yo a él lo toleraba como lo toleraba todo el pueblo, que sabía a qué se dedicaba, pero lo dejaba estar porque no suponía ningún problema para nadie. Hasta les daba mucha vidilla a algunos de la municipal. Y los otros, los que no tenían trato con él, callaban por no meterse en problemas, porque era mejor dejarlo estar, ya había bastante con las peleas de guiris borrachos, los tirones que algún gilipollas daba en el paseo, los yonquis mendigos o descuideros a los que había que mantener a raya. Berto y yo no entramos de verdad en tratos hasta después de aquella desgracia, en esa época en que se me fue la pinza, cuando retrasaba el momento de volver a casa y enfrentarme a Maru y a Yeray, cuando comencé a alejarme de ellos porque me dolía verlos. Entonces estaba ahí, invitándome o despachándome. Alguna vez nos fuimos juntos de marcha. Pero tratos no hicimos hasta mucho después, cuando las concesiones de los recreativos. Las casas de apuestas eran un modelo de

negocio que no podía dejar pasar. Con un inconveniente: aquello solo salía rentable si no había competencia. Y ahí fue donde yo le podía echar un cable. Y se lo eché. Y pagó el favor. Y luego hubo otros favores y él también los pagó. Punto y pelota. Ahora ya está pureta, como yo. Ya no nos corremos marchas juntos. Ya no le pillo ni me regala polvo. Nos cruzamos de vez en cuando y nos saludamos y nos preguntamos cómo nos va y seguimos cada uno a lo nuestro. Se centra más en los negocios legales. Al principio eran solo para blanquear. Ahora le dan mucha pasta, sobre todo los taxis, la gasolinera, las casas de apuestas. Por mal que le vayan, digo yo que siempre podrá mantenerse arriba con la pasta que ha amasado en tantos años. Aun así, todavía sigue dando viajes, pasando mercancía por el muelle. Se supone que tiene untados a los picoletos. Se supone que él no toca ni ve nada directamente. Se supone que puede seguir así por los siglos de los siglos. Que le vaya bonito. No tengo nada que echarle en cara. Ni él a mí. Yo lo dejo vivir y él me deja vivir. Así que es casi imposible que tenga que ver con esta putada que me han hecho. Y Boris menos. Boris no era de los nuestros de siempre, como Berto. Boris sí que llegó. Y antes que Boris, llegó su dinero. Y fue Aguilar quien lo trajo.

Tres licencias de apertura en el mismo año, con dos o tres meses de diferencia entre cada una. Tres restaurantes en la zona de Playa Siroco: La Góndola, La Balalaika de Lara, El Lomo Alto. Un italiano, un ruso, un asador argentino. Así empezó la cosa. Tres licencias a nombre de la misma empresa, que entonces era ORC, Ocio y Restauración Canarias. Me acuerdo porque no se comieron precisamente el coco con el nombre. Fue Tano el que me llamó la atención con el tema. Porque yo en ese momento estaba muy liado con lo de los molinos y no me habría dado cuenta si no llega a ser por él. Había alguien que estaba empezando a invertir a lo bestia y no nos habíamos enterado. Habían abierto ya, mientras se tramitaban las licencias. Era lo habitual por esa época. Lo despaché rápido: ponles trabas, para que se dejen ver. Eso fue lo que le dije. No había que explicar más, ya sabíamos cómo iba el tema. Les mandó inspecciones, les denegó el permiso para la terraza a dos de los negocios y al tercero le puso en suspenso la licencia hasta que no solucionaran no sé qué cosa de la normativa de acceso, ahora ya ni sé. Y funcionó: una semana después, teníamos a un tipo de ORC pidiendo una reunión con Tano. Ese tipo resultó ser Aguilar. Yo no estuve en esa primera reunión. Estuve en la siguiente, cuando ya Tano me había dicho lo que sabía: el tal Aguilar era un godo que representaba en Canarias a un tipo de fuera que quería invertir aquí. Duro de pelar, me dijo Tano, aunque sabe de qué va la cosa. Pero esta no va a ser la única inversión que haga, así que es mejor que lleguemos a un acuerdo, que haya un sistema, que decidas tú cómo lo hacemos. A Tano no le terminaban de gustar ni Aguilar ni ORC ni andar haciendo negocio con quien carajo estuviera detrás de ORC sin dar la cara ni el nombre, pero el tal Aguilar había pedido hablar conmigo y él, personalmente, prefería que así fuese. No quería tomar decisiones en aquello. Así que, por unas horas, dejé estar el quebradero de cabeza que era el asunto de los molinos y accedí a verme con Aguilar en el despacho de Tano. Quedó claro desde el principio que Aguilar era persona interpuesta. Cordial parecía, pero en realidad era frío y correoso como un filete de hace dos días. Americana barata, camisa de cuadros, mocasines lustrosos, Rolex Daytona, alianza de oro, casquete de pelo gris, ojos azules, opacos, un biombo, un telón, no se sabe nunca qué hay detrás. Ese es Aguilar. No adoptó la actitud de tipo ofendido ni la de inversor con pasta gansa. Habría podido. Cualquiera de las dos cosas hubiese funcionado. Pero no optó por ninguna. Prefirió dejar que Tano introdujera el asunto de las licencias, de las supuestas deficiencias, de la preocupación suya (de Tano) por solucionar el problema, del favor que le hacíamos (a Aguilar) reuniéndonos para ver si a mí se me ocurría una solución. Después permitió que yo entrara a saco con el asunto de los expedientes (tenía las carpetas ante mí, como si las hubiese estudiado a fondo, aunque solo les había echado un vistazo rápido antes de la reunión), que contara que lo había consultado con los técnicos del ayuntamiento y que veía muy

difícil sacar adelante aquellos permisos. Nos dejó hacer todo el numerito, el paripé completo. Después, se suponía que él tenía que hablar del daño que se le hacía, de la inversión que su empresa había hecho ya, y, finalmente, apelar a alguna solución provechosa para ambas partes. Tras esto, Tano habría introducido la posibilidad de arreglar el asunto por medios no convencionales, saltarnos algún requisito, puentear a la burocracia (que a nosotros nos molestaba tanto como a él), hacer incluso un poco de trampa, si era necesario. Y luego habríamos acabado acordando una cifra, tras negociar un rato. Pero Aguilar se saltó los pasos previos. No se hizo el dolido, no apeló a soluciones provechosas. Simplemente, cuando yo acabé de hablar, se quedó mirándonos de hito en hito un buen rato, con algo parecido al nacimiento de una sonrisa, y, cuando notó que yo estaba a punto de romper aquel silencio que nos incomodaba a Tano y a mí, dijo que él no era el único dueño de su empresa, que Ocio y Restauración Canarias pertenecía a un *holding* muy importante, con matriz europea y negocios en la Costa del Sol, la Costa Brava y la Costa Daurada, aparte de otros lugares fuera de España. Que estos tres restaurantes eran solo el primer paso en una cadena de inversiones que pretendían hacer en San Expósito. Y que de ellas podíamos salir muy beneficiados tanto el municipio como nosotros mismos. Que no tenían problemas en hacer ciertos gastos suplementarios y que, de hecho, nos resultaría personalmente muy provechoso ponerles las cosas fáciles para trabajar aquí, porque ORC y su empresa matriz eran generosas y justas y tenían previstas contingencias como aquella, aunque lo que sí que no iban a hacer nunca era perder el tiempo, porque había un flujo de capital constante que él debía invertir. Si llegábamos a un acuerdo, bien. Si no, él, como representante legal de la empresa, se la llevaría a otro municipio de la isla o a otra isla o a otro país, porque siempre hay municipios, regiones o países dispuestos a ponerles las cosas fáciles a quienes quieren invertir en ellos. Dicho todo lo cual, utilizó por primera y última vez el bolígrafo para anotar una cifra y enseñárnosla. Esto es lo que estamos dispuestos a pagarles a cada uno de ustedes. Tano y yo miramos la cifra, que nos pareció ridícula, un insulto, el sueldo de un par de meses. Pero cuando nos vio reírnos con ironía, cuando notó que íbamos a preguntarle quién coño creía que éramos, con qué clase de palurdos pensaba que estaba tratando, Aguilar aclaró: Al mes. Y eso nos dejó callados. Nos dejó callados mientras él explicaba que las cantidades llegarían en metálico, que no dejarían huella fiscal ni contable en ningún lado, que luego seríamos nosotros quienes habríamos de encargarnos de que no nos dieran problemas. Además, ORC, en posteriores iniciativas económicas (empleó ese término, con dos cojones), estaba dispuesta a realizar bonificaciones extras o a cubrir gastos que se consideraran razonables. A cambio, dijo para terminar, ustedes nos pondrán las cosas fáciles. Y serán discretos. En cuanto a la discreción, somos los primeros interesados, le contesté. Pero me gustaría saber quién está detrás de todo esto. Entonces, la sonrisa de Aguilar creció. Quién lo sabe, dijo. Y, sobre todo, a quién le importa, señor Sánchez. Yo soy el jefe de todo esto aquí en Canarias. En otros sitios, hay otros jefes. A su vez, tenemos un jefe para toda España, a quien ya conocerá, porque es muy probable que venga a residir aquí por temporadas, pero solo tratarán conmigo. Más allá de él, no sé quién hay ni quiero saberlo. Es más: creo que a ustedes no les conviene enterarse de mucho más. Cuando Aguilar se marchó, cuando Tano y yo nos quedamos solos, sentimos, aunque ninguno lo dijo, que estábamos cruzando una línea, un punto de no retorno. Más allá hay monstruos, como en los mapas antiguos. Pero no, no dijimos nada de eso.

Únicamente, Tano señaló el papel con la cifra anotada. ¿Qué coño es lo que acaba de pasar, Gabrielo? Creo que me encogí de hombros, que di un bufido, antes de concluir: Creo que lo que acaba de pasar es que nos ganamos un sueldo de Nescafé, de esos para toda la vida.

Y sí, para toda la vida. En aquel momento, creí exagerar, porque después pensé que la vida es muy larga, que pueden pasar muchas cosas. De hecho, Tano dejó de cobrar en cuanto empezó a tocar los huevos. Pero yo sí que he cobrado hasta el último día. Porque la vida no es tan larga. Hasta la víspera misma. Hasta el año pasado, cada mes, puntualmente, se presentaba Aguilar (o alguno de los suyos, si Aguilar estaba fuera) para darme lo mío. Después, cuando nos dimos cuenta de que estoy en el punto de mira, cambiamos el sistema. Los restaurantes. Los váteres. Pero el sueldito de Boris no me ha fallado nunca. Ni un solo mes. Y además, sí que hubo coberturas razonables de gastos, bonificaciones por otras iniciativas económicas, Aguilar las continuó llamando así, iniciativas económicas. De ORC o de cualquiera de las otras muchas empresas en las que ORC se ha ido convirtiendo a lo largo de los años y los bisnes que nos hemos hecho. Bonificación de las buenas cuando adquirieron los chalés de Los Bicácaros, los bungalós de la zona de costa, las dos discotecas y el gimnasio. Compraban negocios o propiedades que ya estaban funcionando (generalmente, funcionando mal, incluso dando pérdidas). Los chalés y los bungalós, por ejemplo, llevaban en venta desde el año del gofio. Y, de pronto, llegó Aguilar, el hombre de Boris, y los compró a tocateja. Poco regateo, ningún remilgo. La única vez que construyeron algo fue cuando lo del Sahara Center. Entraron en la sociedad, participaron hasta la inauguración y, cuando me vine a dar cuenta, ya le habían vendido su parte a un fondo de inversión en el que yo siempre he sospechado que también participa la gente de Boris. Porque, con el tiempo, fuimos entendiendo que el dinero de Boris no podía ser solo de Boris. Que lo que dijo Aguilar no era una fantasmada. Que Boris era el representante entre nosotros de algo mucho más gordo. Algo que desde cualquier país del Este o desde la propia Rusia con amor había crecido como un cáncer en los años noventa por toda Europa, en rivalidad con otros cánceres que provenían de Italia, de Armenia, de Colombia o de la mismísima España, que a parir sinvergüenzas no nos gana casi nadie. Algo que se nutría de cualquier negocio ilegal imaginable. Yo me hacía preguntas sobre eso. Yo, para mí; no había huevos de hablar de esto con nadie. A nadie en su sano juicio se le ocurriría preguntar cuáles eran exactamente esos negocios. Pero me preguntaba y me imaginaba. Hacía cábalas. Lo que era capaz de concebir siempre estaba alimentado por escenas de esas películas de acción que me pongo de vez en cuando para atontarme o de las novelas policiacas que leo en la cama. Me montaba mis propias películas, estupendas, aterradoras. Imaginaba sórdidos prostíbulos donde se esclavizaba a chicas engañadas en sus países de origen, contenedores llenos de drogas o de armas abiertos con nocturnidad en instalaciones portuarias laberínticas, dueños de negocios honrados extorsionados con violencia por sicarios de dimensiones hercúleas, bancos y joyerías de lujo atracados por profesionales encapuchados cuyos métodos dejaban muy atrás a los de la policía

que los perseguía. Pero luego dejé de hacer cábalas, de preocuparme por el origen de la pasta: esos negocios ilegales no se hacían aquí. Aquí solo traían su dinero, para lavarlo, para que circulara y devolverlo impoluto a los paraísos fiscales donde lo guardaban, dispuesto para financiar nuevamente sus actividades o para que sus dueños se dieran la vida padre o para gastárselo en chucherías, qué sabía yo y a quién coño le importaba. Dinero sucio, dinero limpio. Yo no sé nunca, cuando veo un billete, si está limpio o sucio. Yo solo sé que es un billete y que sirve para pagar cosas. Esta casa, los coches del garaje, los sueldos que les sigo pasando a Sol, a mi cuñada, la residencia de mi viejita, los estudios de mi hijo y mis sobrinos, las comidas y los viajes y las fiestas. Fiestas para no volverme loco entre tanta tristeza, tanta miseria, tanta soledad. Las putas que a veces me hacen falta para saber que sigo estando vivo y que, cuando se van, se llevan consigo un resto de vida. No. No me importa de dónde viene el dinero. Y sería muy gilipollas si me importase. Pocos bobomierdas se preguntarían de dónde viene el dinero que llevan en la cartera o tienen en el banco. Y todavía menos bobomierdas serían capaces de rechazarlo. El dinero mueve el mundo y el mundo mueve dinero de un lado a otro. Se lo quita a unos para dárselo a otros. Por el camino siempre cae un poco. Conviene estar en el arcén de la autopista por la que circula para aprovechar algo de esa pasta que se queda por el camino, sin preguntar de dónde viene o adónde va. Algunas preguntas son peligrosas. Otras son absurdas. La mayoría, inútiles. Las preguntas inútiles son las que no tienen respuesta. Eso también las hace absurdas. Eso se lo oí una vez a un tipo en una conferencia. Indecidible. Usaba el palabra ese: indecible. Una pregunta por algo indecible es una pregunta absurda, decía. La pregunta por Dios. No hay modo de demostrar si Dios existe o no existe. Por mucho que mires hacia arriba cuando vas a morirte, no lo vas a ver. O sí, pero no vas a volver para contarlo. Ni pruebas ni testigos. Por eso la pregunta no solo es inútil, sino que ninguna respuesta será falsa o verdadera. Putos filósofos. Siempre haciéndose preguntas. El tipo dio la conferencia hace una purriada de años, cuando yo estaba de concejal de Cultura. Y me la tuve que comer, porque por lo visto era un tío importante y el Viejo quería que quedáramos bien. Pero es curioso, porque ahora me acuerdo como si hubiera sido hace un rato. Curioso: ¿cómo fue que se me quedó a mí en la cabeza todo eso y sale ahora? Otra pregunta inútil. Otra pregunta absurda, pero sí, el recuerdo de la conferencia aquella, del tipo barbudo con gafas de montura redonda, metálica, las gotas de sudor en la frente, porque había venido a dar la charla de chaqueta y corbata y en la Casa de la Cultura hacía un calor de Congo Belga. Después lo llevé a cenar al Tacoronte. Yo lo pensaba llevar al Bochinche La Estaca, a comer pescado, pero el Viejo me dijo que no, que lo llevara al Tacoronte, que le diera una cena fina, que el tipo era de los de prestigio y nos daba la charla gratis y que no me cortara con el gasto. De todos modos, nos habría salido más barato comprarle un traje y pagarle la charla y hasta una paga extra, porque el tipo era de hocico fino y tenía más saque que una tribu. Y mira, coño, qué putada, que de lo que no me acuerdo es del nombre, pero de todo lo demás me acuerdo. Tres botellas de Ribera del Duero, se mamó el tío. Y un chuletón que no se lo saltaba un guardia. Y de postre, nos metimos entre los dos media botella de Knockando. Del nombre no, pero de todo eso me acuerdo. Hasta de una cosa que me dijo: que el hombre es un ser para la muerte. Que lo decía no sé qué filósofo. El hombre no sé, pero yo ahora mismo soy más para la muerte que para la vida. Tirado. Asfixiado. Muerto. No muerto. Casi muerto. Casi vivo aletargado desmayado

dormido. Dormido el recuerdo. Uno no lo controla, el recuerdo. Cosas de la memoria. A pesar de uno. También las preguntas aparecen sin que las busques. Ahí, esperando, como chorizos a la puerta de tu casa. Y a veces son bastante gilipollas. Como los chorizos. No me refiero a preguntarse para qué quieren el casco los paracaidistas o cómo se afeitan los ciegos. Cosas más bobas. Ahora mismo, ahora que el cuerpo ha ido reptando por el salón, ahora que calculo que ya no debe de andar lejos la puerta de la calle, me acabo de preguntar dónde están las llaves. Que digo yo que para qué coño quiero las llaves, si no tengo manos con que usarlas. Y peor: para qué las necesito, si seguramente no habrán dejado cerrada la puerta con llave, igual que tampoco me quitaron la bolsa de basura de la cabeza ni le abrieron un agujero, con la misma prisa, la misma dejadez. No los oí cerrarla. No los oí coger las llaves para cerrarla. No está cerrada. Si lograra ponerme en pie, seguro que hasta podría accionar la manija. Con mis propias manos. De espaldas. Con las manos atadas, podría girar el pomo de la puerta y salir. Salir al porche. A saltitos. Salir más. A saltitos, pero salir. Salir al patio, llegar hasta la tapia. Confiar en que alguien me vea. Y, si no, arrimarme a algo, a la cerquita del parterre, que es de hierro forjado, buscar un filo, una punta en el dibujo de la reja, enganchar la bolsa o enganchar el plástico de la bolsa, la bolsa azul de basura perfumada. ¿A qué preguntarse dónde están las llaves? Las oí caer por ahí, por el suelo, cuando me vaciaron los bolsillos. Pero esa no es la pregunta, la pregunta es si voy de verdad hacia la puerta, la pregunta es dónde hay de verdad una pared, la pregunta es si de verdad voy a conseguir levantarme o si seguiré reptando gusano agusanado hasta encontrar una pared al borde de esta nada azul de plástico perfumado pensado para perfumar lo imperfumable, disimular lo indisimulable, esta nada azul de plástico, esta niebla azul de asfixia, de agobio, de sudor, de saliva, de mareo y vahído, este adelanto de la muerte, dónde están las llaves, los hombros hechos mierda y la cadera también, matarilerilerile, en realidad ya te dieron matarile hace mucho, y no te lo dio nadie en concreto, sino la puta vida, la mismísima puta vida. Llevas tanto tiempo muerto que ya ni te acuerdas de la última vez que no lo estuviste, dónde están las llaves, antes de Sol, antes de casi todo, antes, mucho tiempo antes de irse Maru, y ahora se trata solo de hacerlo oficial, de que se muera también el cuerpo, porque te moriste por dentro mucho mucho antes, ya la desgracia te dio matarile en el fondo del mar, matarilerilerón. En el fondo del mar. En el fondo del mar no se oye la risa. Qué horror. Entonces morí. Morí para los restos aunque seguí caminando, hablando, durmiendo, despertando, trabajando, follando, convirtiéndome en esto. Ya muerto. Ya estaba muerto. Como ahora. Pero ahora no. No estoy muerto. Sigo pensando. Así que todavía estoy vivo. Si pienso, aún vivo. O a lo mejor no. A lo mejor sí que hay algo al otro lado y hace rato que todo se terminó de ir al carajo y yo creo que mi cuerpo se mueve, que mi cuerpo repta, que intenta llegar a la puerta, buscar una pared, apoyarse, ponerse en pie, abrir la puerta, salir al porche, al patio, al parterre, a la tapia, buscar cómo romper la bolsa o llamar la atención de algún vecino, de algún coche que pase por la carretera, de alguien que venga y me ayude y rompa la bolsa y los latiguillos, las bridas. O las bridas, los latiguillos, que ya me quito yo la bolsa. A lo mejor yo creo que mi cuerpo está intentando hacer todo eso cuando lo cierto es que sigue ahí, tirado en el sofá, donde lo dejaron estos dos hijos de puta (que yo lo sé, que yo sé que al de la voz de ronero lo conozco, me cago en el corazón de su madre), o en el suelo, adonde consiguió llegar rompiéndose todo de paso. A lo mejor todo esto que pienso, que creo, que hasta digo, que hasta grito aunque

nadie me pueda oír, a lo mejor es el tsunami cerebral ese de los científicos. A lo mejor eso. Explosión de intercambios neuronales. Una puta *rave* de neuronas. Una orgía de neuronas follando como locas. Dendritas y axones empalmados y cachondos y corriéndose y vibrando a toda hostia. En vez de contar con salvarme ya solo me toca este sucederse de imágenes y recuerdos, este *time-lapse* del *skyline* del paisaje de mi vida que lo repasa todo y me cuenta a mí mismo lo que soy, lo que fui, lo que durante tanto tiempo no he querido saber que era. No he querido saber la cobardía. No he querido saber la deslealtad. Mi cobardía. Mi deslealtad. Ni cómo dejé sola a Maru con todo el dolor. Cómo me refugié en lo que me alejara de casa: en las farras, en los viajes, en la política, y la política era el trabajo, era el negocio, eran los tejemanejes, que son otra forma de estar de farra. Cómo la dejé sola tirando del carro, haciéndome la víctima, el esforzado, el tipo que además de matarse a trabajar tenía que aguantar esa cara de sufrimiento cada noche al volver a casa, cada día, si era de día cuando volvía. Eso a veces pasaba algún sábado, algún domingo, algún viernes: llegaba y me la encontraba pendiente de si volvía y yo me hacía la víctima y montaba unos números fenomenales para que no se notara que era ella quien tenía razón, quien la sigue teniendo. Miserable. No, miserable no: miseriento. Para como soy, para como fui con ella, no merezco ni una palabra que exista. Mejor miseriento. Así fue como fui, miseriento, aquella vez, cuando se lo dije, cuando volví un domingo por la mañana, oliendo todavía a whisky y a puterío y me lo recriminó y me dijo que sabía por qué lo hacía, pero que ahí no iba a encontrar consuelo, que solo juntos lo íbamos a poder superar, que estaba Yeray y que él también me necesitaba como me necesitaba ella, que estaba rota, igual de rota que yo, y que lo que estaba haciendo solo servía para que lo pasáramos todos aún peor. Entonces fue cuando yo le dije eso, cuando le dije Para qué coño voy a venir a casa, para ver esa cara de amargada. Malnacido. Un malnacido, un patán insolente y obtuso. Ella no me lo dijo, ella no tuvo que decírmelo, no ha tenido que volver a recordármelo para que yo sepa que lo fui. Que lo soy. Y, además, jamás me lo habría recordado, siendo como es. Maru sí es buena gente, sí es una mujer de esas que valen la pena. Qué persona. Y qué mal se lo pagué. Se lo cargó todo ella encima: su dolor y el de Yeray, el de mi vieja, que también sufrió lo suyo. Joder, si hasta cargó con el mío. Porque todas aquellas mierdas que le hacía, todas las malas palabras, todas las ausencias, todos los desprecios, toda la distancia venían de lo débil que fui, de lo mal que lo aguanté. Pues hasta con eso cargó y miró por mí y miró por todos mientras yo me iba convirtiendo en el perfecto asqueroso, el perfecto abusón, el perfecto tirano.

No hay mayor tirano que un enano con el látigo en la mano. Eso solía decir el Viejo. Esto lo había leído o lo había sacado de una canción, no lo sé. El tipo o la tipa que no aprobaron los exámenes para policía y acabaron de seguratas, los auxiliares de clínica que no pudieron o no supieron ser enfermeros, el cabo chusquero, el peón de la cuadrilla al que le toca controlar el tráfico con un cartelito y unos conos en mitad de la carretera, la tía que quería ser jefa de negociado y ha acabado recogiendo documentación en el registro, el juez o la jueza que no consiguen ascender y siguen en la Audiencia Provincial, acumulando autos que no interesan a nadie hasta que un día les cae por turno un caso sonado con el que pueden lucirse y salir en el periódico, el calvo que pudo ser metre y no pasó de jefe de rango, la rubia teñida que estudió Economía y Finanzas, pero solo consiguió ser encargada de turno en ese supermercado de barrio. Esos, esas, están ahí esperando a que llegues a la puerta que custodian, el hospital por el que se arrastran, el batallón donde sirven, la carretera que controlan, el registro donde vegetan, el juzgado en el que sojuzgan, el lado del comedor en el que lamen culos, el supermercado en el que se pudren. Si te encuentras algún día a su merced, pagarás por su fracaso como si fuera el tuyo, probarás el sentimiento de humillación que, generosamente (y eso es lo único en lo que son generosos), propagan por el mundo. Esos son los enanos del látigo y el látigo está hecho de normas, de órdenes dictadas por otro al que ellos nunca son capaces de identificar, de reglamentos, de normativas, de leyes, de políticas de empresa. Todos, todas, soñaron con llegar a tener poder. Poder del de verdad. De ese que te permite dictar normas, decidir la suerte de seres anónimos a quienes jamás verás el rostro, cambiar el mundo, parar el tiempo, hacer que se te recuerde cuando ya no estés, cosa que es improbable que ocurra, porque, en las ensoñaciones de un enano, el poderoso es siempre inmortal. Pero ni siquiera fueron capaces de triunfar en sus ínfimos ámbitos de influencia. Así que tuvieron que conformarse con los puestos a los que sus gramáticas pardas, sus limitadas aptitudes, su oportuno cuarto de hora de suerte les permitieron llegar. Perdedores, perdedoras, saben perfectamente que lo son pero su orgullo les impide aceptarse. Y ahí están, mascando el diario rencor que su bilis negra convierte en un vómito reglamentario que arrojarán sobre quien se les ponga a tiro, a quien le joderán la vida durante cinco minutos o varios años, dependiendo de su capacidad, sus medios y el tamaño de la envidia que su víctima les inspire. El poder no. El poder no corrompe. Al poder se llega ya corrompido. Corrupto hasta la médula. O desde la médula. Nadie que no sea un miserable moral desea el poder. Yo lo sé porque yo lo soy. Porque he andado siempre entre poderosos y no he conocido a ninguno de quien no se pueda decir exactamente lo mismo. Y cuando quien anhela poder no llega a obtenerlo, la frustración se lo come por dentro y acaba por pudrirlo del todo. Por eso estos son así. Lo hablamos muchas veces con el Viejo. Salía

el tema con frecuencia, por ejemplo, al hablar de Gómez, Lorenzo Gómez, interventor del ayuntamiento por aquel entonces. El sieso que nos tenía siempre sudando, pendientes de sus firmas, de sus informes, del puto visto bueno aplazado para tenernos siempre cogidos por los huevos. Nos daba el coñazo casi con cada gasto. Pero se aplicó a fondo en la época del campo de fútbol, el muy mamón. Nos pasábamos la vida soñando con el momento en que se jubilase. Qué otra cosa se iba a hacer, si era un técnico contra el que nada más se podía. Hasta que a Saulo se le ocurrió una idea. Primero lo vigiló. Bueno, lo mandó vigilar. Me dijo que con una agencia de confianza que conocía. Puede que hasta la misma que luego contraté yo para lo de Sol, vete a saber. Lo cierto es que un día nos convocó a una reunión y nos enseñó un informe muy suculento. Gómez tenía cuarenta y tantos ya bien despachados, una mujer, cuatro hijos, una vida de lo más gris, de lo más seria. No tenía negocios sucios, no iba a jugar al casino ni al bingo, no se drogaba, no paraba en puticlubs. Hasta iba tres veces a la semana al gimnasio. Los lunes, los miércoles y los viernes. Y tenía una costumbre: los martes se subía a la capital, para jugar una partida de envite con viejos amigos. O eso es lo que le decía a su señora, a sus hijos, a sus suegros. Porque esa tarde, en realidad, la pasaba en el piso de una rubia en el barrio portuario. Una rubia de metro ochenta y veinticinco años. De tetas enormes y operadas y caderas más estrechas de lo que uno habría deseado, aunque para gustos, colores. Una rubia que respondía al nombre de Doris, pero que figuraba en el registro civil con el nombre de José Luis Pérez Ortega. Fíjate, te acuerdas hasta del nombre, que se te quedó grabado mientras te meabas de risa con Tano y con el Viejo, mientras escuchabas decir a Saulo que, al parecer, al tal José Luis lo llamaban en el barrio Doris la del látigo, no porque fuera ninguna enana, sino porque debía de tener un mandado de dimensiones tan apoteósicas que habían acabado corriendo de boca en boca por toda la ciudad, haciendo leyenda, haciendo historia. El informe contenía fotos. Nos pasamos un rato de puta madre mirándolas y haciendo chistes. En las fotos no se llegaba a ver el látigo de Doris, pero sí que se notaba en la cara de Gómez el efecto que le causaba al ensartarlo. Y por la expresión de aquella cara, sí que debía de ser grande. Eso lo dijo Tano, llorando de risa. Ahora que lo pienso, ahora que me viene ese recuerdo, supongo que teníamos algo de rufianes, los cuatro, ahí, en el despacho de Saulo, fumando y descojonándonos, manoseando las fotos y compitiendo para ver quién decía la burrada más gorda. Claro, estábamos felices porque por fin teníamos en la mano un arma potente. Y tan potente. Pero también había algo que es muy nuestro, esa mala baba que nos sale cuando podemos joderle la vida a un semejante. Nos gusta un linchamiento, coño. Nos la pone dura joderle la vida a alguien, sobre todo si lo hacemos en jauría, si nadie más se va a enterar. Supongo que hoy en día, con lo que hemos avanzado, aquella arma no habría sido tan potente. O sí, vaya usted a saber, porque nos las damos de liberales y de modernos, pero hay cosas que la gente sigue sin aceptar. A mí, en realidad, me daba igual y me lo sigue dando. Pero estaba claro que si el informe hubiese llegado a las manos de la mujer de Gómez, si alguna de aquellas fotos se hubiese hecho pública, le habríamos cagado la vida. Yo no estuve en la reunión cuando el Viejo llamó a Gómez a su despacho. Tampoco Tano. De lo que se habló allí, solo me contaron por encima. Saulo se limitó a decirme que aquel gilipollas no nos iba a joder más, que a partir de ese momento las cosas se iban a hacer a nuestra manera. Y así fue: Lorenzo Gómez aflojó y se dedicó a hacernos las cosas más fáciles, se volvió ciego a los defectos de forma que antes siempre era capaz de localizar de un

solo vistazo. No sé qué ha sido de él. Después de aquello, comenzó a coger una baja tras otra. Por depresión, creo. Eso nos vino bien, porque ya había llegado al negociado Cuco Padrón, a quien entre todos fuimos haciendo a nuestra mano y que luego ha estado de interventor todos estos años y no me ha fallado nunca. En cuanto a Gómez, así, encadenando bajas, llegó a la edad en la que pudo prejubilarse. O pedir una invalidez, no lo sé. Cuando dejó el ayuntamiento ya la mujer lo había dejado a él y se había marchado con las criaturas, que estaban crecidas. La casa de San Expósito la vendió y se mandó mudar. No lo he vuelto a ver por aquí. A veces me da un poco de pena. Pienso en el pobre Gómez, tirano ensartado en el látigo de Doris, humillado del todo, y quiero imaginarle un final feliz. Quiero pensar que se fue a la capital, que salió del armario, que vivió con Doris todos estos años y se ha sentido realizado con ella y con su mandado enorme y hoy es un abuelo que se lo pasa pipa viviendo la vida que no pudo vivir de joven. Pero, claro, es que uno a veces mira hacia atrás y ve el daño o los daños que ha hecho y querría pensar que no es para tanto, que ha usado la crueldad justa para conseguir sus propósitos sin hacer demasiada sangre. Uno quiere tener la conciencia tranquila, sentirse bien consigo mismo, no pensar en la posibilidad de que lo que ha hecho le haya jodido a alguien la vida para siempre. Sería bonito si fuera así. Pero casi nunca lo es. En casos como el de Gómez puedes olvidarte, hacerte el loco. Puedes, incluso, no preguntarte qué fue de él. Otras veces no hay manera, porque ves lo que tú mismo has sembrado. Como cuando lo de Feluco.

El daño que haces. El daño que haces no lo haces por inquina, por odio, porque seas un sinvergüenza. Lo haces porque los demás se te cruzan por delante, te cortan el paso. Porque sus intereses chocan con los tuyos. Porque lo que te conviene a ti no les conviene a ellos o lo que les conviene a ellos no te conviene a ti. A veces, son esos enanos con látigo, gente que quiere poder y no lo tiene y por eso te jode el día a día, como Gómez nos lo jodía. Otras, solo son palos que el camino te va colocando en las ruedas, gente que está por en medio. Yo nunca quise mal a Feluco. Pero cuando se me cruzó por delante, cuando sus intereses chocaron con los míos, cuando no me convino lo que le convenía, terminó jodido. Por culpa de lo de los molinos, que encima fue algo que parecía que iba a ser un negocio de los buenos y a último momento se quedó en nada y acabó hasta en los tribunales. Los molinos iban a hacernos a todos ricos, porque había llegado el siglo XXI y todo el puto país se iba a modernizar, a gastar energías limpias, a tener un crecimiento sostenible y toda esa puñeta. Y lo mejor era que había pasta para eso: había ventajas fiscales, fondos de la Unión Europea. Y todos sabemos que cuando hay de por medio fondos de la Unión Europea, siempre hay un buen pico a repartir si las cosas se hacen bien. O eso decían. Y los de REM Eólica, los portugueses, sabían hacerlas bien. Ya habían cerrado acuerdos en todo el sur del país, desde Badajoz hasta Valencia. Aquí eligieron San Expósito porque teníamos viento y terrenos en el camino al pico Tenesor para parar un carro, pero, también y sobre todo, porque en la UTE participaba la gente de Alravesa, que había hecho otros negocios aquí y sabía que era fácil negociar con nosotros, conmigo, que no pondría trabas burocráticas ni pararía la instalación porque de pronto viniese, yo qué sé, la Asociación de Amigos del Pinzón Azul a decir que era un peligro. Aquel iba a ser un bisnes, de los buenos. Solo había que ceder el terreno y ellos no solo pagarían un tanto anual y nos suministrarían energía a buen precio, sino que encima presumiríamos de energía limpia, que siempre queda bonito. Al final, visto lo visto, no fue tan buena idea: cambiaron la normativa sobre medio ambiente, los de REM Eólica vieron que no les saldría rentable el negocio y al final dejaron la cosa a medio hacer. Y, claro, como la partida europea era finalista, nadie recibió un duro y todo acabó como el rosario de la aurora. Y eso es lo más terrible, lo más absurdo de todo. Uno está acostumbrado a que a veces hay negocios que se van al carajo y está acostumbrado a perder un poco de vez en cuando. Pero uno nunca se acostumbra a perder tanto. Porque yo perdí mucho ahí. Culpa mía, en todo caso. Culpa mía por pensar que podría hacer negocio con la casa del pico Tenesor, que no producía nada y podría dar mucho gracias a los molinos de los portugueses. Culpa mía por no contar con que en realidad el negocio *a posteriori* no sería para tanto. Culpa mía, sobre todo, por no contar con Feluco. Feluco. Rafael. Mi hermano. Mi hermanito, carajo. Qué poco lo tuve y cómo lo perdí. Cómo lo perdimos todos.

Yo lo quería. Diga lo que diga Encarna, yo a Feluco lo quería. Y lo quería como se quiere de verdad a los que queremos: con todos sus defectos. Porque alguno sí que tenía. Para empezar, era bruto. Como lo fue mi viejo y como lo era yo mismo cuando chico. Supongo que de ellos aprendí esas mañas de asilvestrado que luego la universidad y el trato con gente más leída me fueron quitando de apenitas y Maru acabó de refinar. A lo mejor lo que menos me gustaba de Feluco era aquello en lo que nos parecíamos, ese pronto bestia que yo había sabido domesticar y él no. Feluco se me aparece siempre. Se me aparece a cada rato. No de pronto y por oleadas, como si en el fondo del mar, no. Se me aparece a cachitos que luego se van volviendo recuerdos completos. Se me aparecen, por ejemplo, aquellas manos con mugre honrada, puestas sobre la mesa, y Feluco se las está mirando para mirar a algún lado mientras todos miran para mí en la mesa de mis viejos, donde Colacho está hablando de mi futuro. Se me aparece muchos años más tarde, doblado en dos con el sacho en la mano en medio del terreno del pico Tenesor, intentando arrancarle a la tierra cuatro papas que dieran para alimentarle más el orgullo que la barriga. Se me aparece enseñando a los chiquillos suyos, que entonces eran pequeños, cómo se le quitan los chupones a una tomatera, cómo entutorar los pepinos, cómo regar para que los tallos no se pudran y las hojas no cojan hongo. Lo veo, casi puedo olerlo, volviendo con Alberto de cazar conejos en el barranco del Muerto, con la única pieza que había conseguido y que Encarna prepararía en salmorejo después de que la despellejara él, porque a ella le daba asco o pena o dentera, ahora no recuerdo bien y bastante poquito que me importa. Lo veo (eso puedo verlo claramente, tan claramente como puedo ver el plástico azul de esta puta bolsa) alargando en Casa Boro las tardes de diario, viendo el fútbol o jugando al dominó, a la baraja, a los chinos con los compañeros de cuadrilla, alternando cervezas y buchitos de ron, tajándose hasta el atontamiento para tener una excusa que le permitiese ignorar que allá, en la barra, su hermano, el alcalde, tomaba un botellín de antes de irse a casa con algún concejal, algún técnico, algún vecino. Yo siempre me iba antes que él y siempre nos despedíamos como nos habíamos saludado al llegar yo, con un guiño y un gesto de la mano lo bastante cordiales para que se notara que nos reconocíamos pero lo suficientemente distantes para que no diesen pie a más conversación. Y lo veo, claro, la primera vez que yo saqué el tema de la casa. Lo veo escuchando cómo yo le pregunto a mi vieja qué piensa hacer con la casa de abuelo, ahora que padre ya no está. Lo veo mirar a un rincón con cara de ajenjo, mientras ella me contesta que Yo qué sé, mi hijo, dejarla ahí para ustedes y para los chiquillos, que es como ella les dice a los nietos. Lo veo asintiendo a las palabras de madre y casi sonriendo hasta que yo llevo el tema a lo que nos cuesta en impuestos, del poco uso que se le da. Ese día, cuando yo empecé a hablar de Hacienda, de los problemas que daba seguir teniendo la casa a nombre de madre, él esperó hasta que yo dije que no valía la pena tanto gasto para una casa que ya no usábamos. Entonces saltó: Yo le doy uso. Pero no mucho, le dije yo. Cada semana se lo doy, me contestó. Todos los fines de semana voy para arriba. Y también los días de fiesta y los puentes. Y me llevo muchas veces a madre. ¿Verdad, madre? Mi vieja dijo que sí, pero con timidez, como si no quisiera darle alas a su argumento para no enfrentarlo más conmigo. Yo me puse en modo comprensivo. Le dije que entendía el cariño que le tenía a la casa, pero estaba vieja, necesitaba una reforma que no podíamos hacer y no nos salía a cuenta. Lo tenté diciéndole que la podíamos vender y, con lo que sacáramos, él podría hacerse una nueva. Ah, amigo, me dijo, ya sé lo que quieres: tú lo que

quieres es sacar pasta por la casa. Feluco estaba en la inopia con respecto a lo de los portugueses. Ahí tenía yo mi ventaja, y la aproveché. No, señor, le dije. Yo no quiero un duro de la venta de la casa. Lo que quiero es que no nos esté generando gastos. Yo lo que propongo es que la vendamos, no la casa, que no vale un duro, sino toda la finca, y la venta se la reparten madre y tú, y con tu parte te haces una casita nueva allá, en el barranco. O te compras una vieja y la arreglas. Madre lo miró y me miró y dijo que nos arregláramos entre nosotros, que decidiéramos nosotros porque para nosotros y nuestros hijos era aquella herencia, y se fue a la cocina a preparar café, para no tener que vernos discutir, porque nos conocía bien, que para algo nos había parido, y sabía que íbamos a acabar discutiendo. Entonces él me soltó un argumento que tenía fuerza, la verdad. Me dijo, rascándose la cabeza: Vamos a ver, Gabrielo, tú dices de vender la casa de abuelo y que, con lo que saque, me compre una casa en el campo y la reforme. Carajo, pues ¿no sale más barato arreglar esta? Y como el argumento era bueno, yo le dije que era un cabezón, que lo que yo le decía era lógico, que le estaba generando un montón de gastos a la familia solo para dárselas de maúro los fines de semana, cazando conejos y manteniendo cuatro matas que no producían para comer. Y entonces él dijo que no se las daba de maúro, sino que era un maúro, que siempre lo había sido y siempre lo sería, igual que yo, aunque me quisiera olvidar de lo que era dándomelas de tío importante, su hermanito, el alcalde. Ah, ya salió el tema, le dije, como si te hubiera ido mal conmigo de alcalde. Y él dijo que no hacía falta que se lo dijera, que ya se lo restregaba bastante por la cara. Del resto de la conversación ya no quiero acordarme. Porque no fue conversación sino bronca, tal y como mi vieja había previsto. Duró un buen rato y solo acabó cuando ella vino al salón y nos dijo que si íbamos a seguir discutiendo, que mejor nos fuéramos a la calle, porque aquella seguía siendo su casa y allí no quería pleitos, y menos entre hermanos. Madre nos conocía los tiempos: por eso se había ido a la cocina, para dejarnos desfogar, y regresó justo cuando íbamos a comenzar a calentarnos de veras, a sacar trapos sucios, a enfofearnos hasta la riña. Ese día no se habló más del tema. Pero yo comprobé que si quería hacer el negocio de los molinos, iba a tener a Feluco enfrente, a cara de perro. Lo que pasa es que pensé que eso sería solo al principio, que luego, cuando entendiera la pasta que había en juego, entraría en razón. No fue así, sobre todo cuando quedó claro por qué quería yo vender la finca, cuando entendió que el terreno estaba justo en medio de la zona donde iban a instalarse los molinos. Y mira que intenté convencerlo, decirle que aquello valía la pena, pensando que cuando viera lo que los portugueses pagaban por el terreno, cuando viera que yo no cogía una parte, se relajaría y se alejaría rezongando con los billetes en la mano. Lo que no entendí, lo que no supe ver en ningún momento, era que ni por todo el oro del mundo dejaría Feluco que nos desprendiéramos de la casa de abuelo. Me lo dijo una vez, en una de tantas discusiones: Por encima de mi cadáver, Gabrielo. Puedes convencer a madre, que ya sé que vas a verla cuando no estoy yo para comerle la cabeza con tus mierdas, pero a mí no me vas a sacar de allí. En esa casa se crio padre y la voy a conservar, para mis hijos. Y para los tuyos, si quieres. Pero no voy a dejar que los portugueses la echen abajo para hacer los putos molinos. Tú me vienes con el rollo de que si no se la vendemos va a ser peor, porque el ayuntamiento la tendrá que expropiar, por ser una cosa de interés público, pero te conozco, Gabrielo, sé cómo eres y los chanchullos que te traes, porque al fin y al cabo eres un político y los políticos de este país son todos iguales, por muy hermanos de uno que sean,

y sé que aquí no hay interés público que valga, que el interés que hay es el tuyo, que seguro que te llevas una comisión de puta madre. Lo jodido, lo realmente jodido, es que Feluco tenía razón. En todas y cada una de las cosas que me dijo. Por supuesto, conseguí convencer a madre. Acabé diciéndolo clarito, con todas las letras: era mejor vender de buenas maneras que aguantar hasta que el ayuntamiento acabara expropiando (cosa que yo no podría evitar porque no estaba en mis manos) y conformarse con la indemnización que los técnicos decidieran darle. Así que sí, convencí a mi vieja para que firmara. Pero a Feluco no hubo manera de convencerlo. Yo, con el tiempo, he acabado entendiendo lo que le pasaba realmente a Feluco: la casa de abuelo era importante para él porque allí tenía un hueco, un escondite para convivir con el recuerdo, pero, además, en ese momento, era un arma, un escudo, lo único en lo que él podía imponerse, decirme que no a mí, un tío poderoso, que además era su hermano pequeño. Decirme no, en ese caso, era decir no a los de arriba y, ya puestos, decirle no al mimado de la familia, al mimado por el mundo, al que había tenido todas las oportunidades que a él nunca le ofrecieron. Decirme no era decir que, por una vez, unas manos mugrientas eran más poderosas que unas manos sin callos con las uñas cuidadas. Por eso me dijo que no y me lo dijo hasta el fin. Y el fin fue desagradable, un sábado por la mañana lleno de sol. Y tuvo de testigos a unos mozos de mudanzas que estaban llenando un camión con todos los recuerdos de casa de abuelo que madre quería conservar. Los tipos casi no prestaron atención cuando el Suzuki Santana llegó por el camino y se plantó en el patio delantero. Tampoco cuando Feluco salió dando un portazo y se vino hasta donde estaba yo, con los ojos llenos de sangre y el aliento lleno de ron. Miraron con curiosidad cuando Feluco empezó a gritarme, a decirme que se me había vuelto amarga la leche que había mamado, que era un malnacido, un descastado, un cabrón que no respetaba ni la memoria de los suyos. Y se quedaron parados, cada uno en lo que estaba haciendo, cuando Feluco me dio un empujón y yo lo aguanté y se lo devolví y él dio un paso atrás y acabó cayéndose de culo y nos quedamos mirándonos, desafiantes, él desde el suelo y yo desde arriba, en pie, manteniéndome firme, antes de decirle que ya estaba bien, que estaba borracho, que se fuera a casa. No me contestó. No dijo nada mientras se levantaba y se sacudía el polvo y se volvía al coche. Por eso fue por lo que entendí que lo que iba a hacer a continuación era peligroso. Porque Feluco era de los que no ladran cuando van a morder. Pero no reaccioné a tiempo cuando vi que, en lugar de meterse en la cabina, abría el portabultos. Ni cuando sacó de él la escopeta y volvió hacia mí. Supongo que los tipos de la mudanza tendrían ya a esas alturas los huevos de corbata y buscaban sitio donde esconderse, dentro de la casa o detrás del camión. Yo no tuve oportunidad de hacerlo. De pronto me vi allí, encañonado, con Feluco quitándole el seguro a la escopeta. No sé por qué me quedé quieto, mirándolo. Debí de ser porque no acababa de creérmelo, porque no atinaba a reaccionar o porque el propio miedo me inmovilizaba. No sé, el caso es que me paré allí en mi sitio y eso luego lo interpretaron los de la mudanza como una señal de que el alcalde los tenía bien puestos y así lo contaron cuando difundieron el chisme por todo el pueblo, por toda la isla. Permanecí allí, ya digo que no sé seguro por qué, mientras Feluco me miraba con ganas de disparar y me decía, bajito, como si masticara cada sílaba antes de escupirla, Te dije que por encima de mi cadáver, pero también puede ser por encima del tuyo. Ese fue el momento en que pude morir. No: ese fue el momento en el que *debí* morir. Tenía que haber muerto entonces. Habría sido justo morir a manos

de Feluco, que nunca tuvo todo lo que yo tuve, incluidas la ambición, la avaricia, la prepotencia. Habría sido justo que Feluco me castigara por todo el mal que yo había hecho, que hiciera oficial lo oficioso, que fuese el verdugo que ejecutase la sentencia que yo me había ganado y que se había postergado durante tanto tiempo. Habría sido justo que, por una vez, Abel asesinara a Caín y que Dios no viniera luego a pedirle cuentas. Esa era la muerte que me merecía y no esta de ahora. Y, en todo caso, yo habría preferido morir a manos de un hermano y no a las de dos changas chapuceros. Pero Feluco no disparó, aunque las manos las tenía llenas de ganas de disparar. Solo se me quedó mirando un rato largo, mientras la rabia le iba subiendo hasta lo blanco de los ojos, que no era blanco, sino rojo. Y entonces alzó la escopeta y descargó los dos cañones al aire. Luego, se volvió al coche y arrancó a toda leche y esa fue la última vez que lo vi.

Parece que después estuvo en uno de los bares del pico Tenesor, bebiendo para ahogar la rabia (que no ahogó) y buscando pleitos (que no encontró) para repartir las hostias y los tiros que no supo, no quiso o no pudo darme a mí. Cuando ya no le quedó dinero ni crédito, se metió otra vez en el Santana y cogió la carretera para volverse a San Expósito, se supone que para buscar un cajero automático o bares donde le fiaran. Nunca llegó. Por lo que se supo más tarde, debió de coger la curva a más de noventa y el coche se desriscó hasta el fondo del barranco del Muerto en la parte más alta, por allá arriba, por encima del palmeral. No murió en el acto. Debió de sobrevivir varias horas mientras los pulmones se le llenaban de sangre, pero por allí no vivía nadie en ese entonces y tampoco nadie comenzó a buscarlo hasta la medianoche. Lo encontraron a la mañana siguiente a unos metros del coche, aferrado al móvil, buscando una cobertura que en aquella época no había por aquella zona. Al menos él pudo intentarlo, mover las manos aunque tuviera un brazo roto, mover las piernas aunque las tuviese destrozadas. Mirar a su alrededor para intentar ver algo en la oscuridad, alumbrándose, seguramente, con el mismo cacharro que le negaba la utilidad para la que lo habían inventado. Yo ni siquiera puedo hacer eso. Desde ya hace mucho, ni siquiera puedo moverme. Ya ni me arrastro. Intento gritar, pero no lo consigo. A lo mejor llevo un rato gritando y lo que ocurre es que no puedo oírme. Pero no puede ser, porque oigo. Oigo los coches que pasan a lo lejos por la carretera, entrando o saliendo del pueblo. Oigo los mirlos y las tórtolas en el patio, buscando algo que picotear. No oigo la bolsa. Coño, no. Ya no oigo el crujido del plástico de la bolsa perfumada, contrayéndose y expandiéndose al ritmo de mi respiración. Joder, a ver si es verdad que tu cerebro sigue ahí, después de que la espichas, funcionando al galope, a ver si es verdad eso del tsunami cerebral y tú crees que aún sigues vivo aunque ya no lo estés. Pero, entonces, ¿por qué oigo los mirlos, las tórtolas, los coches de la carretera? A lo mejor, igual que el cerebro, te sigue funcionando el oído. ¿Y si en realidad no los oigo? ¿Y si no son sonidos, sino recuerdos de sonidos? ¿Sombras de sonidos? Los sonidos no tienen sombra, sino eco. Esto es más claro que un eco. Una especie de impronta que se ha quedado ahí. Igual Chago ya está preguntándose dónde estoy. Igual está viniendo hacia aquí, o llamando a Nisita para preguntarle si tenía que venir hoy. Y los changas. Los changas estarán ya cada uno a su bola, después de haberse repartido la pasta. O de juerga, después de haberse repartido la pasta. O todavía llamando a quien les encargó el asunto, después de haberse repartido la pasta. Todo es pasta que se reparte. Siempre pasta. Con pasta se soluciona todo. O eso es lo que creen los que no tienen pasta. Eso es lo que creía yo cuando no la tenía. Por eso me fui haciendo como me fui haciendo, me fui convirtiendo en eso que soy y que, ahora lo veo, realmente no me gustó nunca, como no les gustó a quienes tenía alrededor. Al final, los únicos a los que tengo cerca son mis

cachorros, los que habrán un día de maquinar contra mí. O los que estaban destinados a hacerlo y ya no podrán y tendrán que devorarse entre ellos para poder ponerse donde hasta hoy he estado yo. Chago no. Chago es listo. Ese sabe que le conviene más estar donde siempre, permanecer en la sombra, al lado de quien tenga el poder. Pero Gladys y Pedro se van a enfrentar a muerte. Eso está más que visto. Los dos igual de bien situados. Pedro, con sus ventajas. La primera, la experiencia. Es el que lleva más años conmigo. El que ha ocupado concejalías importantes. Ha llevado los tributos, el urbanismo y las obras públicas. O sea: siempre ha estado donde está el dinero. Sabe por dónde entra y por dónde sale. Y si hay alguien sobrado para mantener el cotarro es él, que tiene los mismos remilgos que yo, que nunca he tenido ninguno. Carajo, es más, ahora se me ocurre que él podría tener todas las papeletas para ser quien me mandó a estos dos, porque tiene los conocimientos, la mala baba y la frialdad para hacerlo. Lo que no tiene es motivo: él fue el primero al que le dije que esta iba a ser mi última legislatura, que pensaba dejarlo, que estaba hasta los cojones, que me buscaría un puestito más o menos honorífico, más o menos rentable, que me permitiese tocarme los humildes a dos manos. Ese era el plan. Eso era lo que tenía pensado. Hacer campaña para un puesto de asesor en un consejo. O seguir en lo público, meterme en una lista conjunta y acabar de senador. Más o menos así era el plan y él lo sabe porque se lo tengo más que dicho. No creo que Pedro tenga tanta prisa por quitarme el puesto como para hacer esta hijoputada. Es lo suficientemente ladino, lo bastante perro viejo para saber que tiene muchas papeletas para ocuparlo sin tener que hacer algo así. Tiene muchas papeletas, pero no las tiene todas. En algunas cosas, me recuerda a Saulo. Y puede que le acabe yendo como le fue a él, porque Gladys está ahí, y lleva también mucha ventaja. Para empezar, es mujer. Y la gente hoy día ya quiere que aquí pase como en otros sitios y gobierne de una vez una mujer. Y es que la verdad es bonita: te pones a mirar la lista de alcaldes y concejales que hemos tenido en San Expósito y ahí hay más pollas que en una película de submarinos. Aparte de eso, Gladys tiene un déjame entrar todavía mejor que el que tuvo en su día el Viejo. Es una tía simpática, joven, de las que saben escuchar a la gente o fingir que saben escucharla. La gente del pueblo la quiere y todo el mundo la ve como una persona dialogante, de la nueva época pero sin pasarse. Ya no está en Festejos, pero la fama que tienen ahora los carnavales nuestros o la celebración del patrono se la debemos a ella, que esto antes eran cuatro verbenas y un desfile de papagüevos y ahora hasta de la Península viene gente que no se los quiere perder. Y en esta legislatura lo ha hecho muy bien con lo de los fondos de ayuda y el plan laboral. La tía trata con todos y cada uno de los que vienen a pedir trabajo. Ella misma. Sin intermediarios. Que también me pregunto yo de dónde carajo saca el tiempo y la paciencia. Pero ahí está, recibéndolos. Y por cada uno de esos que va viviendo del contrato de seis meses o de la ayuda hay un voto. Qué digo uno, unos cuantos, porque con ellos vota la familia. Sí, a Gladys la quiere mucha gente. Es la dialogante, la que no es extremista, la que tutea y bromea y hasta se toma un café de vez en cuando con concejales de la oposición. Y ahora que vienen épocas en las que el voto se reparte tanto, esas virtudes no hay que menospreciarlas. Así que sería más fácil que los socialistas o los de la derecha pactaran con ella que con Pedro. Pero Gladys no tiene solo esas virtudes que le dio Dios; también tiene los dones que le dio el diablo, porque yo le adivino en el fondo de los ojos esa ambición que tenemos los que un día llegamos a ser alguien. Y esta va a ser alguien. En el PISE o en otro partido. En San

Expósito o en cualquier otro lado. Porque además de todas esas ventajas que tiene sobre Pedro o sobre mí mismo, es de las que manejan bien los tiempos, de las que saben cuándo hay que esperar y cuándo hay que dar una estocada, cuándo avanzar a pecho descubierto y cuándo tirarse al suelo y hacerse el muerto hasta que llegue una buena oportunidad. Y esa es la gente que llega: la que sabe ser agradable de puertas afuera mientras va lanzando seda para tejer la telaraña. Pedro, en cambio, es más como Saulo. Saulo sabía hacer lo segundo, pero no lo primero. Y eso fue lo que lo jodió.

A Saulo le vi yo las mañas desde siempre. Cuando llegué, ya estaba ahí, mano derecha del Viejo, pisando por donde él pisaba, oliéndole el culo, riéndole las gracias con su risa de perro asmático. Y ahí siguió hasta que perdimos con el centro y él se quedó de concejal con Tano y yo me fui con el Viejo para montar el PISE y al final, con el día a día, con los secretos compartidos, con el contacto público y privado, yo le fui sacando ventaja y él empezó a ser más mano izquierda que derecha. No lo hice intencionadamente, ojo. Fue el Viejo el que me fue dando más espacio, más confianza, como si hubiese entendido que yo tenía más virtudes que él. Sobre todo el don de gentes, que es algo que a Saulo le negó la naturaleza, Dios o la mala estirpe que llevaba en las venas. Saulo, claro, se dio cuenta, pero se hizo el longuis. A hacerse el longuis no lo ganaba nadie. Entendió que era lógico, que era lo que tocaba, que por el momento había que dejarlo estar. Y eso hizo. Pero luego, cuando montamos el pacto con los nacionalistas y él y Tano acabaron dejando el centro y viniéndose al PISE, creyó poder recuperar todo lo que tenía. Y no pudo. No porque yo hiciese nada para ponerle un límite, cuidadito con eso. Fue algo más bien natural: el Viejo había visto que yo le convenía más, eso es todo. Y ahí también lo dejó estar, pero solo en apariencia. Claro que no se supo hasta mucho después, claro que no lo entendí hasta la legislatura pasada, pero yo creo que desde esa época ya empezó a juntar información, a hacer contactos, a reunir munición con la que dispararme por la espalda. A lo mejor el fallo fue mío. A lo mejor me creí aquello de ten cerca a los amigos, pero más cerca a los enemigos. A lo mejor pensé que no era para tanto, que igual me equivocaba, que quizá Saulo se conformaba con la cuota de poder y de negocio que tenía, que ya era mucho. Para empezar, lo hice partícipe de todo como lo había hecho el Viejo. Al fin y al cabo, cuando haces algún trapicheo, conviene pringar bien a cualquiera que pueda ponerte la zancadilla, porque ese, si es listo, sabrá que si te intenta joder lo vas a arrastrar contigo. Una versión de la vieja canción del perro no come perro. La melodía cambiada, pero la misma letra. No tuve en cuenta que Saulo es de esos que desafinan cuando les toca hacer la segunda voz. La jugada que me preparó era de las buenas. Me habría jodido bien. Solo cometió un error: pensar que el francotirador que había elegido le iba a ser leal. Y ese error me permitió enterarme a tiempo. Casi en el último minuto, pero a tiempo. Yo ya me había mosqueado en su momento, cuando no quiso coger su comisión de lo del acuario. Eso te lo afinó yo, si quieres, pero no quiero nada, que a los belgas estos no me apetece tratarlos mucho. Algo así fue lo que me dijo entonces, cuando tocó hacer la jugada. No me extrañó, porque ya en la época de la colonia había tenido sus más y sus menos con Verhaereen. Ahora, mirando atrás, tenía que haber saltado una alarma ahí, en la parte del sentido común. Pero la parte que quiere estar a gusto recibió tan contenta la comisión por aquellos hilos que había movido Saulo y se olvidó del tema hasta la

mitad de la siguiente legislatura, en la que gobernábamos en minoría. Ahí, haciendo equilibrios para que la cosa saliera bien hasta las elecciones, con el problema de los molinos judicializado, con un desgaste importante encima, de pronto un día me llama Alfredo y me dice que tenemos que hablar y no puede ser por teléfono, que tenemos que vernos en algún sitio tranquilo con una persona. El sitio fue la casa de Alfredo y yo acudí con Chago esa misma tarde, supuestamente a jugar un dominó con mi abogado y con aquella persona que resultó ser Toni Miranda, el dueño de *La Voz de la Isla*, y me pusieron en situación enseguida. A Toni le habían pasado un material muy potente sobre el acuario. Un material que incluía mi nombre entre términos como prevaricación, cohecho impropio o comisión ilegal. Él, por supuesto, no quería creerse todo aquello. Él, por supuesto, había preferido consultar conmigo antes de poner a su gente a trabajar en ello. Él, por supuesto, aprovechando su amistad con Alfredo, se había puesto en contacto con él para organizar aquella reunión. Yo, por supuesto, entendí sobre la marcha de qué iba la jugada. Chago también, porque él fue quien dijo Hombre, qué casualidad que te lo hayan dado a ti, Toni, porque justo en estos días iba yo a llamarte. Cuando Toni preguntó para qué, Chago le habló de la campaña de promoción del turismo interior. Era verdad que teníamos previsto invertir pasta en aquella campaña. Pero nadie había contado hasta el momento con meterla en *La Voz*. Por suerte, Chago y yo nos entendemos bien y yo dije que era verdad, que justo esa mañana habíamos estado diciendo que, aunque fuéramos a meter promoción en todo el país, era muy importante incidir en *La Voz*, porque el papel podía ser que no, pero la versión digital tenía un impacto interesante. En un ratito lo convencimos para que dejara estar aquel material tan dudoso y que podía organizar un lío enorme si caía en malas manos. Porque, por supuesto, todo aquello era mentira. Un montón de mierda falsificada que algún enemigo político le había hecho llegar para emponzoñar la campaña que se nos venía encima en dos años. Tú ya sabes cómo es esto ahora, Toni: no hace falta que demuestren nada; basta con un titular. En lo que se demuestra tu inocencia, que también los tribunales están como están. Luego vete a rectificarlo. Más o menos eso fue lo que le dije. Y él dio por buena la explicación y nos pasó el material y se citó enseguida con Chago en su despacho para hablar de la campaña de turismo interior. Lo gracioso fue que cuando le preguntamos quién le había pasado toda aquella basura, Toni se puso digno y soltó aquello de que las fuentes son sagradas. Me costó aguantarme la risa, pero me la aguanté. Luego, con Chago, viendo lo que había en el *pen drive* que Toni nos había dado, llegamos rápidamente a la conclusión de que había sido Saulo. Y nos pusimos rápidamente a hacer control de daños. Porque, estaba claro, Saulo había confiado en Toni para hacer un primer intento, pero si Toni le fallaba, iría a Méndez, el de *El Heraldillo Insular*, o a cualquier otro. Teníamos que aprovechar el poco tiempo que teníamos hasta que Saulo descubriera que Toni Miranda no haría nada. Chago, que por algo es de mis cachorros, hizo un diagnóstico rápido: Saulo no cae bien y se sabe, aunque parezca haberse olvidado, que es un chaquetero. Punto para nosotros (dijo nosotros porque Chago siempre habla en plural cuando se refiere a mí). Pero las cosas en las que lo podemos pringar nos podrían salpicar también. Tú lo conoces hace más tiempo que yo. Así que tienes que darme algo feo de Saulo. Algo sucio en lo que esté implicado solo él. ¿Para cuando saque esto?, le pregunté yo, ingenuo de mí. No, alcalde, me contestó; para ya, para ahora mismo. La primera hostia la tenemos que dar nosotros, si lo hacemos al revés, no va a funcionar. Ahí empecé a entender la estrategia de Chago, que es un

demonio para estas cosas. Tenía razón, tenía que ponerme a pensar en algo con lo que joder a Saulo. Pero, antes de que empezara a hacerlo, Chago continuó con su plan de adelantarse a la jugada, que incluía replantearnos la campaña de turismo interior. Hay que meter más pasta en eso, alcalde. Ponerle pasta a *La Voz*, pero también a *El Herald*, a *Canarynews*, a todos los medios de las islas. Y eso tiene que ser ya, esta misma semana, para cerrarle todas las puertas a las que intente tocar. Lo que no sé es de dónde vamos a sacar tanto dinero. Yo sí lo sabía: de los belgas, que eran los primeros interesados en que no saliera lo de Saulo. Al final la jugada fue redonda, porque en los publrreportajes se incluyeron muchas referencias al acuario y la cosa le resultó a Verhaeren más o menos rentable. Y, poco después de que empezara a aparecer la campaña en todos los periódicos y radios y televisiones locales y regionales, justo cuando Saulo comenzaba a entender que *La Voz de la Isla* había enterrado todo aquel jugoso material, apareció en *Canarynews* la primera noticia sobre lo de su currículum falsificado, lo del MBA queapestaba, porque no había cubierto el número de horas de asistencia, no se podía demostrar que hubiese defendido su trabajo de fin de máster salvo por una certificación del supuesto tribunal en la que figuraban dos firmas falsas y otra más, esta sí verdadera, que pertenecía a Esperanza Rull Esteban, una prima de Paqui Ramos Esteban. Y Paqui Ramos Esteban era la mujer de Saulo. Es más, según fue saliendo en los medios en aquellos días, la profesora Esperanza Rull no solo era prima política de Saulo, sino que también había sido empleada de Gesra, la empresa de asesoramiento de Paqui. Esto es, una de las empresas pantalla que Paqui gestionaba en nombre de Saulo. En otros tiempos, aquello habría parecido casi normal. Pero empezaba a ponerse de moda eso de los escándalos relacionados con el currículum de los políticos, y ya andaba todo el mundo dando la brasa con lo de la transparencia. Así que dejé que la cosa se calentara tres o cuatro días, que yo me pasé en Casablanca, asistiendo a una feria de turismo. Fijate tú, también es casualidad que cuando saltó la noticia yo estuviese aterrizando allí. Pero Chago, que no había venido conmigo, me fue manteniendo al tanto de todo y, entre acto oficial y acto oficial, me fui enterando de cómo el chisme se hacía viral y la plaza pública se encarnizaba. Cuando volví, lo primero que hice fue emitir el comunicado que me tenía preparado Chago: en nombre del Partido de los Independientes de San Expósito, dejando clara nuestra indignación por aquel escándalo, y en nuestra decidida apuesta por la transparencia y la asunción de responsabilidades políticas inmediatas, independientes de cualquier tipo de responsabilidad penal, tomábamos la decisión de suspender de militancia a don Saulo Oramas Ruiz, que, si bien había servido al partido durante años, no había sabido dar en esta ocasión explicaciones convincentes que pudiesen evitar sospechar que no había tenido el comportamiento ético que de él se esperaba, lo cual no era óbice para el expediente de investigación interna que la comisión de garantías del partido abriría sin demora. Lo siguiente fue ir a la alcaldía y destituir a Saulo. Con todo lo cual, encima, me marqué un tanto: nosotros no hacíamos las cosas como en otros partidos, nosotros no esperábamos a que las sospechas se confirmaran, nosotros sabíamos extirpar el tumor antes de que empezara a propagarse. Alzola se comió con papas el repertorio de invectivas y preguntas que llevaba tres días preparando para lanzármelas en el pleno y justificar la ruptura del pacto antes de las elecciones. A transparentes no nos ganaba nadie y a defender la ética tampoco, así que si quería romper el pacto lo tendría que hacer buscándose otra excusa. Lo hizo, pero esa es otra historia. En

cuanto a Saulo, claro está que, una vez en la puta calle, intentó vender su mierda por ahí, pero casi nadie se la compró. Los únicos que lo hicieron, un par de radios locales, se acabaron cansando de que nadie se hiciera eco. Ahora va por el mundo como van los que siempre han sido algo y ya no son nada.

Esos que lo fueron todo y no son nada. Los que fueron directores generales, concejales, alcaldes, consejeros o incluso presidentes, los que encadenaron legislatura tras legislatura encaramándose a los puestos de poder de forma que parecía que ya nunca serían otra cosa, que conservarían siempre ese poder, esa influencia, esos coches oficiales, esos móviles de trabajo. Hasta que un día, una debacle o un reajuste en el escalafón, un cambio en los gustos de los votantes, una mala decisión los dejan sin cargo, sin influencia, sin posibilidad de volver a figurar en las listas de su partido. Ni de ningún otro, porque su desmedrado carisma no los hace atractivos para otras formaciones ni les basta para montar su propio chiringuito. Así que un buen día, con escándalo o sin él (y es mejor si hay un escándalo, porque cuando no lo hay la muerte política por vejez o inanición se hace más evidente), su partido les agradece sus servicios y valora positivamente todos sus años de dedicación y los colma de cargos honoríficos (si no ha habido escándalo, en cuyo caso los colma de silencio) y les pide que cierren la puerta por fuera. Entonces cambian la etiqueta por el esport, el coche oficial por un monovolumen digno, ahora conducido por ellos mismos y el alma que tienen. Vuelven a ocupar su plaza en la función pública, la universidad o el instituto donde solo los más viejos habían llegado a trabajar con ellos, a sus bufetes, notarías o consejos de administración o, sencillamente, se van a su casa a disfrutar de un retiro prematuro que dicen que los hace felices pero en realidad no soportan. Hacen mucha vida social a las horas a las que otros trabajan y la gente los saluda o los reconoce por la calle, pero nadie ignora que ya no son nadie. Alguna vez tienen suerte y logran ingresar en un patronato, en una fundación, en la directiva de algún inútil club filantrópico a los que creen dar categoría perdiendo un poco de la suya, pero fingen que no les importa, que es su deber ciudadano. En ocasiones tienen más suerte todavía y alguno de sus antiguos pupilos o compañeros les paga sus favores o sus silencios sentándolos en consejos sociales de universidades o dándoles cargos unipersonales que se convierten en simbólicos cuando ellos pasan a ocuparlos. Pero en otros casos no tienen nada de suerte y simplemente se van a casa, de donde salen cada tarde para ir a conferencias, presentaciones de libros, inauguraciones de exposiciones y estrenos a los que los siguen invitando o, una vez a la semana, para acudir a los platós de televisión o los estudios de radio que cuentan con ellos como colaboradores semigratuitos, cuasitranslúcidos y prácticamente mediúmnicos, porque interpelarlos a ellos es interpelar a la muerte. Eso lo saben bien sus compañeros de tertulia, que comparten su condición de fracasados en los campos de la empresa, la academia o el periodismo. Todos ellos, mientras analizan eso que llaman la actualidad informativa, mientras ofrecen soluciones complicadas a problemas sencillos y viceversa, mientras divagan sobre lo mucho que conocen por experiencia acerca de temas sobre los que no entienden nada, saben que

son muertos rodeados de muertos. Y los cambios en sus fisonomías (sus adelgazamientos sospechosos, sus obesidades abusivas, sus alopecias o encanecimientos instantáneos) son en realidad cambios *post mortem*, con la diferencia de que los muertos no van por ahí repartiendo con generosidad abrumadora consejos que nadie les ha pedido sobre asuntos que ya no son de su incumbencia. Mira a Carmela, por ejemplo. María del Carmen Fuentes Rodríguez. Nuestra Carmela, de toda la vida. En la época de mis primeras concejalías ya estaba con el Viejo. Luego, conmigo, fue segunda teniente de alcalde. Como nosotros ya teníamos cerrado el acuerdo con los nacionalistas, no le costó cambiar de chaqueta y pirarse con ellos, ir de nacionalista de-las-de-toda-la-vida. No pasa nada. Cuando fichó con ellos lo hizo con todas mis bendiciones: Carmela aspiraba a más y el PISE, fuera de San Expósito, no le podía ofrecer nada. La trataron bien: una dirección general primero y una consejería después, para más tarde ser vicepresidenta del gobierno autonómico, lo que no está nada mal a los cuarenta y tantos. Hasta que cambiaron las tornas, hubo una trifulca interna entre los nacionalistas que se resolvió con unas primarias y Carmela, que apostó por quien no debía, se quedó con un dedo metido en el culo. Para ese entonces, ella ya vivía en la capital y era una tía conocida en todos lados. Pero se quedó sin silla con menos de cincuenta y sin nada que hacer, porque antes de la política no tenía oficio conocido. Ahora sale en un magacín de la tele, de colaboradora en una mesa de cotilleos. Me da hasta lástima verla ahí, maquillada como una puerta, con sus peinados estrambóticos, participando en la búsqueda diaria de la risa fácil y la lágrima boba. Saulo, todo hay que decirlo, tuvo un poco más de estilo. Se fue a lamerse las heridas al consejo social de una universidad y, una vez a la semana, colabora como tertuliano en una radio pública, con un par de periodistas de la vieja guardia y un expresidente de cabildo. La hora más aburrida de la parrilla radiofónica, pero a mí me divierte mucho oírlo opinar acerca de la lentitud de las administraciones, la ineptitud de este o aquel gobernante y, sobre todo, la corrupción, la corrupción con mayúsculas, así: LA CORRUPCIÓN, la gran lacra, el mal inevitable en este país que inventó la novela picaresca, como repite siempre. Todos sus contertulios saben quién es y a lo que se ha dedicado, pero, claro, todos callan porque no debe hablar quien tiene que le digan, y es que ahí, otra vez, la cantinela, perro no come perro. Ahora que lo pienso, soy un privilegiado. No tendré que andar de plató en plató, de estudio en estudio. Ni habré de buscarme actividades que me llenen el ocio. Y nunca andaré por ahí fingiendo que aún soy algo, que aún soy alguien. Esta muerte que voy a tener, esta muerte que estoy teniendo, es una puta mierda, pero, al menos, es mucho más digna que la que están teniendo Carmela o Saulo. No, no voy a ser nunca un zombi. Voy a cascar en la cresta de la ola. Otra vez el mar. El fondo del mar. Y la muerte. Maru. Ese pulpo.

Ese pulpo. Pulpo hembra. La hembra de ese pulpo. El pulpo gigante del Pacífico. Del Pacífico Norte. El pulpo de California, le dicen. La hembra se aparea una sola vez, cuando ya es muy mayor. Luego pone los huevos en el techo de una gruta submarina. Y se queda ahí, en la gruta, protegiéndolos. Seis, siete meses. Inmóvil ahí, en el fondo de una sima ignorada por todos. Los protege de los depredadores, los mueve para prevenir parásitos, les lanza chorros de agua para que les lleguen oxígeno y nutrientes. No hace otra cosa. No se alimenta. Se va volviendo lánguida, cada vez con menos fuerzas. Y continúa ahí haciendo guardia, una especie de guardiana-enfermera, hora tras hora, día tras día, hasta que los huevos están a punto de eclosionar. Y entonces, cuando ya les queda poco para abrirse, la hembra del pulpo gigante del Pacífico Norte, la hembra del pulpo de California, muere. Muere de inanición, de agotamiento. Tal vez de amor. Pero incluso después de muerta, sirve a los suyos, porque su cadáver permanece ahí, ante la gruta, pasto de otros animales que se entretienen devorándolo mientras los pulpitos salen de los huevos y pasan por encima de donde otros bichos se están dando un festín con lo que fue una madre dedicada que se sacrificó por los suyos. Y entonces los pulpitos abandonan la cueva y salen al mar y al mundo, ignorantes del sacrificio de su madre. Cuando vi ese documental pensé en mi vieja. Y pensé también en Maru. Mi vieja, tan poquita cosa ahora ahí en la residencia escuchando la COPE haciendo puzzles preguntándome siempre por Yeray, por Sonia y por Alberto preguntando a veces también por Feluco, su Rafael, dándose cuenta antes que yo y rectificando y diciéndome que perdone, que no sabe dónde tiene a veces la cabeza, que a veces se le va el tino. Viva ya solo para los recuerdos. Una mamá pulpo que va languideciendo, que morirá pronto. No la matará el hambre. La matará el olvido. Maru, que estuvo a punto de ser también una pulpo gigante de California, supo dejar de serlo a tiempo, supo volver a alimentarse porque aún le quedaba Yeray y a Yeray había que sacarlo adelante y se merecía una vida y se merecía una madre que estuviera ahí, cuerda y firme para él. Por eso supo sobreponerse, ocultarle el dolor, enterrarlo (como yo lo enterré en el trabajo, en la bebida y en las putas) en las horas y horas de terapia que yo no quise hacer. Supo volver a ser persona para poder ser la madre de Yeray. Yeray no había hecho nada para merecerse que su madre se quedara callada y hecha ser para la muerte, ahí, en el fondo del mar, donde están las llaves. Yeray vivió esa desgracia como la vivimos todos. Necesitaba superarla. Necesitaba a Maru. Me necesitaba a mí. Pero conmigo no pudo contar. Así que Maru supo ser madre y padre por los dos. Supo tirar para adelante con los dos ovarios que Dios le dio, supo abandonarme a tiempo, dejarlo todo y volverse a la capital con el chiquillo, conseguir una plaza allá y rehacer su vida para darle a Yeray todo lo que necesitaba. Gracias a ella, el pibe es hoy lo que es y será mañana lo que será. No gracias a mí, que me porté como un machango. Por

eso no me puedo quejar si no llama, si no se acuerda de mí, si de mí solo le importa el dinero. Merecido me lo tengo. Aunque joda, que sí que jode, y no poco. Si Gabi estuviera aquí, todo sería distinto. Ese sí me quería. Gabi como yo. Gabrielillo, le decía Maru, porque así le recordaba a Pérez Galdós, decía siempre. Yo le decía Gabi. A veces Yeyé. También la abuela. Sí, ese me quería. Todo el día conmigo. Pegado a mí. Veinticinco. No: veintiséis. Veintiséis años tendría ahora. Y no se habría ido. Ahora se van tarde de casa. A lo mejor habría vivido aquí. O le habríamos arreglado una casita allá atrás, en el alpendre, para que tuviera intimidad. Iría y vendría, pero no dejaría de estar con su viejo. Me llamaría así: viejo. Con cariño, como yo al mío. No como Yeray, que me dice Pa. Me dice Pa como si le costara decir la palabra completa, como si siempre estuviera demasiado cansado para decirla. Si Gabi estuviera, viviría aquí. Si Gabi estuviera, probablemente todos vivirían aquí y la familia no se habría ido a la mierda como se fue. No sobrevivimos a aquello. ¿Cómo se sobrevive a algo así? Maru murió y resucitó. Supo inventarse una vida nueva. Una vida nueva para ella y para Yeray. Yo no, no supe hacérmela, me he dejado llevar por la puta inercia. Y Gabi. Gabi me seguía a todos lados, estaba siempre conmigo, se dejaba enseñar a volar la cometa, a montar en bici, a pescar. Lo enseñé también a nadar. Gilipollas: lo enseñaste a nadar. Te tienes que saber defender, le decía. Su barriguita sobre mis manos en el agua. Su barriguita morena, sostenida en mis manos mientras él chapoteaba. Yo creía que le hacía un bien. Lo he pensado mucho: los enseñas a nadar para que no se ahoguen. Pero la verdad es que la gente se ahoga precisamente porque sabe nadar, porque se adentra más allá de donde no hace pie, porque confía en su capacidad para no ahogarse. Y ahí viene el calambre, el cansancio o la marea que te arrastra y te va alejando de la costa y te va dejando sin fuerzas, por mucho que luches. Gritó, seguro. Seguro que gritó y pidió ayuda. Seguro que cuando se vio arrastrado, cuando supo que ya no había remedio, gritó y lloró. Pero cómo saber si un niño está llorando bajo el agua. Cómo distinguir el llanto de un niño en el fondo del mar. Y si ese niño no llora, si ese niño se ríe, si suelta una de sus risotadas francas que alborotaban el mundo, cómo saberlo. Pero él no se rio. Sé que no se rio. Maldita sea la hora en que lo enseñé a nadar. Maldita sea la hora en que fuimos ese día a la playa. Maldito sea el encuentro con Verhaereen. Porque el puto belga apareció allí con su familia, y yo creí que era un buen momento para tratar un par de temas con él y les di permiso a él y a Yeray para que fueran con los hijos de Verhaereen a bañarse, para quitarnoslos de encima, para que se dejaran de dar el coñazo mientras el belga y yo tratábamos de negocios, aprovechando que Maru y la mujer de él habían pegado también la hebra. Cinco chiquillos (los dos míos y los de Verhaereen) jugando en la orillita. ¿Qué podía pasar? Podía pasar que Gabi quisiera presumir con ellos de que lo había enseñado a nadar. Podía pasar que Verhaereen tuviera una niñita rubia y linda, una rubia pecosa de ojos azules de la misma edad de Gabi, y que él quisiera echarse el pisto delante de ella. Podía pasar que se fuera hacia dentro mientras sus padres se dedicaban a hacer vida social, a quedar bien, a hacer negocios con el mierda del flamenco. Y que casi no hiciéramos caso al principio cuando Yeray y la rubita vinieron gritando. Y que cuando lo hicimos y corrí al agua ya fuera tarde, ya no hubiera tiempo para nada. En el fondo del mar. En el fondo del mar está mi niño. Mi niño que tenía una risa franca como no la ha tenido nadie. Mi niño barriguita de piel suave y morena. Mi niño de pelo crespo y negro como el de su abuelo. No está realmente en el fondo del mar. Lo sacamos. Lo sacamos y un

socorrista me lo arrancó de las manos y lo estuvo intentando reanimar, mientras Verhaereen y un par de tipos que andaban por allí tenían que agarrarme a lo bestia porque yo quería arrancarle la cabeza al socorrista, yo solo quería que soltara a Gabi, arrebatárselo y hacerlo vivir. Le dije de todo al pobre hombre y casi le doy una piña. Y él y otro que vino enseguida estuvieron mucho rato intentando hacer que Gabi respirara. Pero ya no volvió a respirar. No volvió a respirar nunca. Ya era tarde para todo. No está en el fondo del mar. Está en un nicho en el cementerio y yo nunca voy a verlo. Nunca voy porque prefiero guardarlo aquí, en el centro del pecho, en el centro de la cabeza. Y quiero pensar en él riéndose, con aquella risa que lo alborotaba todo. Aquella risa franca que era río en el que navegaba el mundo. La risa de mi niño. La risa de un niño es la risa de todos los niños. Y quiero pensarle el pelo. Y la piel de la barriguita en el agua sobre mis manos. Pero nunca logro pensarlo así. Siempre acabo pensándolo bajo el agua, preguntándome si gritó, si lloró. Preguntándome si alguien habría podido saber si lloraba en el fondo del mar. Si las lágrimas de un niño son algo en lo profundo del océano.

Mi vieja aún reza por Gabi. Reza por él como reza por mi viejo y por Feluco. Por su Rafael, por su Juan, por su Yeyé. Su angelito dormido que la está esperando, me dice a veces. La viejita con sus cosas. Siempre con la COPE y con el ángelus. Creo que es la única que sigue creyendo en algo. Dicen que la fe es consuelo. Cuando se te muere un hijo no hay consuelo que valga. Vale, a ella se le murió Feluco, pero Feluco tenía ya dos hijos a medio criar y una vida vivida como le salió de la polla y la mitad de la producción anual del ron Arehucas entre pecho y espalda cuando se desriscó con el Suzuki. Pero a Gabi, a Gabrielillo, ¿de qué le dio tiempo? ¿Qué cosas malas le dio tiempo a hacer si apenas tuvo tiempo de hacer nada? Yo voy a las procesiones como autoridad y como autoridad aparezco en las fiestas del patrono y en las de la Virgen, porque en San Expósito aún hay muchos creyentes o mucha gente que dice que lo es, pero, qué coño, nunca creí demasiado en Dios, y después de aquello mucho menos. Dios, ese Dios en el que sigue creyendo mi vieja, no puede existir, y, si por un casual de los casuales existiera, sería un completo inútil, un inepto que deja morir a los niños. Y yo no rindo cuentas ante ineptos. Es una putada, porque sí, se supone que la fe es consuelo. Si yo creyera, a lo mejor me cabría algo de ese consuelo en el que se refugia mi viejita. Ahora mismo, por ejemplo, si creyera, podría pensar que el fin no es el fin, que es solo un nuevo comienzo. Que hay algo parecido al alma. Que después de palmarla iré a otro lado y que allí estará mi niño esperándome. Que estaremos siempre juntos, él siempre niño y yo siempre padre, su viejo, su viejito. Que a lo mejor mi viejo y su tío Feluco me lo han estado cuidando mientras yo llegaba. Sería cojonudo, encontrarme con mi viejo y enseñarle adónde llegué. Y volver a ver a Feluco y olvidarnos de todo lo que pasó. Estaríamos siempre juntos los cuatro y allí siempre sería domingo y enseñaríamos a Gabi a jugar al tejo, al dominó, a la baraja. Mi viejo le mostraría cómo se levanta un tabique a plomada o se echa un techo y Feluco lo haría ayudarlo en un huertito donde nunca se bicharían los tomates. Y yo los miraría desde el patio, a la sombrita, echándome una cerveza fresca, oyendo la risa de Gabrielo al encontrar una cochinilla y ponerse a jugar con ella. Es un cuento lindo. Sería un cuento lindo. Pero no sería más que un cuento. Yo me voy a morir. Yo me *estoy* muriendo y, cuando lo haga por fin, cuando deje de respirar del todo, si es que no lo he hecho ya, no habrá otra vida. *C'est fini. Rien de rien.* Te dieron matarile, Gabrielo, no en el fondo del mar, pero, aunque estés en seco, la asfixia es la misma. Lo que jode no es eso. Lo que jode es no saber quién cojones son el ronero y el de los porros, por qué yo, por qué así, por qué ahora. No saber si lo de la bolsa fue un olvido, una chapuza o algo hecho adrede. No saber si venían por cuenta propia o por encargo. Eso es lo que de verdad me toca los huevos: todo lo que no sé, toda esa ignorancia. En serio: ¿te tomas la molestia de asaltar a un tío en su casa y te conformas con robarle lo que lleva encima? Ya que estás ahí, ¿por qué no buscas otras cosas

de valor? No sé, joyas. El mismo cuadro que hay disimulando la caja fuerte es un Tàpies. Algo valdrá, ¿no? Si se hubieran fijado en el cuadro, habrían visto la caja. Y entonces se habrían puesto avariciosos, me habrían querido sacar la combinación. Y yo habría podido negociar con ellos, darles la combinación a cambio de que ellos abrieran un agujero en la bolsa. Por supuesto, siempre habrían podido sacarme la combinación a hostias, pero eso les hubiese llevado más tiempo y esfuerzo. Les habría salido más barato cambiar un agujero de mierda en una bolsa de plástico por la combinación de una caja fuerte petadita. No. No venían de parte de nadie. No podían venir de parte de nadie. Cualquiera de los que los hubiesen podido enviar aquí sabría que lo más importante está en esa caja. Hace años que la compré, pero no le di un uso de importancia hasta después de lo del año pasado. Claro, dinero y los pelucos. Pero el dinero y los pelucos pueden guardarse también en la caja de seguridad de un banco. Lo que tengo ahí, desde el año pasado, conviene no tenerlo en ningún otro sitio. Y hasta aquí me parece un riesgo, porque, si vuelven a montar una como la que montaron, de repente se presentan con una orden de entrada y registro y me hacen vaciarla delante de ellos. Y entonces sí que nos jodemos todos. Se lo dije a Chago, ahí más allá, hace un par de meses. Se lo consulté como se lo consulto todo. Al principio no entendió. Se quitó las gafas y me miró con los ojos redondos. ¿Me estás diciendo que tienes en casa cosas que te comprometen, alcalde?, me dijo. Entonces le expliqué que me comprometían a mí, pero también a todos los demás. Todo lo que hemos hecho en los últimos años, Chago, le dije. Hay un par de carpetas de documentos, pero también un *pen drive* y varios cederrones. Pero ¿por qué guardas todo eso? Porque más vale un por si acaso que un si lo llego a saber. Eso fue lo que le contesté. Después le fui explicando que en los últimos años, desde lo de Tano, entendí que había que trincar bien por los huevos a todos los que tuvieran bisnes con nosotros, asegurarse de tener dinamita para meterle mecha si alguno quería hacernos mal o irse de la lengua. Me dijo que sí con la cabeza como veinte veces mientras yo le contaba cómo había ido guardando una pequeña prueba de cada transacción: anotaciones, registros de transferencias, números de cuentas corrientes. Incluso una especie de diario de los pagos en metálico. Eso no es dinamita, dijo al fin, eso es una bomba nuclear, pero no puedes detonarla a distancia: arrasará con todo, incluido tú. Puede ser, dije, pero si yo caigo arrastro conmigo al que me intente poner la zancadilla. La cosa es: ¿se te ocurre algún buen sitio donde guardar todo eso que no sea la caja de seguridad de un banco? Me sugirió su propia casa. Dámelo a mí, me dijo. Yo lo puedo guardar. Y entonces algo se rompió. O, si no se rompió, comenzó a doblarse un poco, porque yo me callé y dije que no con la cabeza y Chago, sin que yo lo dijera, entendió que, aunque él sea el tipo del que más me fío, aunque sea mi consejero, mi mano derecha, mi hombre de confianza, en realidad está en la lista de aquellos que podrían llegar a intentar traicionarme. No por ambición, porque Chago sabe que le va mejor conmigo manejando el cotarro, sino porque, en el caso de que vayan a por él, necesitará darles algo para salvar el culo. No insistió. Pareció pensárselo un rato más y después me dijo Por ahora, supongo que el mejor lugar es ese. Pero deberías andarte con ojo: si ves que te van a saltar encima, cámbialo de sitio; dámelo a mí o a Alfredo o a Tato. Ahí quedó la cosa en ese momento, que, ahora que lo pienso, fue un momento de debilidad. Y sin mucho sentido, porque luego he pensado que, al fin y al cabo, es el mejor sitio, que esa consulta a Chago fue gratuita: si deciden ir a por mí en serio, si deciden entrar y registrar, es precisamente toda esa documentación lo que me

puede acabar garantizando que la Fiscalía me trate bien, porque entonces yo podría llegar a un acuerdo con ellos. Casi me estoy viendo en el despacho del juez Vega, por ejemplo, o en el de la jueza Espinosa y con el fiscal que toque, con Alfredo diciéndoles que su cliente se ofrece a explicar y ampliar todo lo que hay en esos archivos, esperando que, a cambio, su señoría y el ministerio fiscal sean benévolos con él. Sé que a Chago le jodió que no confiara en él. Sé que le jodió que lo incluyese entre los posibles enemigos futuros. Pero también sé que es un tío que entiende cómo va el juego. Es más: estoy seguro de que él acumula también material suficiente para defenderse llegada la ocasión. Como hice yo con el Viejo.

El Viejo fue un segundo padre para mí. No digo yo que me importase más que el verdadero, pero si me miro a mí mismo, si miro cómo soy, cómo me comporto, adónde he llegado, entiendo fácilmente que en mí pesa más lo que me enseñó Colacho que lo que heredé de mi viejo. Me hizo estudiar, me metió en el partido cuando era el centro, luego cofundé con él el PISE y fui medrando a su vera, copiándole las mañas como se las copiaba a Feluco cuando éramos chicos. De él aprendí a tener contentos a todos los que sea posible, a hacer favores solo a gente que podrá devolverlos, a defender los intereses de la gente que interesa, a convertir en asuntos generales mis propios asuntos, a acariciar con una mano y retorcer con la otra. Y aprendí a convertir el rencor en paciencia, a esperar en la bajadita a aquellos que habían creído vencerme. Hasta aprendí a dar los discursos como él. A trabajar de memoria, sin papeles, a que pareciera siempre que improvisaba mis intervenciones, volando por encima de todo pero con los pies en la tierra, mientras me mostraba como un hombre del pueblo cuando me echaban en cara mis privilegios y defendía, al mismo tiempo, una excelencia ganada con esfuerzo, empezando desde abajo. Él no presumía jamás de ser nieto de la Condesa, pero me enseñó a presumir siempre de ser hijo de Juan el Albañil. Presume de eso, mi hijo, porque eso es para estar orgulloso, me dijo muchas veces, sobre todo al principio, cuando yo me acomplejaba ante Padilla o Perdomo. ¿Cuántos de los hijos de puta a los que te enfrentarás en elecciones pueden presumir de ser hijos de trabajadores honrados? Algunos te intentarán echar en cara tu origen. Sácalo tú antes y restriégaselo por la cara. Sí: un segundo padre, el Viejo. Estuvo siempre ahí, apoyando. Puede que fuera porque sus propios hijos no le caían bien y prefería ocupar su hueco con Tano, con Saulo y conmigo. Sobre todo conmigo. Como si viera en mí algo que le recordaba a sí mismo. Como si le hubiera llegado al alma aquello que le dije aquella vez, lo de que yo quería ser como él. Me adoptó. Eso es. El Viejo me adoptó y me convertí en el preferido de los Cachorros de Colacho, en el primero, en el tipo irremplazable allá donde todo el mundo es prescindible. Nunca lo dijo con esas palabras, pero yo fui entendiendo que era el elegido para perpetuar su legado. Y, así y todo, había algo más. Cariño. Cariño de verdad, en la relación del Viejo conmigo. Cuando lo de Gabi, fue el primero en llegar al tanatorio, después de decretar luto oficial en todo el municipio. No fue la clásica visita de hacer acto de presencia, acompañar media hora y marcharse. No: se quedó todo el tiempo allí con nosotros. Su mujer vino solo un rato, con los hijos. Saulo también se pasó y se fue una horita después. Incluso Tano no estuvo más que un par de horas. Pero él permaneció todo el velatorio con la familia. Y al día siguiente, tampoco se nos separó. Portó el ataúd, aquel pequeño ataúd blanco, con Feluco, con Tano y conmigo. Y después, mientras el cura hacía el responso, mientras se escuchaban las paletadas de mortero que el sepulturero daba para sellar el nicho, mientras sentíamos la dentera

del arrastrar de la cuchara por la lápida, le echó un brazo por encima a mi vieja, que se quebraba y que ya no tenía a mi padre para consolarla. Esa fue la única vez que lo vi llorar. Con un llanto quedito, sin ruido, sin sollozos ni aspavientos, pero con lágrimas de verdad. Sí, el Viejo se portó bien conmigo. Fue un buen amigo de los de verdad. Un padre. En esa y en otras muchas ocasiones. No puedo echarle nada en cara. Pero la vida es como es y la vida política es más como es que la vida en general. Y llegó un momento en el que el ciclo del Viejo se había agotado, pero él no había sabido entenderlo. Ocurrió cuando nos dimos la hostia y salió por mayoría la derecha y Alzola se convirtió en alcalde. Solo conseguimos dos actas de concejal, que ocuparíamos Colacho y yo, los primeros de la lista. Y Alzola no necesitaba pactar ni con nosotros ni con nadie para gobernar el ayuntamiento. Lo normal: la derecha ya gobernaba en el país y se lo estaba quedando todo. Ellos decían en campaña que iban a más y tenían razón. Aquello fue como cuando lo de Padilla y los socialistas y el Viejo lo quiso gestionar más o menos igual. Pero esta vez no se reunió con los otros. Esta vez no estaban Saulo y Tano, porque nos fuimos temprano del Hotel de la Condesa, después de citarnos todos para una reunión al día siguiente en la sede del partido. Y yo lo acompañé a su casa y me dijo que entrara, que teníamos que hablar para preparar lo del día siguiente, y al final solo nos vimos él y yo delante de la botella de whisky, que esta vez era Cardhu, en la terraza del patio de atrás, donde tenía la piscina y la zona para hacer los asaderos. Y entonces me empezó a decir que había que ponerse las pilas, que teníamos que socavar a Alzola como habíamos hecho con Padilla, que había que hacer labor de zapa de la misma manera, solo que ahora no podíamos jugar la carta de montar un partido nuevo. Podíamos cambiar el nombre o las siglas, pero tanta cambiata no iba a funcionar bien. Había que pensar en algo. No sabía bien en qué, y por eso me necesitaba. ¿Qué hacer? ¿Buscar gente nueva? Porque a lo mejor Saulo y Tano estaban ya muy vistos. Tano se podía salvar, pero Saulo no caía bien. Yo lo dejé hablar mientras pensaba en soluciones. Tenía razón en que el partido se había quedado rancio, en que hacía falta un relevo. Pero yo tenía claro a quién había que relevar, sintiéndolo mucho. Las cosas como eran: la época de Colacho Umpiérrez se iba acabando. Y yo estaba buscando una forma de decírselo mientras el Viejo planeaba en voz alta relevos generacionales que no le afectaban a él, que era precisamente el que pertenecía a la generación que había que relevar. Siguió con la cantinela de siempre, aquello de que hay que rodearse de gente joven. Y ese fue el momento que elegí para decir algo desagradable, algo que al principio no entendió bien y que, cuando al fin comprendió, le hizo daño. No hay que rodearse de gente joven, Colacho: hay que hacer que la gente joven esté al frente. Se me quedó mirando, se echó de un trago el whisky que le quedaba en el vaso y volvió a servirse. Sabía que tenía que llegar este momento, dijo luego, pero no creí que fuera a llegar tan pronto. Yo no podía verle la cara, porque quedaba a contraluz del foco de la fachada, pero noté cómo se encogía, cómo adelgazaba y perdía centímetros, como si su talla física dependiera de su valor político, que, tras lo que yo acababa de decir, había descendido de pronto hasta mínimos históricos. Vale, Gabrielo, la gente joven tendrá que ponerse al frente, dijo, pero ¿quién es la gente joven? No respondí y él siguió hablando. Supongo que tú mismo. Volví a responderle con el silencio. Claro, supongo que cuando hablas de la gente joven te refieres a ti mismo. Continué callado. Colacho empezaba a ponerse sarcástico y aquella conversación a convertirse en algo penoso. Entonces, Gabrielo, lo que me propones es que yo mañana me

presente en la reunión y diga que ya se ha cumplido un ciclo, que ha llegado el momento de renovar el partido, que hace falta sangre nueva. Y que diga que me retiro, que tomo el acta de concejal, pero que ya no voy a ser el líder del partido y que designo a un nuevo candidato. Que me jubilo, vamos. Él sí que podía verme la cara a mí, así que debió de interpretar correctamente mi alzamiento de cejas cuando mencionó la concejalía. Tomó nota inmediatamente. Ah, no, espera, dijo, lo que quieres es que deje también el acta de concejal y que corra la lista, ¿no? ¿Es eso? Era eso, pero no se lo dije, preferí que siguiese él explicando lo que yo pensaba. Claro que sí, Gabrielo, eso es: tengo que dimitir de todo, irme a casa, para que corra la lista y estés tú con Tano cuatro años haciendo oposición, dando declaraciones, haciéndote notar, currándote el expediente para las siguientes elecciones. O para organizar una moción de censura con los sociolistas y los nacionalistas. ¿No es eso? ¿Es así? ¡Responde, puñeta! ¿Es así? Era así. Era exactamente así. Ese era el plan, lo que yo llevaba ya un tiempo pensando, más o menos desde que empecé a olerme que nos podíamos dar la hostia en esas municipales. Eso era lo que había calculado como posibilidad de supervivencia del PISE: que el Viejo dimitiera, desgastar todo lo que se pudiera desde la oposición, ir organizando una jugada para Alzola con la gente de Perdomo, pero también con los socialistas. Y estos jamás habrían pactado con el Viejo porque se la tenían jurada desde lo de Padilla. Era todo tal y como Colacho lo había entendido. Pero ni afirmé ni negué. Solo me quedé allí, bebiendo y mirando para otro lado. Pues bueno, supongamos que lo hago, prosiguió el Viejo, que me presento mañana en la sede y anuncio que dimito, que lo dejo todo y me retiro y que designo a un nuevo líder, joven pero preparado, que pueda hacer oposición y abonar el terreno para la próxima legislatura. Te parecería bien, ¿verdad? Ahí sí que lo miré, ahí sí que le dije Sería lo más adecuado, Colacho. Una salida digna. Y lo mejor para todos. Para ti también. Te irías como lo que has sido siempre: un caballero. Se rio. Cuando lo llamé caballero se rio. Soltó una carcajada como las que soltaba cuando leía la lista de los tipos que tienen prohibida la entrada al corteinglés. Pero yo no le correspondí porque no me la esperaba y me puso nervioso. Está bien, dijo después, eso exactamente es lo que vamos a hacer. Mañana designo un candidato. Es una suerte que nosotros lo hagamos por designación. Todo es más fácil, más rápido. Mañana lo digo; me planto en la reunión y anuncio que me voy, pero antes designo a alguien que dirija el rumbo futuro del partido, alguien que lleve con nosotros toda la vida, apto, inteligente, de toda confianza. Y tú sabes que se aceptará lo que yo diga sin mucha protesta. Claro que sí, Colacho, lo animé. Aunque te vayas, sabes que vas a seguir siendo el jefe de todo esto. Entonces meneó la cabeza arriba y abajo antes de decir Está bien, se hará como tú digas: voy a proponer como candidato a Saulo. Estuve a punto de atragantarme con el whisky, pero me contuve a tiempo mientras el Viejo me miraba desde el fondo de su oscuridad, probablemente con la sonrisa puesta y fijo que hasta con los ojos de demonio que se le encendían cuando jodía a alguien que había intentado joderlo a él. Y ahí se dio el gusto de seguir hablando. Es lo mejor para todos, Gabrielo. Ya sé que la gente no se vuelve loca con él, pero está conmigo desde el principio, tiene más experiencia que tú y se lleva de puta madre con los socialistas. Da imagen de buen gestor, de tío serio, responsable, que no se casa con nadie. ¿Qué más se puede pedir? El cabrón del Viejo. Un tío bragado. Uno de esos que mueren matando. Ese era su modo de joderme, su plan de contrataque. Y le habría funcionado, porque era un buen plan. Solo cometió un error: tener la soberbia de contármelo. Ese fue su fallo,

porque eso permitió que yo dispusiera de toda una noche para sacar la artillería. Qué digo una noche: un ratito. Y vaya si la saqué. Pero no en ese momento. En ese momento me hice el digno y le dije que de acuerdo, que si eso era lo que quería realmente, designara a Saulo, que nos estallaríamos como pitas pero que a mí ya me daba igual a esas alturas. Le dije eso, le di la mano y las gracias por el whisky, me fui a casa y encendí el ordenador. Le había dicho que me daba igual, pero no me lo daba. El Viejo lo comprendió tan solo una hora después de haberme marchado yo, cuando se preparaba para acostarse y le llegó un SMS mío diciéndole que al día siguiente no fuera a la reunión sin mirar antes su correo electrónico; cuando no pudo esperar y encendió el ordenador y abrió su cuenta de correo y vio el *e-mail* que yo acababa de enviarle; cuando leyó el texto que solo decía Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente y ejecutó el archivo adjunto, que era un clip de vídeo filmado con muy mala calidad pero en el que había una perspectiva casi cenital de su despacho y podía identificarse a la perfección como el tipo que contaba y guardaba los dos fajos de billetes que Gómez, el de la empresa de mantenimiento del pabellón deportivo, acababa de entregarle. Me llamó inmediatamente y se desfogó a gusto cagándoseme en los apellidos hasta que yo aproveché una pausa en la que cogía aliento para decirle que aquello solo era un tráiler, que tenía muchos vídeos más, que si los quería ver él o prefería que se los enviara a Fiscalía o al mismo Padilla, que se la tenía bien guardada y sabría qué hacer con ellos. Me jodió hacerlo. Me jodió tener que usar aquel material que yo había ido guardando los últimos años para protegerme las espaldas, como el propio Viejo me había aconsejado mil veces que hiciera, como él mismo hacía con todo el mundo menos conmigo, porque yo era el único en el que había confiado siempre. Así me lo dijo para acabar aquella conversación, la segunda de la noche, la telefónica, la última conversación a solas que tuvimos, cuando en su voz la rabia se convirtió en tristeza al constatar que me había tratado como si fuera su hijo durante todos aquellos años y que ahora yo le escupía en el nombre. Tú todavía no lo entiendes, Gabrielo; no eres capaz de imaginarte cómo me siento. Pero tranquilo, que ya lo entenderás el día de mañana, cuando te saquen los ojos los cuervos que críes, hijo de la gran puta.

El Viejo fue de los dignos. Después de renunciar y designarme, se fue a su casa. Se dedicó a echarle una mano a su mujer en la inmobiliaria, pero solo con la contabilidad, por hacer algo, por ocupar las tardes. Y siguió haciendo su visita diaria a Casa Boro y la comida semanal en el Bochínche La Estaca. Por supuesto, le hicimos sus homenajes: lo nombramos presidente honorario vitalicio del PISE, le organizamos una cena de despedida con autoridades de toda la isla, y luego, cuando recuperamos la alcaldía, inauguramos la placa en la fachada del ayuntamiento y bautizamos el pabellón con su nombre. Y el Viejo asistió a todas estas cosas como un caballero. Figuró, agradeció discursos, dio los suyos, repartió abrazos y se dejó querer sin que jamás saliera de su boca ni una queja. Joder, ya me gustaría a mí tener ese saber estar. Supongo que por dentro se lo comía la rabia, pero nada de eso se notaba desde fuera, salvo por el hecho de que, cuando no estábamos en público, me negaba hasta el saludo. Una vez intenté hacer las paces con él. Ya había pasado un tiempo y le estábamos montando la moción de censura a Alzola. Pensé que no me vendría mal darle un telefonazo, quedar con el Viejo, echar pelillos a la mar. Ni siquiera descolgó. Después de llamarlo un par de veces, me mandó un mensaje, corto y claro: No me llames más, déjalo estar de una puta vez. Yo no sabía que en esos días ya le estaban dando quimio, que ya andaba jodido, con viajes a una clínica y a otra para intentar salvarse. Aguantó unos meses más, casi un año, pero no se salvó. No murió aquí. Murió en una clínica privada en Barcelona, donde se aferraba a un último intento. Para ese entonces, ya era yo alcalde y decreté luto oficial en el municipio. Fui de los que llevaron su ataúd, como él fue de los que habían llevado el de mi niño. Y, aunque nadie me pidió que hablara en el funeral, sí que estuve ahí, en primera fila, y lloré de verdad, porque la política es la política y los afectos son los afectos y yo tuve que enfrentarme a él, pero al Viejo lo quise mucho. De verdad que lo quise, carajo. Y creo que lo he demostrado después, con todos los homenajes que le he promovido. Aunque se retirara como se retiró, aunque yo le hiciera aquello, en realidad sirvió para mantener su legado. Y su legado es el que puede verse desde la azotea de Gladys, el que yo he ido aumentando, el que un día habrá de continuar la propia Gladys, muy probablemente. ¿Me sacaría los ojos Gladys? Difícil que a mí me saque los ojos uno de los míos. Porque me he preocupado de tener con qué defenderme. Ahí, en la caja fuerte, está todo. Después de lo del año pasado me preocupé de sacar todos los archivos del ordenador y pasarlos a un disco duro. Ahí están. Hay vídeos y audios como para hacer un documental cojonudo. También hay documentos. Pero lo suculento es lo otro, las conversaciones despreocupadas, las reuniones en lugares inhóspitos, los fajos de billetes introducidos en sobres tras ser contados ante el receptor. Ni uno solo de los que trabajan conmigo estaría a salvo si intentara hacerme la cama, porque yo solo tendría que abrir la caja fuerte, conectar el disco a un

ordenador y buscar alguno de los archivos en los que aparece. El único que lo sabe es Chago, y esa es otra de las ventajas: ninguno sabe exactamente cuáles son mis armas, ninguno sabe lo que soy capaz de hacer, pero todos se lo imaginan, porque yo me he ocupado de insinuarlo cuando se ha dado ocasión. Sí, lo he ido dejando caer entre los cachorros en estos meses, desde aquello, lo del año pasado: la Guardia Civil presentándose de pronto en el ayuntamiento y en la sede del partido, con órdenes de entrada y registro dictadas por la jueza Espinosa. Investigación iniciada a raíz de denuncia anónima. Por suerte, los archivos los tenía en el portátil de casa. Cuando vi que entraban y nos sacaban de las oficinas, aproveché para venirme, coger el portátil y llevárselo a Alfredo para que me lo guardara. Lo hice en las mismas narices de los picoletos, que me vigilaban, pero, claro, es normal que uno vaya a ver a su abogado en un caso así, aunque no estuviese detenido ni hubiese aún cargos. Quién se va a fijar en que el portátil con el que entras al bufete de tu abogado no es el mismo con el que sales si la funda es la misma. Luego, en cuanto pasó la tormenta, lo volqué todo en un disco externo. Por aquella época parecía que se nos iba a caer el pelo a todos. Pero fijate tú, aquí estamos. Sí que se armó un lío del carajo cuando el sumario desapareció en el traslado del juzgado. Cosas que pasan, cajas que se extravían, que van a parar vaya usted a saber dónde. Ocurre en todas las mudanzas. El caso es que no pudieron probarle nada a nadie, por muchos artículos malintencionados que salieran en *El Herald*, por más especulaciones que hiciesen los tertulianos de la radio. Esto es así: uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y a nosotros no nos han podido demostrar nada. Ese favor que nos hizo la gente de Boris nos ha salido caro: tres concesiones para casas de apuestas y un cabreo monumental de Berto, pero qué se le va a hacer, ya lo compensaré de alguna manera. En cualquier caso, si podemos seguir haciendo negocios es precisamente porque la causa se sobreseyó, porque si no, ¿de qué? Así mismo se lo expliqué a Berto y al final lo acabó entendiendo, aunque siga cabreado. No creo que intente nada contra Boris. Lo último que nos faltaba era una guerra. Espera. ¿Berto? ¿Puede haber sido Berto? La última vez que hablamos, todo estaba bien, parecía haberlo entendido. Y Berto no es bobo. No se deja llevar por impulsos. Es de los que saben lo que más conviene en cada momento. No, Berto no sería tan idiota de jugárselo todo solo por venganza. A lo mejor no es venganza y es una guerra, el comienzo de una guerra. A lo mejor hay tipos ahora mismo yendo a por los negocios de Boris. Pero no, no es bobo. Nunca se metería en una guerra que jamás podría ganar. Y, sin embargo, a mí me sigue sonando la voz del ronero. Aunque, en todo caso, qué más da. Ya hace mucho que da igual todo.

No digo que haya algo al otro lado. Ni siquiera que haya otro lado. Pero ya no me siento respirar. No me siento desde hace mucho. Desde hace mucho, nada físico. Solo la mente. El recuerdo. Los cuando, los así que, los por eso, los en cualquier caso. Soy mente. Soy memoria. Soy cabeza. Cabeza en bolsa de basura. No sé si respiro, pero no lo siento. Tampoco veo. Intento abrir los ojos y, de hecho, noto los párpados como si los tuviera abiertos, pero no veo absolutamente nada. Antes, al menos, podía ver la nada azul de la bolsa. Ahora ni siquiera es azul. Tan solo es nada. También intento moverme, pero no me muevo. Y, sin embargo, percibo el suelo, el parqué duro bajo el cuerpo. Grito, pero no escucho los gritos. Creo que grito, pero no grito. Cuál es el único pez que pare con gritos, decía el Viejo. El congrio, se respondía él mismo. Y nosotros reíamos, navegábamos el río de la risa, hipócritas, pelotas, ambiciosos, rodeando como hienas al león avejentado. Los pájaros. Sí, los oigo. Sigo escuchando los mirlos, las tórtolas, algún jilguerillo de los que saltan por los árboles del patio. Si aún tengo sentido del oído, es que en realidad no estoy gritando. A ver, me sirven algunos sentidos: el oído, seguro. Y el tacto también. Dicen que el órgano más grande del cuerpo es la piel. Qué cosas. Pero no te pierdas. No te pierdas otra vez recordando documentales. Oído y tacto. El olfato. Huelo el ambientador y el sudor dentro de la bolsa. Y tengo un regusto amargo en el vaho. Acre como el aliento de un cura. Oído, gusto, olfato y tacto. Recitando en el colegio: vista, gusto, oído, olfato y tacto. Vista. No puedo ver. ¿Ciego? Ciego, sí, pero algo más. El cuerpo no se mueve. Y me está pasando algo raro, que no había notado hasta este momento: todo está más ordenado aquí en la mente. Desde que no noto la respiración (y eso ocurre desde hace bastante, pero ¿cuánto tiempo es bastante?), todo se organiza de otra manera. Y hasta pienso palabras que no recuerdo haber utilizado nunca. ¿Estaré en coma? Puede ser. En estado vegetativo. O en el último estertor. Dicen que se ve un túnel, pero aquí no hay túnel. Solo oscuridad. Sonido de pájaros ahí afuera, tras la puerta. También sonido de coches lejanos, que llegan al pueblo o lo abandonan. Y yo aquí muriendo o ya muerto. También dicen que el alma se sale del cuerpo, que va subiendo y ve el cuerpo tendido. No hay nada de eso. Solo tranquilidad, algo laxo y suave, aquí dentro. Blando. Relajado. Ya no preocupación por respirar, ya no preocupación por saber quién hizo esto, ya ni siquiera cabreo. Ya solo paz. Paz indecible. ¿Resignación? No, no es eso. La resignación es voluntaria. Esto es algo que sobreviene, que se te echa encima. Es la muerte. Ahora lo sé. Es el viejo Ya descansó, el viejo Ahora está en paz que nos decimos los unos a los otros para consolarnos. Y sí, es descanso, es paz. Me da igual todo. Pero no me da igual porque no pueda remediarlo, que es otra forma de resignarse. Me da igual porque me da igual. Porque todo es lo mismo y hasta yo formo parte del eso mismo que es todo. Por ejemplo, ahora oigo un coche que se acerca. No un coche que sale o entra del pueblo, sino un

coche que se acerca, que ha tomado la desviación hacia casa, esa carretera que solo conduce hasta aquí. Si hubiera ocurrido antes, hace un rato, cuando hacía esfuerzos por economizar el aire, por respirar, por moverme para liberarme o salir, habría dado palmaditas con el culo. En cambio ahora me da igual. Eso sí: siento curiosidad. ¿Podría ser Nisita? Nunca viene los lunes. ¿Pueden ser el tipo de la voz de ronero y el de los porros, que se lo han pensado mejor y vuelven a por más o a liberarme o a acabar la faena? No creo. Iban en moto. Y eso de que el asesino vuelve siempre al lugar del crimen es tan cierto como que a quien madruga Dios le ayuda. Porque yo madrugué hoy y mira qué mierda. El motor se hace más audible. Ahora está cerca. El coche se va parando. Oigo las ruedas en la carretera ante la tapia. Se para y alguien sale. La puerta del coche se ha cerrado. Luego se ha abierto y se ha cerrado otra puerta de coche, del mismo coche. ¿Son dos? ¿O uno solo, que después de salir ha abierto otra de las puertas y la ha cerrado también? De cualquier modo, el coche está ahí, justo ante la verja de entrada, y alguien se ha apeado de él y está abriendo la cancela. ¡Ha abierto la cancela! O sea, que es alguien que tenía las llaves. ¿Quién tiene llaves de casa? Yeray. Pero Yeray está en Inglaterra. A estas horas, seguramente en clase, escuchando una explicación y tomando apuntes en el ordenador. Ahora se llevan el portátil a clase. Tomando apuntes mientras aquí la espicha Pa. Nisita también tiene llaves, pero ese coche no es el viejo Toyota Starlet del hijo de Nisita. Y se ha parado: normalmente, el hijo de Nisita la deja y se va. El otro que tiene llaves es Chago. ¡Chago! Por una vez, ha querido que fuera puntual y, al no presentarme, se extrañó y vino para acá. O surgió algún problema que hay que resolver de urgencia. Pero es raro que no lo haya intentado primero por teléfono, si había tanta prisa. Y el teléfono no ha sonado. Bueno, ya me lo contará él mismo cuando yo esté mejor. Porque estaré mejor. De esta me salvo. Me lo estoy imaginando: Chago llegando a la puerta, tocando un par de veces, abriendo, encontrándome y llamando sobre la marcha a una ambulancia, a la policía, a todo el mundo. Haciéndome maniobras de reanimación. Será un poco raro que me haga el boca a boca, pero qué se le va a hacer, si así me salva. Después, cuando me recupere, ya me contará y ya le contaré y buscaremos a los dos cabrones que me han hecho esta putada. Chago, querido, menos mal que estás tú ahí. Al fin y al cabo, uno no está tan solo. Escucho ya los pasos. Ha cruzado el camino de grava y ahora está en el porche. Va a tocar, seguro. Pero no. No ha tocado. Acaba de meter la llave en la cerradura. Viene a tiro hecho. Confianzudo ahora de repente, el jodido Chago. No jodido. Bendito. Bendito Chago. Confianzudo en mi beneficio. Esa confianza es mejor que perder el tiempo. Él no ha perdido tiempo. Abre la puerta. La corriente de aire entrando por la puerta antes que él. Y sí, es él. Noto los pasos de los Oxford que lleva los días de diario. Lo oigo cerrar la puerta, caminar hacia mí. Al parecer, no llegué tan cerca de la puerta como pensaba. Da lo mismo, al menos lo intenté. Lo que importa es que Chago camina hacia mí y deja en el suelo algo pesado que llevaba (algo metálico y pesado que suena, cuando lo pone, a acero chocando con acero) y se queda quieto, en pie, justo a mi lado. Pensé que iba a decir algo. Grito. Llámame por mi nombre. Atónito. Inquieto. Inquietud atónita. Pero no dice nada. Está ahí, junto a mí, sobre mí. Lo escucho respirar. Es más, ahora acaba de dar un suspiro, se agacha, se coloca probablemente en cuclillas y posa una mano sobre mi cuello, justo por debajo de donde está ajustada la bolsa de plástico. Noto sus dedos, que, curiosamente, van metidos en un guante fino, de esos de látex. Ya le preguntaré por qué carajo viene a mi casa con guantes de látex. Pero bueno, la cosa es que ahora

está ahí, agachado, seguramente en cuclillas, y ha situado dos dedos enfundados en látex a la altura de mi carótida, buscándome el pulso. Y entonces, cuando lo encuentra, solo dice Mierda.

He pensado que a continuación llamaría al uno uno dos. Pero no. Se ha vuelto a poner en pie, ha dicho Mierda un par de veces más y ha cogido eso que había dejado al llegar, el bulto pesado con el que avanza ahora por el salón, que ha dejado de nuevo más allá, junto al centro de ocio. Al menos eso supongo por las vibraciones, por cómo ha sonado. ¿Qué haces, Chago? ¿Qué cojones estás haciendo? Se va la paz. Se va lo laxo, se va lo blando. Se va porque no entiendo esto que está pasando ahora. Oigo a Chago haciendo cosas. ¿Qué hace? Acaba de descolgar el cuadro. El de Tàpies. Lo está dejando apartado, probablemente sobre la mesa de centro. ¿Se va a llevar el cuadro? No, qué cojones. Ahora está junto al bulto. Se oye un entrechocar metálico, un revolver de herramientas. Claro, el bulto es una caja de herramientas. Saca, está sacando algo. No me jodas, Chago. Tú no, tío. Tú no. Pero sí. Sigo oyendo. Oigo el taladro. El taladro en el que hace unos ajustes, al que tal vez ha provisto de una broca especial, el taladro con el que comienza a perforar la caja. Qué cabrón. Estas habilidades no te las conocía. No sé cuántos agujeros ha hecho ya. Vuelve a la caja de herramientas, trastea otra vez. Está cambiando la broca. Y regresa a la caja. Y vuelvo a oír el ruido del motor del taladro o de la herramienta que esté usando. Ahora es más fuerte, el sonido del metal atravesando el metal. El sonido del motor y del metal, que se quiebran de pronto, con un crujido. Acaba de abrir la caja. Hijo de puta. Vuelvo a oírlo con las herramientas, las está guardando. Un tipo ordenado. Y hay otro sonido, una bolsa, una bolsa de plástico. Ha metido todo en esa bolsa de plástico. Coge la caja de herramientas. Lleva la bolsa también. Pasa a mi lado y vuelve a salir de la casa. Cierra la puerta, cruza el patio, llega a la cancela, sale. Abre el portabultos y mete la caja de herramientas y la bolsa de plástico. Cierra. Parece que puedo verlo, mirando a su alrededor. Parece que lo puedo ver quitándose los guantes, volviendo a atravesar el patio, llegando al porche, entrando otra vez en la casa. Ahora lo siento de nuevo aquí, agachado junto a mí. Oigo el teclear del teléfono. Tres pitidos. El uno uno dos, seguro. Se ha querido salvar el culo, con toda lógica. A lo mejor yo hubiera hecho lo mismo. Y ahora se apiada. Se ha apiadado de mí. Al final, Chago no es mal pibe. Mira por sus intereses como yo por los míos. Pero no es mal pibe y es capaz de sentir piedad, compasión. Eso es lo que nos hace humanos, ¿no? La compasión. Ahora habla al teléfono. Llamo desde casa de Gabriel Sánchez Santana, dice. Vengan pronto, por favor, dice. Lo tienen que haber asaltado, dice. Vengan pronto, por favor, vengan, dice. Me lo he encontrado muerto, dice. Después dice más cosas, pero ya no les presto mucha atención. Da su nombre, pero yo no presto atención. Dice la dirección exacta, pero yo no presto atención. Dice que así lo hará, que no tocará nada, pero ya no presto atención, porque Chago acaba de decir que estoy muerto, que me ha encontrado muerto. Y yo no estoy muerto. Estoy casi muerto, puede que en coma, puede que casi en la paz de la muerte, pero no estoy muerto.

Puedo oírlo a él, puedo sentirlo ahí, al lado, poniéndose otra vez en pie para guardar el móvil que acaba de apagar. Lo siento agacharse otra vez sobre mí. Y a todo esto, ahora me pregunto por qué traía ya la caja de herramientas, por qué venía preparado con las herramientas, con los guantes puestos. Y me pregunto por qué, entre tantas cosas raras que ha hecho al llegar, no ha hecho la más lógica. Porque si yo me encontrara a alguien en las condiciones en las que estoy yo, antes de nada, antes incluso de tomarle el pulso, rompería la bolsa. Pero él no ha hecho eso. Él me tomó el pulso. Luego despanzurró la caja, se llevó las cosas, volvió y llamó a emergencias. Pero no ha roto la bolsa. Y entiendo, de golpe, que esas preguntas que me hago son preguntas bastante inútiles; que, más que preguntas, son un mecanismo de defensa contra el horror de lo evidente, igual que el dilema entre si estoy realmente muerto y de verdad hay algo más allá o, por el contrario, no estoy muerto pero voy a estarlo enseguida. Porque ya sé que no voy a tener que especular para decidirme por una de las dos opciones. Y es que Chago acaba de dejarme claro que va a ser la segunda, que no estaba muerto, al menos no muerto del todo, pero voy a estarlo inmediatamente. Y no me lo ha dejado claro hablando. Lo ha hecho solo con un gesto, un simple gesto. Ese gesto que no he visto pero que ahora noto: el de sus manos sobre la bolsa, presionando la nariz y la boca por las que aún pasaba un tenue flujo de aire. Ahora sí que se va alejando todo: el sonido del esfuerzo de Chago, sus manos en mi cara, sus dedos cerrados en torno al plástico, atenazándome la nariz, apretándome los labios, la dureza del parqué, el frío que entra por la puerta entreabierta. Puede que sí, que, en definitiva, hubiese un agujero en la bolsa. Pequeño. Pequeñito. Un hilito de aire. Suficiente para no morir. Insuficiente para vivir. Pero en definitiva es definitivo, ya da igual, ya se va alejando todo, ya no noto nada. Ni me resisto ni me muevo ni querría ya cambiar nada de todo eso. Y, ahora sí, ahora ya todo igual. Ahora es la hora. Ahora es ahora. Ahora para siempre.

Ahora es ese momento que llegó antes hace mucho y no ha llegado todavía y no llegará nunca, y antes y nunca y todavía no significan nada porque en este momento que es ahora los momentos no existen, porque ahora el tiempo nada es, todo es ahora y ahora es este instante infinito. Sí hay algo después. Pero después también es ahora y tampoco es nada en esta abolición del tiempo que es la eternidad. Eso es lo que es el no ser: eternidad. El filósofo que dio la conferencia, cuando ya nos habíamos tomado el tercer whisky, me dijo que si un ente es infinito, nada existe en el universo salvo ese ente, porque su infinitud implica necesariamente que ese ente *es* el universo. Lo dijo acerca de Dios, pero vale para cualquier cosa de la que se diga que es infinita. Un momento eterno no es más que un momento infinito. En este ahora mío están todos los momentos. Y el filósofo no dijo eso hace muchos años, lo está diciendo en este instante, lo dirá mañana, aún no lo ha dicho. El tiempo nada es. Y tampoco el espacio. Ni cualquier otro de los límites. La cognoscibilidad. Yo nunca habría podido pronunciar la palabra cognoscibilidad sin atragantarme. Ahora no solo me la digo una y otra vez, sino que sé lo que significa. Todo es conocible por mí ahora. Porque ahora nada soy. Y cuando no se es nada se es todo, se forma parte de todo. Ahora sé cosas que no debería saber, veo cosas que no debería poder ver, oigo palabras que jamás se pronunciaron en mi presencia. Por ejemplo, veo a un hombre bajito de cabello ralo que un día fue rubio, un tipo gris con camisa de cuadros y bigote y gafas. Un tipo que acaba de volver a su mesa en los juzgados después de recibir instrucciones de su jefe, cuya jefa es a su vez la jueza Espinosa. Lo veo meter una carpeta en el cajón y decir a sus compañeros que baja a tomarse un café. Lo veo salir del palacio de justicia y cruzar entre el tráfico de la capital. Lo veo pedir un café con leche y una pulguita de tortilla con pimientos que luego le aflojará el estómago. Lo veo comer en la barra del bar, en el que hay demasiada gente como para que nadie se fije en nadie, y enviar un mensaje con el móvil. El mensaje dice que el miércoles próximo habrá un registro. El destinatario responde preguntando dónde y el funcionario escribe que en todos lados, empezando por la casa de quien él sabe. Lo que veo se vuelve verde como la máscara de la aplicación que usa el funcionario. Se vuelve verde y es el verde de la misma aplicación en el teléfono móvil del destinatario del mensaje. El destinatario es Chago. Chago que está junto a mí en una reunión. Chago que borra los mensajes del funcionario y continúa pendiente de lo que yo le digo a Manolo Padrón, el representante de los pequeños y medianos comerciantes locales. Me reconozco en esa reunión, escuchando sus reclamaciones, prometiéndole que tomaré buena nota, diciéndoles a Chago y a Pedro (solo para que Manolo me oiga) que habrá que analizar el asunto con detenimiento, antes de despedirme de Manolo, que se va contento con mi apretón de manos, con mi abrazo, con mis recuerdos a su mujer, acabando esa reunión que tuvimos el jueves, hace ya cuatro días, pero que

estamos teniendo ahora y aún no ha comenzado. Y me veo después de la reunión en Casa Boro tomando el aperitivo con Chago. Y ahora me pregunto por qué Chago no me lo dijo, por qué no me dijo que el miércoles siguiente habría una entrada y registro. Pero me lo pregunto solo un momento, porque sé perfectamente por qué. Y lo veo luego, al atardecer, yendo a las casas baratas del barranco del Muerto, tocando en casa de Vicente, al que todos llaman Tente el Animal. Y Tente abre y es el tipo con la voz de ronero. El tipo al que nos hemos encontrado alguna vez por el pueblo y nos ha saludado, a mí con respeto y a él con familiaridad, porque es primo segundo suyo y ya vivía aquí antes de que Chago viniera a trabajar conmigo y se siente importante al tratar así en público a su primo de la capital, su primo el poderoso, su primo el Cachorro de Gabrielo, que míralo ahí, cómo ha hecho carrera, y por eso lo trata de ese modo confianzudo, como si así compartiera algo de su poder, algo de su importancia. Y entonces Tente y él fuman porros y hablan de cómo ha de hacer Tente lo que tiene que hacer. Y ya no quiero ni escuchar, porque sé perfectamente qué es lo que ha de hacer, lo que hizo, lo que está haciendo Tente ahora mismo, junto con Rayco el Chino. Han saltado la tapia con sigilo y están esperando a que salga, ahí, agazapados, con un cuchillo y unas bridas y una bolsa de basura. Y tampoco me apetece meterme otra vez en casa con ellos, ver cómo me avasallan, cómo hurgan en mis cosas, cómo me dejan así en el sofá para que me muera. Prefiero ver lo que no vi, verlos salir corriendo, saltar nuevamente la tapia, coger la Derbi que han dejado apalancada fuera y arrancar a toda mecha hacia el pueblo, que atravesarán camino del pico Tenesor, no lejos de lo que fue la casa de abuelo, ese solar con unas ruinas a las que ya no va nunca nadie. No me interesa cómo repartirán el dinero, en qué se lo van a gastar. Lo sé, pero no me interesa. Prefiero ver a Chago haciendo la pantomima delante de la policía, delante de la gente de la ambulancia, delante del juez cuando llega para levantar el cadáver. Y hasta hay cosas que me hacen gracia. Me hace gracia, por ejemplo, ver el disgusto que se lleva la jueza Espinosa cuando se entera de lo mío. Su disgusto no es por mí, claro está: ella presume de cristiana, pero en realidad le da igual lo que me haya pasado. Es porque supone una contrariedad, porque las actuaciones judiciales se le han ido a la mierda, porque yo era su principal investigado y ahora tendrá que sobreeserlo todo o empezar de nuevo y construir otra causa, después de un año de trabajo y de emplearse a fondo. Y todo porque no sabe que tiene un topo en su propio juzgado, porque no sabe que uno de los oficiales de su secretario, el mismo oficial que imprime sus autos y que a veces es el encargado de trasladarlos a la policía o la Guardia Civil, es amigo de toda la vida de Chago, quien además le paga bien cuando hace falta. Pobre mujer. Pobre rubia teñida. Pobre pequeña tirana que tendrá que conseguir otro látigo, otra espalda que azotar. Un día le tocará azotar la espalda de Tente el Animal. Un día, exactamente dentro de cuatro años y veintitrés días, instruirá una causa contra Tente por robo con fuerza en las cosas y homicidio, más otro homicidio en grado de tentativa, y lo juzgará con severidad, dictando la sentencia más dura posible gracias al veredicto de un tribunal popular. Y ese día se irá a casa con la satisfacción del deber cumplido y lo celebrará tomándose media botella de vino y haciéndose un dedo, porque su marido la habrá abandonado seis días antes. Pero prefiero volver a Chago y ver el chalé que se ha construido en las afueras del pueblo, no lejos de mi casa. Verlo ahí, en la piscina, con las dos chicas rubias que parecen hermanas gemelas pero no lo son, porque las hermanas no se comen la boca ni se meten mano, compartiéndose con el asesor del ayuntamiento,

con el tal Chago, que no solo paga el chabolón y la priva y la coca, sino también sus servicios, que baratos no son. Ver cómo una de las chicas propone que vayan adentro, a la casa, al dormitorio, y cómo Chago responde que prefiere que se queden allí, que no hay vecinos y que, si los hubiera, le daría exactamente lo mismo, porque él hace siempre lo que quiere y la gente se la suda. Verlo tan seguro, tan contento, tan dueño de sí mismo. La verdad es que está mejor así que conmigo. Porque le va muy bien asesorando a Gladys. Gladys, que es alcaldesa y rige la ciudad como yo la regí durante años, como el Viejo la rigió antes de mí, como la regimos ahora, al mismo tiempo, el Viejo y Gladys y yo. Porque ahora es ahora. Y ahora Gladys hace los mismos chanchullos, vende las mismas contratas, acepta los mismos sobornos de siempre y algunos nuevos, como hice yo, como hago yo, como haré yo. Y veo a Gladys cenando con Pepe Juan y los niños en La Balalaika de Lara el último domingo de un mes de dentro de mucho tiempo, y excusándose para ir al baño. Y la veo encerrarse en el retrete y agacharse para meter la mano por detrás del váter y sacar su paquetito, su sobre envuelto en plástico, que va a parar al interior del bolso de Gucci que la empresa de los belgas le regaló en las últimas Navidades.

Así que había algo al otro lado. Pero no era ese paraíso en el que creía mi madre, ese lugar en el que nos encontramos con los muertos. Al contrario: lo que hay al otro lado es la posesión completa de la vida, la omnisciencia absoluta de lo que ocurre a los que están vivos, a los que un día vivirán, a los que alguna vez vivieron. Y esa omnisciencia dura solo un momento. Un momento que es ahora y es eterno y se sitúa, por tanto, fuera del cómputo del tiempo y el espacio. Por eso he visto a Gladys y a la jueza y a Tente y al oficial del juzgado y a Chago y a las dos chicas rubias que podrían ser gemelas pero no lo son. Porque lo veo todo y lo sé todo en esta eternidad hecha segundo. Sé a mi madre, a mi viejita, allá, en la residencia, dejando el puzle, apagando la radio y saliendo al jardín, sentándose en un banco junto a un anciano de aspecto pulcro y que lleva pintada la bondad en el rostro, charlando con él sobre lo bonitos que están los pensamientos del parterre de enfrente y la suerte que tienen de que en el jardín haya damas de noche, porque su olor los hace sentirse en casa. Sé que ese anciano, del que nunca me habló, es uno de sus consuelos y sé que ella se siente niña otra vez cuando piensa en ese ratito de cada día en el que conversa con él. Sé a Maru saliendo de dar clase en el colegio de la capital donde tiene plaza hace años, rodeada de viviendas de patronato y niños que serán mejores gracias a ella. Y la sé contenta pese al cansancio, pese a las pequeñas frustraciones, los problemas de presupuesto, la mala gestión. La sé satisfecha cuando tres críos pasan junto a ella mientras se mete en su coche y le dicen Hasta mañana, seño, con ese canturreo de los niños cuando están de buen humor. Sé a Andrés esperándola en casa con la comida hecha, contento de salir siempre un poco antes del trabajo para poder disfrutar de su compañía a la hora de almorzar. Los sé a ambos comiendo y contándose cómo les ha ido el día, fregando juntos los platos antes de que él se vuelva a su oficina y ella descansa un poco para, al atardecer, antes de que él regrese, corregir trabajos durante un par de horas. Y la sé feliz con esa vida aunque ella no sepa que lo es. Como no sabe, no puede saberlo, que en ese mismo instante Yeray acaba de conocer a Maudy, una inglesita pelirroja que es la mujer con la que acabará viviendo y con la que acabará casándose en Leeds, de donde es ella, y que le dará tres nietos, dos niños y una niña. Y la niña se llamará María Eugenia, como su abuela, pero no le dirán Maru, le dirán Gini y será periodista. Y los niños, Ian y Álex, serán unos trastos, pero tendrán la misma risa alborotadora de Gabi, la risa franca y espontánea de Gabi, de Gabriel, de Yeyé, el hermano muerto de papá, de quien solo sabrán dentro de mucho. Y se criarán todos entre Yorkshire y Madrid, donde Yeray acabará destinado por la empresa en la que empezará a trabajar dentro de tres años, dos meses y diecisiete días, y sé que también él será feliz mientras los niños crecen y Maudy vuelve a su carrera y su madre va envejeciendo y recibiendo en su casa a su hijo, su nuera y sus nietos cada una de las épocas de vacaciones que no pasan en Leeds. Sé también a

Yeray viéndose con frecuencia con su primo Alberto, que también vivirá en Madrid y que, después de sus años de promiscuidad, sentará la cabeza con David, un ingeniero algo mayor que él y de ánimo más templado. Y con David, Alberto vendrá con frecuencia a disfrutar de la casa que su tío Gabrielo les dejó en su testamento a los tres (a su primo Yeray, a su hermana y a él) con la única condición de que no la vendan ni alquilen, de que continúe ahí siempre para el disfrute de ellos y de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Pero serán Alberto y David los únicos que la disfruten, porque Sonia vendrá muy poco a Canarias tras mudarse a Toulouse y hacer su vida allí como profesora de universidad, y cuando lo haga se quedará siempre en casa de su madre, mientras que Yeray, con su familia, vendrá solo a la capital, a casa de Maru y Andrés, porque San Expósito y Playa Siroco le traerán muy malos recuerdos: los de su hermano muerto, los de un padre enloquecido por la rabia, un padre a quien nadie pudo ni necesitó probarle nada para que todo el mundo supiese que era un corrupto, porque su propia y misteriosa muerte atestiguó que lo era; un padre que acaso lo quería, pero que no supo demostrárselo más que dándole dinero. Y sé que un día, dentro de mucho, tendrá que explicárselo así a sus hijos, ya crecidos. Tendrá que afrontar sus preguntas en medio de una comida familiar y habrá de contarles eso y ellos entenderán por qué su padre no quiere disfrutar de esa casa en la que veranea el primo Alberto. Sé a los hijos de Yeray, a mis nietos, comprendiendo a su padre, pero sintiendo todavía más curiosidad por la figura de ese abuelo al que no conocieron. Y sé a la chica, a María Eugenia, a quien todos llaman Gini, sintiendo más curiosidad que ninguno, porque la curiosidad será su oficio. Y sé a María Eugenia, con casi treinta años, rebuscando en los archivos y en las hemerotecas para reconstruir la vida de ese abuelo oscuro, contradictorio y caciquil de quien procede la fortuna de su familia. Y sé que un día, entre las cosas que dejó su bisabuela, encontrará una foto tomada en los años sesenta. Sé a Gini, esa nieta periodista medio británica a la que jamás conoceré, tomando entre sus manos la vieja fotografía en blanco y negro, mirando las figuras austeras de la bisabuela Josefa y el bisabuelo Juan, un hombre hoscamente apuesto, posando ante su casita con los dos chiquillos de cabeza rapada y pantalones cortos que muestran rodillas flacas seguramente llenas de raspones. Sé que sabrá que uno de ellos es el tío abuelo Feluco, aquel que murió en un accidente. Pero también sé que se fijará en el otro, el más bajo, el que tiene un destello en la mirada que no tiene el resto de la familia, y sé que entenderá que ese era el brillo que les traería la desgracia a todos los que se le acercaran e incluso a sí mismo, porque la ambición brilla en los ojos y arruina cuanto toca. Sé todo eso porque ahora da para saberlo todo, para ir adelante y saber todo lo que ocurrirá. Pero también puedo volver y saber lo que ocurrió, ser memoria. He sido memoria desde que empecé a morir. He estado dentro de este *time-lapse*, dentro de este tsunami cerebral desde que empecé a respirar el producto de mi propia respiración, desde que todo se convirtió en un infierno azul de asfixia. Pero ahora soy más memoria que nunca. Y la memoria es también infierno. En ese infierno están todos aquellos a los que un día hice mal o a quienes no supe hacer bien. Y este mundo, este país que hemos ido hundiendo en la nada negra de la infamia. Yo y los que son, han sido o serán como yo. Y no solo nosotros, sino quienes permiten que seamos así, los que prefieren la injusticia al orden, la paz al progreso, esos que prefieren dejarse engañar. Ese es el infierno que hemos edificado entre todos. Pero el infierno es, sobre todo, aquello que perdiste inevitablemente, aquello contra lo que nada pudiste hacer. El infierno es Gabi hundiéndose en esa otra nada negra

que es el mar bajo su falso azul. Y Gabriel es un niño y un niño no es solo un niño, sino que es un futuro hecho potencia. Pero ese futuro nada es si ese niño está ahí, pidiendo auxilio mientras se ahoga en la nada negra que fingía ser azul, gritando y llorando y tragando agua hasta que deja de gritar o de llamar porque ya está hundido y a merced de la corriente que se lo lleva, que lo arrastra indiferente a sus gritos, indiferente a su llanto. El infierno es la lágrima de un niño haciéndose océano. La lágrima de un niño que murió hace muchos años. De un niño que se está muriendo ahora. Y ahora sé, porque ahora es el instante eterno de la omnisciencia, que una única cosa puede sacarnos de este océano de iniquidad, de esta realidad miserienta que hemos sabido corromper con crueldad minuciosa. Ahora lo sé inexplicable, ineluctablemente, ahora sé que solo una cosa no es infierno, que solo una cosa puede alborotar el mundo: la risa de un niño.

Barcelona, 2 de febrero de 2018 –
Las Palmas de Gran Canaria, enero de 2019

Debo dar las gracias por sus críticas y comentarios a Claudia Calva, Antonio Becerra, Nayra Pérez, Ella Sher, Estrella García Giráldez (cuyas pesadillas imagino plagadas de mis adverbios) y Thalía Rodríguez, quien, además de ser la primera lectora de *Un tío con una bolsa en la cabeza*, me aguantó los momentos de crisis durante el proceso de escritura y ejerció de *sparring* como solo ella sabe.

A lo largo de la novela se citan, directa o indirectamente, las obras de Rafael Chirbes, Juan Rulfo, John Berger, Descartes, David Foster Wallace, John Fowles, Cormac McCarthy, Nicolás Maquiavelo, Juan Gelman, Immanuel Kant, Ludwig Wittgenstein, Martin Heidegger, Adela Cortina, Marguerite Yourcenar, Baruch Spinoza, Federico J. Silva e Italo Calvino, además de los cantautores Rafael Amor y Javier Krahe. Creo oportuno consignar aquí esas deudas.

ALEXIS RAVELO